

Los ojos de Elane

REGRESO AL VALLE DE LAUDINE



Golanda Cañizares Rodríguez

Lectulandia

Cuando lo has perdido todo, necesitas una razón para seguir luchando, desterrar el odio y mirar el mundo con nuevos ojos. Una joven, descendiente de una enigmática estirpe, descubre un pasado que su familia le ha ocultado con el fin de protegerla. Eline vivirá una apasionante historia llena de misterio, amor, odio y mentira que la conducirá a la verdad de su propia existencia.

Lectulandia

Yolanda Cañizares Rodríguez

Los ojos de Eline

El valle de Laudine - 2

ePub r1.0

Titivillus 29.08.15

Título original: *Los ojos de Eline*
Yolanda Cañizares Rodríguez, 2012

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Gracias a mi marido Jose por apoyarme en todos mis sueños por inalcanzables que parezcan.

Para las personas más importantes en mi vida, Daniel, Rubén y Laura, que me roban una sonrisa en los momentos más bajos.

Gracias a Nava Pulido y a Cristina Flores. Gracias de corazón.

Mi gratitud a todos los que tenéis *El valle de Laudine*. Con vuestro apoyo me habéis animado a continuar con mi sueño.

Capítulo 1

~Sola~

Eline miraba fijamente a través de la espesura, tensó los músculos y se abalanzó. De nuevo, se le escabulló de entre las manos. Cuanto más corría ella más rápido parecía ir él.

Se encontraba sucia y hambrienta. Llevaba dos días a base de frutos silvestres y necesitaba comer desesperadamente algo que tuviese más consistencia.

Detrás de ella se encontraba el refugio donde dormía. Al principio solo eran unas pocas ramas colocadas para protegerse del frío, pero después de dos años viviendo sola en el bosque había conseguido construir un refugio bastante aceptable. Ahora ya no se calaba cada vez que llovía y gracias a la piel de ciervo podía aislarse de la humedad del suelo.

Subsistía en aquellas condiciones desde que atacaron su aldea. Vivía escondida por temor a que la descubrieran y la capturaran como les había ocurrido a varias jóvenes, que se salvaron del fuego con la única condición de satisfacer a los soldados.

El señor que gobernaba sus tierras decidió dar un escarmiento a la familia de Gilian por su desobediencia y por traición. Desde hacía tiempo su padre se negaba a pagar impuestos, no reconocía la autoridad de los soldados e incitaba al resto de la población a seguir sus pasos.

Llegaron al amanecer, mientras todos dormían, sacando a todos de sus casas para asesinarlos a sangre fría o quemarlos vivos. Todas las familias que habían apoyado a su padre fueron castigadas.

El asalto a su aldea fue brutal. Se ensañaron de tal manera que no quedó una sola casa de los acusados en pie. Ni siquiera la cabaña donde vivía con sus padres y su hermano, que ardió por completo.

Gilian sabía lo que esperaba a Eline si conseguían cogerla con vida y luchó hasta el último aliento para que ella pudiese huir y no fuese la diversión de aquellos hombres.

Mientras su padre peleaba hasta la extenuación para intentar cortarles el paso, Eline corrió todo lo rápido que le dieron las piernas para salir de aquel infierno en el que se había convertido su casa. Al huir miraba hacia atrás y lloraba amargamente viendo a su padre luchar de rodillas porque ya no conseguía mantenerse en pie.

Cuando ya no pudo más, cansada y dolorida, se escondió en el hueco de un árbol y se quedó dormida.

Despertó en mitad de la noche. El recuerdo de su madre y su hermano cubiertos de sangre y desparramados en el suelo, la cara de su padre arrodillado, con la lanza

clavada en el estómago y luchando hasta que un soldado le seccionó la cabeza con la espada, la hizo doblarse de dolor.

Gilian intentó salvar a su familia, pero murió protegiendo a Eline, no sin antes presenciar cómo atacaban a su mujer, Marian, y a su hijo, Cedric, sin que él pudiese hacer nada para evitarlo. Tuvo que elegir y decidió intentar salvar a su hija.

Nadie de su familia sobrevivió.

La costaba respirar y las lágrimas empañaban sus ojos. Aquella imagen sería la última que iba a tener de las personas a las que amaba, la que no se borraría jamás de su mente.

Cuando consiguió dejar de llorar, se prometió que nunca olvidaría el daño que le habían hecho. No quería perdonar a quienes le habían arrebatado todo. Algún día intentaría devolver cada puñalada, cada golpe que su familia había recibido.

Tan solo contaba quince años cuando todo ocurrió y aún así había logrado sobrevivir ella sola, a base de frutos secos, raíces, frutos silvestres o comiendo la carne de algún animal que conseguía abatir con su honda. Fue un regalo de su padre cuando era pequeña y cada día se lo agradecía en silencio al conseguir cazar una pieza para calmar su hambre.

Eline se preparó y se lanzó de nuevo con gran agilidad. Agarró la pata del conejo pero este consiguió zafarse de nuevo. Estaba consiguiendo sacarla de quicio. Se encontraba demasiado cerca y era demasiado pequeño para lanzar con la honda y por eso intentaba capturarlo con sus propias manos. Le daba miedo perderlo de vista y no encontrarlo otra vez.

Recordaba lo terrible que fueron los primeros meses en aquel lugar, sobre todo cuando llegaba la noche. Entonces era cuando más desvalida se sentía y cuando más tomaba conciencia de que no tenía a donde ir.

Todas las personas a las que podía haber acudido estaban muertas y tenía miedo de volver por si tomaban represalias contra ella. Al menos allí estaba segura. Era un lugar apartado por donde nadie transitaba ya que ningún camino llegaba a esa parte del bosque. A pesar de ello, en alguna ocasión, había tenido que ocultarse para no ser descubierta por grupos de hombres armados. Unas veces eran soldados y otras forajidos huyendo de la justicia que intentaban ocultarse igual que ella.

Si algo tenía claro, era que por ninguno de los dos quería ser descubierta. Sabía lo que le pasaría si la cogían y le aterrorizaba la idea. Había visto a los soldados violando a las mujeres delante de todo el mundo. Les rasgaban la ropa y las dejaban desnudas, para luego hacerlas todo tipo de atrocidades.

Cuando veía a alguien armado, el terror se apoderaba de ella y se escabullía temblando a cualquier rincón que pudiera ocultarla hasta que pasaba el peligro.

Por desgracia, este invierno estaba siendo especialmente duro. Incluso algunas noches había llegado a pensar que moriría de hambre y de frío. Entonces las lágrimas brotaban de sus ojos recordando el calor de su hogar, las caricias de consuelo de su madre y la protección de su padre y su hermano cuando se encontraba en apuros.

Pero ahora, no podían ayudarla. Solo esperaba que desde donde estuviesen, le dieran fuerza para soportar las largas noches que pasaba en aquella terrible oscuridad.

Seguía inmóvil esperando a que saliera de la madriguera. Esta vez no se le escaparía. Tenía vigiladas las dos salidas. Pero al cabo de un rato, comprendió que el animal no iba a salir y que se le había escapado por algún otro agujero oculto.

Intentó levantarse para desentumecer sus miembros y buscar otra cosa con la que saciar su hambre. Llevaba demasiado tiempo en aquella posición, tanto que hasta las piernas se la habían dormido.

Notaba cierta debilidad y conocía en lo que desembocaría aquella falta de alimento. En una ocasión, estuvo más de cinco días sin probar bocado, hasta que llegó un momento en que ya no pudo mantenerse en pie. Se salvó en el último momento gracias a los gusanos que encontró debajo del tronco donde se había derrumbado. En su vida se había imaginado que tendría que comer algo tan asqueroso, pero cuando la vida está en juego y el dolor de estómago es insoportable te vuelves menos escrupuloso con lo que te llevas a la boca.

Era muy temprano para darse por vencida. Haría un barrido por la zona para ver si encontraba algo de comida. Se internó en el bosque para buscar en alguna otra zona en la que todavía no hubiera estado. Tendría más posibilidades de encontrar fresas silvestres para recolectar pues las moras estaban en flor y todavía no tenían frutos.

Capítulo 2

~Intuición~

Llegó a una nueva zona donde se topó con un riachuelo. No llevaba mucho caudal, así que podría vadearlo sin dificultad. Aún así, antes de cruzar buscó en el agua transparente por si veía algún pez que pudiese coger con las manos.

No tenía fuego con qué cocinarlo y sabía que se lo tendría que comer crudo, al igual que la carne de los animales que cazaba, pero ahora eso le daba igual. Mejor eso que nada.

No sabía por qué, pero no le gustaba la idea de pasar al otro lado del río. Prefería quedarse cerca de su zona, desde donde podría volver a su refugio si se encontraba en apuros.

Hoy no tenía suerte. Después de un rato sin pasar ni un miserable pez, se cansó de esperar y decidió cruzar el río. Levantó la cabeza y escrutó el otro lado. La vegetación era más espesa en aquella zona y eso, junto al miedo a internarse en un sitio nuevo, la estaba haciendo dudar. Además, algo en su interior le repetía que no entrase allí.

En su aldea, existía una leyenda sobre un bosque donde las personas desaparecían y no se volvía a saber jamás de ellas. Se decía que era un bosque oscuro y lóbrego. Que cuando entrabas, espíritus malignos venían a llevarte al mundo de los muertos después de hacerte pasar infinidad de tormentos.

Esperaba que la leyenda no fuese cierta y si lo era, que no fuese aquel el bosque sobre el que hablaba.

Muy a su pesar, tuvo que tragarse el miedo y pensar en sus necesidades. Había cumplido diecisiete años y tenía que empezar a comportarse como una adulta.

Con determinación, dejó atrás su temor y comenzó a cruzar el río. El agua helada mojó sus piernas y despejó su cabeza. Al llegar a la otra orilla se internó en la espesura. Empezaba a hacer frío, así que se dio más prisa.

En un principio, creyó que encontraría comida enseguida pues era un sitio frondoso. Quería regresar a su campamento antes de que el sol empezase a desaparecer, pero según iba profundizando por aquel lugar, se dio cuenta de que las plantas que allí crecían parecían muertas e insanas. Se agachó, cogió un puñado de hojas y las olfateó, hasta el olor resultaba raro.

Debía de ser cuidadosa con lo que comía. En una ocasión casi había muerto al ingerir una seta venenosa por error. Durante dos días se retorció de dolor y vomitó hasta que no le quedó nada más por echar.

Se planteó seriamente que se había equivocado de sitio y que allí no encontraría

nada que echarse a la boca. Cuanto más se internaba peor aspecto tenía todo lo que la rodeaba. Los árboles estaban tan juntos que impedían prácticamente el paso de la luz.

Según avanzaba, el suelo se iba convirtiendo en un auténtico lodazal. Las suelas de las botas se pegaban a un manto formado por la vegetación en descomposición y el barro.

Por el olor tan desagradable que se percibía en el aire, debía haber algún animal muerto. Al instante reparó en un detalle importante que había pasado hasta ahora por alto y es que no había visto a ningún animal desde que había cruzado el río. Ni siquiera los pájaros volaban entre los árboles.

De pronto, percibió el peligro y sintió la necesidad de salir de allí. Estaba realmente asustada y quería regresar a la seguridad de su refugio lo antes posible. Agarró los jirones de tela de su falda para no pisarlos y se lanzó a una carrera frenética por entre los árboles.

Un pánico incontrolable se apoderó de ella. No veía por donde pisaba, ni siquiera en qué dirección iba. Solo pensaba en escapar, lo antes posible, de aquel siniestro lugar. Las ramas herían su piel haciéndola rasguños pero no se paró a mirar si tenía sangre en algún sitio. Oía sonidos que le daban escalofríos e incluso creyó ver sombras deslizándose a su alrededor.

Cuando empezó a sentir dolor en el costado por el esfuerzo, tuvo que parar y apoyarse en un tronco para recuperar el aliento. Le faltaba la respiración y sudaba copiosamente.

Observó a su alrededor intentando orientarse en aquel opresivo lugar, pero por más que miraba no encontraba nada que le fuese conocido.

Alzó la vista buscando la posición del sol. Pero no se veía nada a través de las enmarañadas copas de los árboles. Lo que sí notó, es que había mucha menos luz, lo que quería decir que estaba atardeciendo.

Se apoyó nuevamente en el tronco y se dejó resbalar, desesperada, hasta el suelo. Estaba asustada y abatida. Ni siquiera le importaba notar la humedad en sus piernas. Se dio cuenta de que había perdido la honda en algún momento de la carrera y comenzó a llorar de rabia.

El esfuerzo había acabado con las pocas fuerzas que le quedaban. Hundió la cabeza entre los brazos hasta que comenzó a vencerla el sueño.

Capítulo 3

~El valle~

Un ruido la sobresaltó. Levantó lentamente la cabeza, escrutando la oscuridad, intentando averiguar de dónde venía.

Todo estaba en silencio y no se movía nada a su alrededor, pero estaba segura de que lo había oído.

No haber visto ningún animal en aquel extraño bosque no significaba que no lo hubiese. Además los nocturnos eran los más peligrosos, por lo que se puso alerta.

Podía oír su propia respiración agitada. Una negrura espesa la envolvía a su alrededor y no podía distinguir nada más allá de unos pasos.

De repente, surgidas de la nada, dos sombras se abalanzaron sobre ella. El pánico la paralizó y lo único que hizo fue taparse la cabeza con los brazos para protegerse. Parecían espíritus del bosque, seres de la noche que la agarraron con ferocidad.

Eline se quedó totalmente bloqueada. Sin duda había fallecido y venían a llevársela al mundo de los muertos como contaba la leyenda. Levantó la cabeza con pavor para enfrentarse a lo que la estaba atacando.

Los espíritus del bosque movían sus brazos cubiertos de hojas, la observaban con diminutos ojos que parecían puntos de luz y la zarandeaban con violencia.

Entendió que todo estaba perdido e, inexplicablemente, la inundó un sentimiento de paz. Por fin, podría reunirse con su familia. Ya no tendría que pasar más noches temblando de miedo hasta caer rendida, ni sufrir más hambre, ni pasar más frío. Todo sería diferente ahora. Estaría de nuevo protegida y querida. Solamente tendría que soportar valientemente la última prueba y luego descansar en paz.

Sin previo aviso, comenzaron a arrastrarla por el bosque. Iba trastabillando con todo lo que encontraba y la hacían daño en los brazos. Se sentía mareada y la cabeza le daba vueltas.

Cuando creía que ya no podría más, y notó que iba a desmayarse, llegaron a una pared vertical de roca tapada por la vegetación donde se pararon. Una gran cortina de enredaderas caía hasta abajo tapando cualquier resquicio de pared. Sin saber por qué aquellos seres permanecieron frente a ella.

Eline se sentía un poco desconcertada. Su cabeza se había despejado un poco y empezó a pensar que notaba demasiadas cosas para ir camino del más allá. Si estuviese muerta no sentiría ni frío, ni dolor.

Separaron la cortina verde y descubrieron la entrada a una cueva. La introdujeron a la fuerza a través del hueco que quedaba en la pared.

Ante ella se abrió una caverna con dos grandes espacios. El primero era un sitio

oscuro y frío donde no se veía nada. El segundo, al fondo, estaba iluminado con antorchas.

La empujaron bruscamente hacia allí. En ese momento comenzó a sentir verdadero pánico, más incluso que cuando creía haber muerto. Había sido capturada por dos hombres. Lo que llevaba tanto tiempo evitando, al final había pasado. No podía creer que hubiese sido tan estúpida.

Lo único que tenía claro es que antes de que la tocaran prefería estar muerta.

Intentó forcejear para soltarse y algunas hojas se desprendieron de los trajes. Dedujo que eran simples mantos para camuflarse entre la vegetación.

Cuando llegaron al fondo de la cueva, uno de ellos la sujetó por detrás inmovilizándola por los brazos mientras que el otro cogía un hierro, con la punta en forma de espiral, de unas brasas. Eline estaba temblando de miedo.

Uno de los hombres la agarró por el pelo y le alzó la cabeza. En la otra mano sostenía el hierro al rojo vivo que comenzó a acercarlo al brazo.

Eline podía sentir el calor que desprendía el hierro y comenzó a llorar y a patear histérica. El hombre que la sujetaba por detrás intentó agarrarla más fuerte para que se estuviese quieta y su compañero pudiera hacer su trabajo, pero la muchacha era escurridiza como una lagartija.

Al ver que no lo conseguía, la tiró al suelo y se sentó sobre los brazos para bloquearla. Entonces su compañero se arrodilló sobre ella y volvió a intentarlo.

Mientras todo sucedía, hubo un instante en el que los ojos rasgados de Eline se cruzaron con los de él. De pronto, este se paró en seco. El guerrero se quedó desconcertado mirando al otro. Por primera vez, uno de ellos habló.

—Observa las marcas de sus ojos —le dijo a su compañero.

Este la agarró otra vez del pelo para que Eline lo mirase. Al observar los ojos verdes de la chica, pudo ver las extrañas marcas en su iris. Levantó la vista hacia su compañero e hizo un gesto afirmativo, confirmando lo que fuese que ellos sabían y ella no.

El hombre la alzó del suelo. El otro depositó el hierro en el fuego y ayudó a sujetar a Eline. Entre los dos la obligaron a caminar a través de una gruta iluminada por antorchas. Por toda la pared se veían dibujos geométricos y otras escenas talladas en la roca.

Al final del largo pasillo se distinguía un gran arco por el que se colaban las primeras luces del alba. Cuando Eline salió de la cueva era tal el nerviosismo que la agarrotaba, que no pudo apreciar el lugar que se revelaba a sus ojos.

Abajo, un gran valle se extendía en multitud de colores, rodeado de unas inmensas paredes de roca caliza. Los bosques estaban poblados por árboles de diversas especies. Un manto de helechos cubría el suelo de la arboleda dando cobijo a un sinfín de animales que corrían a refugiarse de aquellos extraños que interferían en su plácida existencia. Flores de diferentes tonos competían con el verdor del suelo y las rocas.

Se escuchaba un murmullo de agua y desde lo alto de los acantilados resplandecían pequeñas cataratas como hilos de plata.

Las aves comenzaron a volar en bandadas sobre sus cabezas.

A Eline toda esa belleza le daba igual, se encontraba como un ratón en una ratonera.

Desde aquella altura se apreciaba un gran óvalo de un verdor exuberante, protegido por altísimos muros de roca. Aunque el valle tenía una extensión considerable, a Eline el lugar se le antojó sofocante.

Comenzó a descender sin prestar atención a lo que la rodeaba. Lo único que le interesaba, en ese momento, era escapar y volver a la seguridad de su refugio, aquel en que tantas noches había llorado anhelando algo mejor, pero por el que ahora, hubiese pagado cualquier precio. Por desgracia, aquellos hombres no disminuían en ningún momento la presión con la que la sujetaban y a ella no le quedaba más remedio que seguir descendiendo hacia lo desconocido.

Cuando por fin salieron de entre los árboles, se encontró un poblado repleto de chozas circulares con grandes techos de paja. Las paredes eran bajas pero las chozas alcanzaban gran altura por los tejados en forma de cono.

Aquí y allá, aparecía humo saliendo de la parte superior de aquellas extrañas construcciones, aunque no se veía ni un alma.

Las primeras chozas formaban un semicírculo y en el centro, había una de gran tamaño con forma ovalada que destacaba sobre los demás, en altura y amplitud. Debía ser su construcción principal, aunque tampoco podía asegurarlo porque no había visto jamás un lugar como aquel.

Continuaron por entre las chozas hasta que pararon delante de una de ellas. La piel que cubría la entrada se entreabrió y de la penumbra apareció un hombre que la miró fijamente, con el pelo y la barba larga. Vestía una túnica blanca hasta los pies. Hebras canosas surcaban la cabellera y un gran mechón blanco partía de su mentón. Su rostro denotaba sabiduría y su mirada de ojos grises observaba escrutadora a la muchacha.

Eline permanecía alerta. Algo en aquel lugar le resultaba familiar pero su estado no la permitía pensar con claridad. La costaba enlazar las ideas y sentía cierto mareo. En realidad, ahora solo deseaba descansar. Las fuerzas le estaban fallando y necesitaba sentarse.

El hombre hizo un gesto dejando caer de golpe la pesada piel, que le ocultó por completo. A continuación, los guerreros la empujaron para que continuara andando por las callejuelas.

De repente, un ruido cerca de ellos la hizo girarse. Un hombre y una mujer se cruzaron en su camino. Ninguno de los dos le prestó atención cuando pasaron cerca de ella.

El hombre llevaba una túnica como la del anciano de la choza. Tenía el pelo y la barba también larga, aunque al ser más joven, no se apreciaban canas.

La mujer era de una belleza espectacular. Los rizos rojos de su pelo resplandecían como el fuego. Vestía una especie de túnica ajustada al cuerpo de color claro. Una daga pendía en su vaina, sujeta a un cordón de cuero entrelazado que caía hasta sus rodillas.

Antes de desaparecer dentro de la choza del anciano, la mujer se giró y la miró con una intensidad que asustó a Eline. Sentía que ya había visto antes aquellos ojos azules. Era una sensación extraña de familiaridad que nunca antes había experimentado. Los guerreros la obligaron a seguir caminando. Atrás dejó a aquellas tres personas tan extrañas.

Los dos sacerdotes pasaron dentro. La choza estaba iluminada tan solo por las ascuas del hogar.

Artaios, el Gran Sacerdote del valle, permanecía cabizbajo con la mirada perdida. En ese instante, su mente viajaba en el tiempo, cuando Laudine le advirtió sobre este momento. Doce años atrás, El Elegido había huido con su familia y como consecuencia, Laudine le había anunciado que la semilla de Gilian regresaría y que cuando eso ocurriera, sería necesario que permaneciese en el valle. Si esto no ocurría, la desgracia caería sobre ellos haciendo que desaparecieran como pueblo.

Todavía lamentaba la parte de culpa que le correspondía sobre lo ocurrido tiempo atrás. Si hubiese actuado a tiempo, Gilian habría ocupado el lugar que le pertenecía y habría empezado una nueva era para su pueblo. Por desgracia, la Gran Sacerdotisa Isea, su antecesora, debido a su incompetencia a la hora de manejar sus sentimientos, arruinó toda posibilidad de que eso sucediera, obligando a Gilian a huir.

De pronto, Bohort el jefe de los guerreros, eclipsó con su descomunal cuerpo la luz de la choza. Artaios y sus dos máximos sacerdotes, Elvia y Bran le estaban esperando.

Artaios salió completamente de su recogimiento y tomó la palabra.

—Esta noche debo realizar un ritual. El Elegido ha regresado al valle y tengo que hablar con Laudine. A partir de ahora, necesito que Eline esté vigilada día y noche. Ahora se dirige al campamento de las prisioneras —Elvia se acarició un rizo de su pelirroja cabellera mientras escuchaba al Gran Sacerdote con interés—. No debe saber nada de momento. Esta vez no quiero errores.

—¿Qué pasará si ella intenta huir? —apuntó Elvia—. Cuando nos cruzamos con ella parecía asustada.

—De momento, no creo que haga nada que ponga su vida en peligro —intervino Bran con su habitual serenidad—, como tú bien dices parece asustada, estoy seguro de que primero analizará la situación. Aún así, Artaios tiene razón, debemos vigilarla de cerca.

—Para eso está aquí Bohort —Artaios se dirigió al jefe de los guerreros—. Tus hombres deben estar pendientes de todos sus movimientos e informarnos antes de actuar, a no ser, que su vida corra peligro. Ella no debe saber que la controlamos en ningún momento. Estudiaremos todas sus acciones para saber hasta dónde se han

despertado sus habilidades. Espero mucho de vosotros, no me defraudéis.

Capítulo 4

~El campamento~

Era tal el cansancio que le costaba hasta respirar, pero a pesar de ello, Eline debía continuar caminando por el pequeño sendero a través del espeso bosque. Cuando llegaron a un cruce en el que salían tres ramificaciones, siguieron por el camino del medio, dejando atrás los otros dos.

Este terminaba en un pequeño claro con tres chozas menos imponentes que las del poblado que acababa de dejar.

A Eline le recorrió un escalofrío por todo el cuerpo. El aire fresco de la mañana se filtraba por su piel haciendo que no entrara en calor. Ni siquiera la larga caminata la había acalorado. Se encontraba mal y la temperatura de su cuerpo no hacía más que descender.

Tanto este lugar como la aldea parecían desiertos. Al salir del poblado se habían cruzado con dos hombres vestidos con unos pantalones de piel curtida y una cota de cuero sobre el pecho. Llevaban una espada corta en la cintura y un cuchillo al otro lado. Saludaron a los dos guerreros que la escoltaban y se quedaron observándola con curiosidad. Eline había hundido la cabeza entre los hombros para refugiarse de sus miradas.

Al llegar a la primera choza, uno de los guerreros golpeó el tejado de paja.

Las chozas estaban colocadas en un triángulo perfecto y el espacio que quedaba en medio de las tres estaba prácticamente despejado, solo se veía una hoguera con una olla enganchada en una horquilla. Alrededor había varios tocones de madera que parecían estar colocados para que sirviesen de asiento.

Del interior comenzaron a oírse unos ruidos. Al poco, aparecieron en la puerta tres mujeres colocándose apresuradamente el vestido. Las tres se quedaron anonadadas, mirando a Eline sin saber cómo reaccionar.

Los dos hombres la soltaron y desaparecieron por el interior del bosque sin dirigirla una sola palabra.

Eline agachó la mirada avergonzada por el análisis que aquellas mujeres la estaban realizando. Dedujo que su aspecto y su olor debían de ser bastante desagradables. Había tenido que huir con lo puesto y llevaba dos años con la misma ropa.

Las tres permanecieron sin pronunciar palabra, observando el estado de aquella muchacha. Un trapo raído y sucio era lo único que quedaba de su vestido. Era imposible adivinar cuál había sido su color original de la cantidad de barro y suciedad que tenía. El pelo era una maraña y tenía la cara llena de manchas. Se adivinaba, por

sus facciones y sus grandes ojos verdes, con aquellas extrañas marcas en el iris, que debía ser una muchacha bonita pero hasta que no se quitase la capa de roña que tenía no podrían saberlo.

Dentro de las preocupaciones de Eline no había estado la de asearse, ya que de todas maneras había vivido sola esos dos años. Alguna vez se lavaba en los riachuelos que encontraba pero sin quitarse la ropa por miedo a que la vieran.

La mujer de más edad dio un paso hacia delante para hablar con ella. Instintivamente Eline echó un pie hacia atrás. Ella se paró en seco procurando no asustar más a la chiquilla.

—Bienvenida al valle —le dijo con calma y con un tono de voz bajo—, me llamo Caroline y soy la responsable de este campamento. Creo que podría ayudarte a que te sintieras mejor. Dentro —señaló hacia atrás— tengo ropa limpia y jabón. Cerca de aquí hay un arroyo donde podrás lavarte. Te presento a dos compañeras, Susie y Amy, ellas te acompañarán para que no te extravíes o por si necesitas ayuda. Después, cuando vuelvas, hablaremos tranquilamente.

Al ver que la chica seguía sin soltar palabra, Caroline se metió y buscó lo necesario para que se lavase y algunos vestidos de los que tenían que llevar las prisioneras en el valle.

Allí de pie, Eline sintió cómo le dolía todo el cuerpo por la tensión acumulada. Se obligó a si misma a tranquilizarse, aquellas mujeres no parecían peligrosas.

Caroline, la encargada, rondaría los cuarenta. Era más bien baja, tenía un cuerpo proporcionado y un rostro afable que todavía conservaba algo de la belleza que debió tener en su juventud. Su pelo era castaño y lo llevaba recogido en un moño improvisado. Se la veía una mujer de carácter.

Mientras esperaba a que Caroline saliera, miró a las dos chicas que la observaban descaradamente y que no debían ser mucho mayor que ella.

Susie era la más guapa de las dos. El pelo moreno resaltaba sus ojos azules. Parecía una buena muchacha. Cuando Eline la observó esta desvió la mirada avergonzada de que la hubiese pillado.

Todo lo contrario que la otra muchacha, Amy, que no se inmutó cuando Eline se le encaró. Tenía los ojos tan juntos que parecía una lechuza aunque su rostro denotaba un carácter bonachón.

Amy al ver que Eline no le quitaba ojo, la sonrió, pero ella bajó la cabeza sin devolverle la sonrisa. No se fiaba de nadie, no sabía cuales eran sus intenciones.

Antes de salir, Caroline observó a Eline a través de la tela. La llegada de la muchacha la había alterado un poco. Además, uno de los guerreros le había hecho un gesto para que estuviese preparada. No sabía lo que debía hacer ahora. Tendría que esperar a que él viniese para indicarla las nuevas órdenes.

Por fin, salió con un hatillo de ropa y un pedazo de jabón. Lo fabricaban con grasa animal y un poco de ceniza, después lo perfumaban con flores que recogían del valle.

Se lo dio a Amy y esperó en la entrada a que se marcharan.

En cuanto desaparecieron por el recodo del sendero, vio la figura de Artaios asomar de entre los árboles, con paso calmado.

Caroline lo esperaba con una sonrisa y un brillo especial en los ojos. Al llegar a su altura, él la cogió por la cintura y la besó cariñosamente en la cabeza. Luego entraron en la choza.

Capítulo 5

~Confesiones~

Al llegar al cruce, se internaron por el sendero de la izquierda. Eline estaba deseando acabar con aquello de una vez para poder descansar.

Las dos prisioneras encabezaban la marcha, mientras que Eline iba por detrás. Por el rabillo del ojo percibía sombras moviéndose por el bosque, pero cuando miraba no veía nada raro.

Eline seguía a las dos, más por miedo que por ganas. No quería que los guerreros regresasen para castigarla por no cumplir las órdenes que le había dado Caroline. Aunque ella se lo había dicho de buenas maneras, Eline sabía que era una orden.

Al poco comenzó a oír el sonido del agua. El sendero se acercaba al río a cada paso.

Según iba relatando Amy, el sitio a donde iban se encontraba entre el campamento de los prisioneros y el de ellas.

Llegaron a una especie de playa y se detuvieron. Allí se veía una poza de agua cristalina. El lecho del río estaba lleno de grandes rocas. Amy colocó el paquete de ropa sobre una piedra y se volvió hacia Eline.

—Ahora debes quitarte la ropa y meterte en el agua —le pidió—. Aquí tienes un pedazo de jabón para lavarte.

Eline cogió el trozo y se lo acercó a la nariz, inhalando despacio el aroma que desprendía. Le vino a la memoria una cascada de recuerdos de su niñez.

Comenzó a desnudarse sin protestar para entrar en el agua. Le daba apuro que la vieses sin ropa, pero no le quedaba más remedio que hacerlo. Se metió despacio porque el agua estaba helada.

La poza era poco profunda y después de sentarse sobre una gran roca, comenzó a enjabonarse todo el cuerpo. El trozo de jabón tenía el aroma de alguna hierba y volvió a aspirar nuevamente el olor que despedía. Cuando terminó, se sumergió para aclararse el jabón de la cabeza. El agua fría le quitó el entumecimiento de los músculos y le despejó la mente.

Salió con la carne de gallina y se secó con un trozo de tela quitándose la humedad de su piel tersa y blanca. Eligió del paquete uno de los vestidos y se lo metió por la cabeza cubriendo su fibroso y delgado cuerpo. El vestido era de una sola pieza larga de color beige, con una abertura en la parte delantera para poder introducirlo. Se cerraba con cordones que se entrecruzaban en el escote. Amy le dijo, mientras se cerraba los cordones, que la forma y color del vestido las diferenciaba del resto de las mujeres del valle.

Una vez vestida y limpia, se sentía otra persona. Eline tenía un precioso pelo castaño. Unas suaves pecas salpicaban la piel blanca como la nieve. Bajo la nariz, pequeña y respingona, se dibujaban unos labios sensuales.

Cuando regresaron al campamento, Eline vio cómo Caroline cocinaba en la olla que colgaba de la horquilla. Al verlas, la mujer cogió una de las escudillas de madera que tenía junto a sus pies y comenzó a servir la comida. Se acercaron y Caroline les dio una a cada una.

—Toma —le ofreció a Eline— pareces hambrienta.

Eline cogió el cuenco y se puso a comer con las manos en vez de utilizar la cuchara. Le estaba sabiendo a gloria.

Mientras engullía, miraba de hito en hito a las tres mujeres que la observaban atónitas, eso no la detuvo. Llevaba dos años sin probar un plato caliente y estaba deleitándose con el sabor de este. Caroline comenzó a preguntarla.

—¿Pero qué te ha pasado mi niña para terminar así? —La mujer no salía de su asombro—. Empecemos por el principio ¿De dónde vienes y cómo te llamas?

Eline paró de comer y se quedó mirando fijamente a Caroline, estudiándola minuciosamente. Hacía mucho tiempo que no hablaba con nadie y seguía sin saber si podía confiar en ellas.

La única compañía que había tenido eran los animales que pasaban cerca de ella. Ahora le costaba comenzar a hablar de nuevo.

Respiró profundamente. Echaba tanto de menos conversar que pensó que la vendría bien confiarse a alguien.

—Me llamo Eline —su voz sonaba ronca—. Mi hogar se encuentra lejos de aquí, al otro lado del río —Eline siguió comiendo pero esta vez con la cuchara— aunque llevo viviendo sola dos años en el bosque.

—¿Cómo terminaste así? ¿Y tu familia? —Caroline sonsacaba a Eline como le había pedido Artaios.

Eline notó un nudo en la garganta al acordarse de su familia. Le costaba decir en voz alta lo ocurrido aquel día.

—Toda mi familia murió hace dos años —se le quebró la voz—. Los asesinaron por orden del señor que gobierna nuestra comarca. Yo conseguí huir y refugiarme en el bosque para que no me atrapasen los soldados y me matasen a mí también.

Un velo de comprensión cubrió el rostro de Caroline. Susie desconocía la edad de Eline, pero debía ser más joven que Amy y que ella. Debía ser una niña cuando se quedó sola y le debía haber costado mucho sobrevivir siendo tan pequeña, sin ayuda de nadie.

Caroline, dentro de la experiencia que le daba su madurez, no quería ni imaginarse el miedo y el sufrimiento que había pasado aquella joven.

—¿Pero no tenías a dónde ir? —le preguntó Amy.

—Toda mi familia vivía en la aldea y después de huir me dio miedo intentar buscar refugio en las aldeas próximas donde tengo familia lejana. No quería

encontrarme otra vez con los soldados.

—Aquí no te harán ningún daño si obedeces —la tranquilizó Caroline—. Por lo menos, tienes comida y un camastro donde dormir. Eso sí, nunca les causes problemas. Deberás trabajar duro y no podrás salir del valle pero una vez que te acostumbras no se vive tan mal.

—¿Solamente estáis vosotras aquí? —A Eline le pudo la curiosidad.

—No, hay más prisioneros en el campamento de los hombres. Ellos son siete y realizan el trabajo más duro.

Caroline pareció meditar si seguía contándole más cosas o se callaba.

—Hay otro campamento —continuó—, el de los niños, pero está vacío. No suele ser habitual que viajen por el bosque.

Caroline se la quedó mirando fijamente a los ojos, como si estuviese recordando algo. Cuando se dio cuenta que llevaba demasiado tiempo callada, cambió el gesto y sonrió a Eline.

Al terminar de comer, Caroline aconsejó a Eline que fuese a la choza a descansar y ella agradeció el gesto.

Dentro vio cuatro camastros. Se tumbó en el que parecía libre, estirando su vestido para no estropearlo. Hacía mucho tiempo que no tenía uno nuevo.

Cuando se dispuso a dormir, comenzó a sentir una opresión en el pecho que la impedía respirar. Se ovilló como un bebé, sujetándose las rodillas con las manos. Había tenido demasiadas emociones desde que la capturaron, y su cuerpo y su mente no podían soportar más.

Los párpados se le cerraron sin que ella pudiese evitarlo. En lo más profundo del sueño oyó a alguien que la llamaba. Una voz que no reconocía pronunciaba su nombre con un siseo.

Sintió que su cuerpo volaba a través de un agujero negro hasta descender a una superficie helada. Parecía un gran lago. Pero no era como los que ella conocía, este era oscuro y frío, parecía estar dentro de una montaña. Se miró hacia los pies y vio que los tenía sumergidos. Miraba hacia abajo sin comprender por qué estaba allí.

De pronto, notó como algo agarraba sus tobillos y tiraba de ella hacia abajo. Intentó soltarse y echarse hacia atrás, pero no lograba moverse.

Estaba aterrada y quería despertarse de aquella pesadilla. Volvió a tirar de su cuerpo, pero siguió en el mismo sitio.

Desesperada intentó soltarse con las manos de lo que apresaba sus piernas y las mantenía inmovilizadas. Al tocarlo notó unas manos huesudas y frías. Un grito de terror salió de su garganta.

Entonces, lentamente, comenzó a asomar una cabeza. Unos cabellos color plata iban apareciendo anormalmente secos.

Cuando la criatura tuvo la cabeza fuera, la levantó hacia Eline y pronunció su nombre arrastrando cada letra, en un terrorífico siseo que le heló la sangre.

El rostro que la observaba era irreal, frío como el hielo. Pero lo más escalofriante

era mirar el interior de sus ojos, de un blanco aterrador.

La mujer se elevó a la altura de Eline y comenzó a introducir sus garras a través de la piel hasta agarrarla el corazón. Eline gritó de dolor.

Capítulo 6

~El ritual~

Artaios estaba preocupado con la situación. Su mente, le advertía que se encontraba en peligro pero no localizaba de donde provenía la amenaza. A pesar de ello, debía mantener la cabeza fría. Tenía una gran responsabilidad para con su pueblo e iba a poner toda su sabiduría y esfuerzo para que aquel lugar siguiera existiendo tal como era.

Había ido a hablar con Caroline al campamento de las prisioneras y más tarde lo había hecho con Johan en el campamento de los hombres. Sabía que podía confiar en los dos para que todo estuviese controlado y vigilasen a Eline el tiempo que estuviese con ellos.

También, había decidido celebrar un ritual en el Manantial Sagrado, para que los espíritus y los dioses lo ayudasen. Todos los sacerdotes habían sido convocados y debían estar allí para cuando él llegase.

Cuando el ritual estuviese en su punto álgido, partiría para invocar a Laudine dentro de la cueva donde se encontraba su reino, en lo más profundo del lago.

El valle continuaba con su vida cotidiana sin saber que en ese momento él tenía en sus manos la seguridad de su apacible vida.

Dentro del valle todos se conocían, ya que no eran demasiados habitantes. Llevaban una vida de trabajo y esfuerzo para preservar su tierra y protegerla. Recogían los frutos que la naturaleza les ofrecía, aunque también eran buenos cultivando en pequeños huertos cerca de sus chozas. Comían animales que criaban o pescaban pero siempre respetando a todos los seres vivos y no infringiéndoles sufrimientos innecesarios.

Eran personas que amaban la belleza que les rodeaba. Cuidaban de la madre naturaleza igual que ella miraba por el bienestar de todos ellos. No deseaban otra cosa que vivir libres, con sus costumbres y sus creencias, sin que las personas de fuera los influyeran con sus malos hábitos.

Cuando la noche había caído sobre el valle, Artaios salió de su choza y se encaminó hacia el claro para iniciar la ceremonia. Se dirigió por entre las chozas en dirección norte. Era la senda principal que iba desde la aldea hasta lo más profundo del valle y que lo dividía en dos. Justo antes de tomarla, a su derecha, quedaba el camino que iba a dar a los campamentos de los prisioneros, en donde en ese momento, Eline desconocía lo importante que sería aquella ceremonia en su vida.

Al oeste del sendero, en la mitad del valle, tomando un estrecho camino, se llegaba a la roca de donde nacía el Manantial Sagrado. Era un lugar muy especial en

donde la magia de la naturaleza se percibía más que en cualquier otro sitio, exceptuando la cueva en la que habitaba Laudine.

Junto al Manantial, todos los sacerdotes se encontraban ya preparados formando un círculo. Habían dejado libre el lugar reservado a Artaios, entre Elvia y Bran. Ellos dos eran los sacerdotes de mayor rango, después de él y por ello, el Gran Sacerdote tenía en mucha estima su opinión.

Otros tres jóvenes habían llegado a ser sacerdotes desde que Gilian, el padre de Eline, huyó de allí.

Kair, a la derecha de Bran, era alto y de complexión fuerte. Tenía el pelo largo y castaño. La barba corta marcaba la mandíbula cuadrada y los ojos color miel observaban con curiosidad lo que le rodeaba. Tenía mucho éxito entre las mujeres, aunque él no se aprovechaba de esa ventaja e intentaba tratarlas a todas como si fuesen únicas, lo que incrementaba la admiración que sentían por él.

Artaios tenía la esperanza de que él fuese su sucesor. Por ello, le daba más responsabilidades para que estuviese preparado al llegar el momento.

Según las malas lenguas, Kair era su hijo. Él no lo había confirmado ni desmentido, por lo que la gente lo daba por hecho. Aunque los sacerdotes tenían relaciones con quien ellos querían, no se unían a nadie para no interferir en su labor ante la comunidad.

Los otros dos nuevos miembros eran mujeres. Sheila era una joven espectacular. Tenía una melena rubia ondulada, era bastante alta y sus ojos eran azules con grandes pestañas.

Vivianna era pelirroja con ojos verdes y el rostro lleno de pecas, una sonrisa bonita y una alegría contagiosa.

Además de compañeras, eran buenas amigas y se apoyaban la una en la otra.

Se encontraban alrededor del fuego central con los brazos extendidos hacia el cielo, los ojos cerrados y la cabeza agachada, manteniendo la concentración.

Artaios se unió al grupo. Cuando entró en el círculo, comenzaron a entonar una melodía que les ayudaría a abrir la puerta a otro mundo.

Todas las voces se unieron formando una sola que se expandió por el aire hasta perderse a través del firmamento, fundiéndose con la música que creaba el universo.

El fuego iluminaba los rostros, formando largas sombras donde la luz no incidía. Artaios sacó una botella pequeña con el elixir sagrado que se utilizaba en todos los rituales. Todos bebieron menos él, que debía esperar a estar dentro de La Cueva.

Después de tomar la poción dorada comenzaron a girar alrededor de la hoguera al ritmo de la música que entonaban.

Mientras tanto, con los brazos aún extendidos y sintiendo el calor del fuego en su rostro, Artaios salmodiaba con los ojos cerrados palabras en un lenguaje arcaico.

Al terminar, abandonó el círculo en silencio para acudir al encuentro con Laudine, mientras que el resto de los sacerdotes permanecería en el corazón del bosque hasta finalizar el ritual para ayudarlo en su viaje espiritual.

Estos danzaban bajo el efecto del elixir. Debían tener cuidado con la cantidad que tomaban, ya que podía llegar a ser peligrosa. Algunas veces, el cuerpo no soportaba sus efectos y provocaba la pérdida de la conciencia, viajando al mundo de los espíritus, de donde algunas personas no regresaban. Otras veces, podía hacerte creer que estabas viviendo algo irreal o incluso hacerte olvidar lo sucedido.

Los Sacerdotes debían tener la suficiente preparación para elaborar el elixir y saber qué cantidad debía administrarse a cada persona para las diferentes situaciones en las que se utilizaban, ya que también se usaba en pequeñas cantidades para infundir valor a los guerreros en misiones en las que el riesgo era muy elevado y así aumentar las posibilidades de victoria.

Capítulo 7

~Laudine~

Por fin, después de atravesar el valle, Artaios atisbó la rampa que subía hacia la arcada de La Cueva. Sus pulsaciones comenzaron a elevarse en cuanto estuvo frente a la entrada. Cogió una de las antorchas y la encendió para tener algo de luz en el interior.

No era fácil para él entrar en aquel lugar. Solo las personas fuertes de espíritu podían enfrentarse a la dama y que ello no perturbase su mente.

Mientras caminaba por el pasadizo que conducía a la matriz de la cueva, permanecía alerta para no caer en el suelo resbaladizo, pulido por el agua a través del tiempo. Columnas de estalagmitas unidas a estalactitas formaban pasillos paralelos al que caminaba.

En ocasiones, los efectos creados por la luz de la antorcha jugaban malas pasadas a la imaginación, por lo que por un lado, deseaba fervientemente llegar a su destino lo antes posible, a pesar de no ser un hombre temeroso, pero por otro, sentía un respeto reverencial hacia aquel ser misterioso con el que debía encontrarse.

Al entrar en la gran caverna sintió una ráfaga de aire helado. En la quietud de la oscuridad oía la cascada que alimentaba el gran lago que nacía a sus pies.

Miró hacia abajo y sintió vértigo por el abismo que parecía crearse sobre el gran espejo que era la superficie del lago.

Siguió caminando hacia la pared que quedaba a su derecha, donde los dibujos sobre la roca le indicaban el lugar exacto donde debía situarse.

Antes de sentarse sobre el húmedo suelo observó las formas geométricas que sus antepasados habían plasmado en la roca guiados por los dioses. Grandes dibujos formaban caminos entrelazados, simulando los destinos del universo. Una rueda que gira sin parar y en la que todos estamos inmersos.

Solo unos pocos conocían su significado y el motivo de su existencia. Uno de ellos era Artaios, quien debía, transmitírselos a su sucesor, lo que ya había comenzado a hacer con Kair.

Se volvió sobre sí mismo y con un suspiro se sentó de cara al lago, justo delante de los símbolos. Extrajo de su bolsa un pequeño frasco, quitó el pequeño corcho y de un trago vació el contenido. Cerró los ojos y se colocó en posición de relajación.

Poco a poco una fuerza tiró de él hacia el lago. Abrió los ojos lentamente y la vio emerger de las gélidas aguas caminando de forma etérea hacia él. Una gran tensión se apoderó de su cuerpo sintiendo un fuerte escalofrío.

Era tan hermosa como fría. Su pelo rubio caía en cascada sobre la frágil espalda,

hasta más abajo de su cintura. Los ojos eran de color azul cristalino, aunque en ciertas ocasiones parecían diluirse, tornándose oscuros. La piel de su rostro y sus manos parecía transparente. Llevaba un vestido blanco que reflejaba la luz, multiplicándola en miles de destellos.

—Bienvenido, Artaios —la voz sonó grave y cálida—. Estaba esperando tu visita.

Un aura blanca rodeaba su cuerpo, que parecía flotar sobre el agua. Su semblante desprendía sabiduría y sus ojos conocimiento.

—He sentido su presencia en el valle. —Artaios asintió y Laudine continuó—. Aquel día te hablé sobre las consecuencias de las malas obras de tu antecesora, y ahora ha llegado el momento de que se cumpla aquello sobre lo que te advertí. Con la llegada de La Elegida, el valle entrará en una metamorfosis. Pasaréis por dificultades pero no sucumbiréis como pueblo. No temas, a veces, hay que evolucionar para madurar, y no cerrarse a los cambios. Sé que te has estado preparando para este momento y por ello tendrás la oportunidad de enmendar los errores del pasado.

—He hecho lo que he podido para proteger al valle, pero no sé si lo he logrado. Necesito saber qué debo hacer ahora —quiso saber Artaios.

—Eline es tan especial como lo fue su padre —dijo Laudine—. Pero es una persona que ha sufrido mucho y por ello lleva la semilla del odio dentro de su corazón. En tu mano está que no germine, que se marchite y muera. El valle está en peligro, pero no todo está perdido, nuestras acciones son siempre importantes. Las personas que viven en él, juegan un papel decisivo para la supervivencia de vuestro hogar. El odio, la envidia y el ansia de poder están acechándonos desde fuera pero también están aquí dentro, no debemos dejarlos entrar, pero tampoco salir. Una persona en la que confías, te traicionará creyendo que cumple con su deber. No dudes en hacer lo que debes, aunque te duela. Ten cuidado, Eline tiene una deuda pendiente con el exterior y debes ayudarla a olvidar y perdonar. Si no lo haces, la fatalidad caerá sobre todos nosotros, destruyendo el lugar que tanto amas y relegándome a mí al olvido.

—¿Qué puedo hacer para evitarlo? —Artaios esperaba impaciente la respuesta.

—Cuando esté preparada —Laudine prosiguió— Eline deberá acudir para que le desvele todo lo que necesita saber, quién es y cuál es su destino, pero hasta entonces debes ayudarla a amar y respetar este lugar. Sabes que no puedo guiarte siempre para que no cometas errores, por ello, debes hacer caso a tu corazón y buscar dentro de ti el camino que te llevará hacia la verdad. Es la única manera para que el mal no caiga sobre todos nosotros. Ahora, debo dejarte. Te deseo suerte en tu cometido.

Una ráfaga helada recorrió el lugar. Artaios vio con pesar como Laudine se retiraba hacia las profundidades del lago donde moraba en su misterioso reino. Un lugar donde la energía fluía libremente, donde todos irían cuando abandonasen su cuerpo y del que regresarían gracias a la magia de la vida.

Los habitantes del valle habían conseguido preservar del exterior aquel lugar mágico, gracias a los sacerdotes, que transmitían su conocimiento, su sabiduría, su

cultura y sus costumbres de generación en generación.

Debía pensar cómo hacer entrar en razón a Eline. Ella había entrado allí como una prisionera más, pero aunque ella no lo sabía, no era así. Por lo que había intuido, no recordaba nada del tiempo que pasó dentro del valle. Tendría que hablar con Elvia para solucionar ese problema y que poco a poco fuese recordando. Además, tenía que descubrir a la persona que lo traicionaría, pero por más que daba vueltas a todas las posibilidades, no conseguía descubrir quién podía tener un motivo para hacerlo.

Capítulo 8

~Kair~

Eline no pudo salir de la choza hasta la mañana siguiente. Necesitaba descansar después de los dos días tan intensos que había tenido y Caroline no quiso molestarla.

Al abrir los ojos se encontró momentáneamente desorientada. No conocía aquella choza y no sabía cómo había llegado hasta allí.

Poco a poco comenzó a recordar y el desasosiego volvió de nuevo a ella. Hizo de tripas corazón y salió al exterior para enfrentarse con su nueva situación.

Fuera estaban sus nuevas compañeras, hablando animadamente, al lado de la hoguera en la que una olla humeaba. La mañana era fresca y el sol se encontraba escondido entre unas nubes que amenazaban lluvia.

Desayunó junto a ellas una especie de gachas preparadas por Caroline. Esta vez usó la cuchara pero su apetito seguía siendo voraz y el placer de tomar algo caliente seguía siendo el mismo. Ellas intentaron disimular mirando hacia otro lado mientras comía, pero a Eline no se le escapaba sus miradas de soslayo.

Arreglaron el campamento y se pusieron en marcha. Eline acompañó a Amy al lugar donde debía trabajar. Las dos caminaban en silencio, pero aún así, agradecía su compañía después de tanta soledad.

Tardaría en acostumbrarse a ese lugar pero por lo menos no lo haría sola. Aquellas mujeres se habían portado bien con ella y debía empezar a mostrarse más amable.

A pesar de ello, había heridas que no podría curar, porque cada vez que cerraba los ojos para dormir, la perseguían en su mente cansada y dañada. No podía olvidar aquellas caras suplicando ayuda mientras eran arrastrados por el suelo, algunos para morir inmediatamente y otros para morir después de sufrir todo tipo de vejaciones. Tampoco olvidaba la cara de los niños gritando a sus padres mientras eran zarandeados hasta ser arrojados a piras ardiendo. Niños con los que había jugado mientras sus padres, amigos y familiares intentaban conseguir su sustento, trabajando duramente la tierra. Aquel día vio tanta maldad y tanta violencia como nunca imaginó que pudiera ver en un ser humano, y por ello había jurado que algún día mataría con sus propias manos a todos los que hubiesen participado directa o indirectamente en aquella matanza. Se vengaría aunque tardase toda la vida.

Caminaba tan absorta, pensando en aquello, que casi se chocó contra la pared de una choza. Al intentar esquivarla tropezó con un cubo que estaba en el camino y cayó de bruces contra el suelo. Maldijo la suerte que había tenido, ya que el suelo estaba mojado por el rocío de la mañana y se había manchado el vestido.

De pronto, salió de la choza un joven corriendo a medio vestir, luchando por ponerse bien la túnica. Se paró frente a ella, y le tendió la mano para ayudarla a ponerse en pie. Eline le cogió la mano y se levantó sin poder quitar la mirada de los ojos de aquel joven. Sin esperarlo, sintió una descarga en todo su cuerpo. Un calor intenso le subió por las mejillas. Los nervios se apoderaron de ella, sintiendo un cosquilleo en el estómago. Avergonzada por lo sucedido, comenzó a sacudirse el barro del vestido.

Volvió a levantar la mirada para ver otra vez al joven que la había ayudado. Eline intentó apartar la vista de aquellos ojos color miel que desprendían una calidez y una seguridad que la pilló desprevenida.

—¿Te encuentras bien? —le dijo Kair, mostrando una sonrisa que la desarmó.

Al mismo tiempo, este sintió una gran curiosidad por aquella extraña muchacha. Descubrió en aquellos enigmáticos ojos, las marcas que solo una persona podía tener, la Elegida. Hacía mucho tiempo que Artaios le había hablado sobre ello y sabía cuanto deseaba el Gran Sacerdote que aquello sucediera, por lo que no comprendía por qué no se lo había dicho.

Mientras los dos permanecían absortos en sus propios pensamientos, Kair escuchó una voz a su espalda. De la choza había salido una joven rubia medio desnuda que agarró por la cintura al sacerdote de manera posesiva. Con sus grandes ojos azules observó a Eline de manera desafiante. Se dirigió a Kair como si no hubiese nadie más allí. Amy y Eline se sintieron incómodas y apartaron la mirada.

—Vamos Kair, me estoy quedando fría. —Sheila se apretó más contra la espalda del joven.

—Ahora entro, ve tú primero —Kair se deshizo de su abrazo y se giró de nuevo hacia Eline, Sheila la miró con desprecio y se fue—. ¿Seguro qué te encuentras bien? —la volvió a preguntar a Eline, esta vez mirándola de una manera extraña.

Eline asintió y prosiguió su camino sin mirar hacia atrás. No quería que viese que estaba colorada como la grana. Aquel joven la había causado una gran impresión. Era la primera vez que sentía algo parecido y no sabía cómo manejar aquellos sentimientos.

Kair se quedó allí parado hasta que ella desapareció de su vista. Cuando entró en la choza, Sheila estaba esperando en el lecho completamente desnuda mostrándole la belleza de su cuerpo.

—¿Quién era esa muchacha? —preguntó Sheila distraídamente, intentando disimular su malestar—. No la había visto nunca en el valle.

La actitud de Kair le había puesto nerviosa. Al igual que él, esta también había reconocido a Eline. Se sentía estúpida por no saber nada sobre el asunto. Seguro que Kair estaba al corriente de todo pero no se lo había dicho.

Aunque sabía que su comportamiento no era el adecuado, ya que los Sacerdotes no se comprometían con nadie, ella no podía evitar sentir que le pertenecía. Desde que entraron en la pubertad habían mantenido una relación especial y tenía hacia él

unos sentimientos muy fuertes.

Al principio, Sheila no estuvo con ningún otro muchacho que no fuese él, pero enseguida Kair comenzó a intimar con otras mujeres, por lo que ella decidió cambiar su manera de actuar y ser más abierta a otras relaciones. A pesar de ello, sentía una punzada de celos cada vez que le veía acercarse a otra mujer.

—Nadie que te deba preocupar —Kair se sentó cerca de ella con el rostro serio.

Sheila comenzó a besarle por el pecho para esconder la rabia que la devoraba por dentro. Sabía que le estaba mintiendo y eso le dolía más que nada. Kair se dejó arrastrar por la pasión que demostraba la sacerdotisa y se abandonó una vez más al placer, antes de levantarse. Comenzó a acariciar su cuerpo y Sheila lo acogió entre sus brazos. Intentó olvidar lo sucedido.

Por fin, Eline llegó a donde debía realizar su labor. Antes, Amy había parado a recoger un cesto de ropa de la puerta de una gran choza donde pudo ver a varias mujeres entrando con cestos de verduras.

El lugar que le habían designado era un lavadero, que no era más que un pilón con un pequeño tejado de paja por el que entraba agua del río y salía por el otro extremo. Sabía que el agua estaría helada y que al poco le dolerían las manos por el esfuerzo, pero no la importaba con tal de estar acompañada. Amy estaría con ella y eso la tranquilizó.

Después del incidente con el cubo, Amy había intentado entablar conversación, pero tras ver la poca disposición de Eline se dio por vencida y no lo intentó más.

Mientras iban por el camino hacia el pilón entre las chozas, Eline observó a la gente del valle. Había ciertas diferencias respecto a las personas de su aldea. Lo primero que le llamó la atención era que todos eran bastante altos, tenían la piel más bien clara y predominaban los castaños y pelirrojos con ojos grises o azules.

Las mujeres tenían cuerpos fibrosos. Eline comprobó con asombro que junto a los niños jugando con espadas estaban también las niñas y que eran bastante habilidosas con el manejo de las armas.

Aquellas mujeres tenían aspectos físicos comunes a ella. Es más, ahora que se daba cuenta, su padre, su hermano y ella tenían cierto parecido a la gente del valle.

Eline recordó entonces a los niños de su aldea jugando también con espadas de madera. De poco les sirvió cuando vinieron a matarlos. Seguramente, los soldados también jugaron de niños con palos en forma de espadas, cuando todavía la inocencia no les había abandonado para convertirse en bestias sedientas de sangre.

Capítulo 9

~La sucesión~

Sheila había abandonado ya la choza, cuando Kair salió para reunirse con el Gran Sacerdote en la choza común. El aire seguía fresco y de vez en cuando una fina lluvia caía sobre la aldea.

Artaios quería hablar con él de un asunto bastante importante. Obviamente, debía de tratarse de la muchacha que había ayudado esa mañana. Lo que no entendía era por qué tanto secreto. Ahora empezaba a encajar todo, el ritual de la noche anterior, la visita de Artaios a La Cueva...

Fue muy extraño que solo le ordenasen que estuviese en el bosque al anochecer para realizar una ceremonia de suma importancia y aunque quiso saber por qué, Artaios se mantuvo hermético en las razones.

Nunca antes se había comportado así con ellos, por lo que debía tener una buena razón para estar tan esquivo. Deseaba llegar cuanto antes para saber algo sobre aquella joven. Kair tenía una curiosidad natural por todo y era muy perseverante a la hora de conocer aquello por lo que sentía interés.

Cuando entró en el pabellón, le llamó la atención las ojeras marcadas de Artaios. No había visto así nunca a su maestro y lo conocía lo bastante bien para saber que pocas cosas podían alterarle. Sentado en la gran mesa redonda, con los dedos entrelazados, miraba al vacío sin prestar atención a su alrededor.

Kair se sentó en su sitio y fue entonces cuando Artaios le miró y le hizo señas para que se acercase más. Algo le decía a Kair, que lo que iba a escuchar a continuación haría que su plácida y hasta ahora despreocupada vida cambiase por completo.

—Gracias por venir tan rápido —Artaios hizo una pausa—. Me imagino que ya supondrás por qué te he hecho llamar y el porqué del ritual de anoche en el bosque. Aunque hemos intentado mantener su llegada en secreto, sé de primera mano que ya os conocéis —como siempre, se enteraba de todo, pensó Kair.

—No entiendo como no se nos ha comunicado su llegada —Kair estaba ofendido, pero prefirió no adelantar acontecimientos y esperar a que Artaios continuara.

—Debes saber, que tanto Bran, como Elvia y yo mismo no queremos cometer las mismas equivocaciones que se cometieron en su momento con Gilian, el padre de Eline. Además, tenemos un problema añadido que en aquel entonces no teníamos y debemos manejar la situación con suma delicadeza.

—Perdóname maestro ¿Cuál es el problema? ¿No es ella La Elegida? —Kair se había creado muchas expectativas respecto a este momento y no quería que nada las

enturbiase.

—Tienes razón —le confirmó Artaios—, pero en primer lugar, tenemos el mismo problema que tuvimos con Gilian, Eline tiene que desear vivir entre nosotros, amar a nuestro pueblo como si fuese el suyo, porque de ello depende que entienda la importancia de su misión. En segundo lugar, no puede tener sentimientos que la ligen con el exterior, y según me han informado, su familia fue asesinada de manera brutal lo que puede dificultar nuestra labor. Llevaba dos años malviviendo sola en el bosque en condiciones lamentables. Eline se ha convertido en alguien desconfiado y asustadizo y solo con nuestra ayuda y comprensión puede encontrar la forma de superar su pena.

—¿Qué puedo hacer yo para ayudar? —El joven permanecía expectante.

—Kair —en los ojos del Gran Sacerdote había una chispa de orgullo— tienes el don de conseguir que las personas que te rodean hagan, sin pedir explicaciones, lo que tú quieres. Eso te convierte en alguien con mucho poder. Hasta ahora no hemos hablado del tema, pero hace tiempo que he decidido que seas tú quien me suceda en el cargo de Gran Sacerdote.

—Es un gran honor —Kair estaba sorprendido— pero no sé si estoy preparado para ello. Bran y Elvia llevan más tiempo contigo y están más capacitados como máximos sacerdotes que son —dijo Kair sinceramente—. ¿Estás seguro de qué yo soy la persona indicada?

—Como te he dicho, eres alguien excepcional. Ni siquiera yo tengo tus aptitudes. Raras veces nace alguien como tú y creo que no ha sido casual. Como tampoco ha sido casual la llegada de Eline al valle justo ahora que empiezas a tener más relevancia entre nuestra gente —Artaios estaba concentrado en lo que le decía para que sus palabras calasen en el muchacho—. Como sabes, no siempre hemos estado aislados del exterior. Hubo un tiempo, cuando la stirpe de Eline vivía entre nosotros, en el que nos relacionábamos con los demás pueblos. Venían desde tierras lejanas para pedir consejo y nosotros servíamos de enlace entre nuestro mundo y el de los dioses y espíritus.

—¿Podremos algún día volver a estar así? —dijo Kair.

—Espero que sí. Cuando Eline esté preparada, deberá visitar a Laudine y ella la ayudara a recordar su pasado y así podrá afrontar su futuro. Quizás entonces recuperaremos nuestro antiguo esplendor y podamos compartir con los demás los dones que nos han sido otorgados. Sabes que habitamos en un lugar especial y nuestra misión es protegerlo, por ello debemos ayudar en todo lo que podamos. Y ahí es donde entras tú.

Kair se removió nervioso en la silla. Ahora venía la parte difícil.

—Necesito que convenzas a todo el mundo de lo beneficioso que sería que Eline se quedase a vivir en el valle, de esa manera, tendremos más posibilidades de que ella se sienta querida. Debes hacerlo sin que nadie note que intentas manipularlos. También debes poner todo tu empeño en que ella se sienta bien contigo. Intenta

mediar entre ella y los demás sacerdotes. No eres el único que tiene una misión, pero la tuya es la más importante porque de tu éxito depende nuestro futuro. Ahora ve y acompaña a Eline a la choza de Elvia.

—Confía en mí —Kair hizo una reverencia—. La ayudaré como me pides.

—Lo sé —Artaios hizo un gesto afirmativo y sonrió al joven.

Kair se sentía nervioso. No sabía por qué estaba así, y le creaba desazón. Tratar a las mujeres siempre le había resultado fácil y no comprendía por qué con Eline era diferente. Solamente pensar en acercarse a ella le alteraba. Nunca había visto a una mujer con esa belleza salvaje. Una especie de atracción primitiva le hizo desear estar con ella.

Capítulo 10

~Recuerdos~

Eline sentía las manos entumecidas bajo el agua helada. A su lado, Emy golpeaba la ropa y la lavaba como si no la afectase el frío.

No podía remediar oler, de vez en cuando, el trozo de jabón, disfrutando de su aroma.

Levantó la vista y se sorprendió al ver a dos mujeres entre los árboles observándola. Eline se giró hacia Emy para comprobar si ella también las había visto, pero seguía en sus quehaceres sin parecer percatarse de ello.

A una de ellas la había conocido esa misma mañana pero con menos ropa. La otra era pelirroja y era la primera vez que la veía. Las dos iban vestidas con túnicas blancas ceñidas al cuerpo y un cinturón de cuero entrelazado.

Eline bajó la vista a la ropa para escurrirla y cuando la levantó, habían desaparecido. Se quedó boquiabierta por la rapidez con que se habían esfumado. La curiosidad pudo con ella y preguntó a Emy.

Perdona —Emy levantó la cabeza sorprendida de que la hablara—. He visto a algunas personas vestidas con túnicas y me gustaría saber quiénes son.

—¿Ellos? Son los sacerdotes del valle —dijo Emy contenta de que le diera por fin conversación—. Tienen un superior, El Gran Sacerdote, que es el encargado de hacer los rituales y los sacrificios, se llama Artaios y lo reconocerás por el mechón plateado de la barba. —Amy hablaba atropelladamente—. Pero ten cuidado, no son de fiar. Cuanto más inadvertida pases aquí, mejor. Procura mantenerte apartada de ellos, son muy raros —dijo bajando la voz.

Eline se quedó sorprendida. ¿Sacrificaban animales o Emy se refería a otro tipo de sacrificio?

—¿Hay sacerdotisas entre ellos? —Eline quería averiguar quienes eran aquellas mujeres que habían desaparecido tan misteriosamente.

—Sí, hay tres sacerdotisas: Elvia, Vivianna y Sheila. Los otros sacerdotes son: Bran y Kair —Emy estaba encantada de poder demostrar sus conocimientos sobre el valle—, precisamente el chico que te ha ayudado esta mañana, es Kair, uno de «ellos» y la chica que ha aparecido sujetándolo por la cintura, es Sheila —Emy hizo un gesto con las manos incrementando su pecho para describir a la sacerdotisa rubia—. Ten cuidado con ella. Es arrogante y cruel, sobre todo con nosotras. No te interesa llevarte mal con ella.

Eline recordó que ya era demasiado tarde para eso. Cuando terminaron, recogieron el cesto y se dirigieron a la gran choza redonda que era la cocina.

Al entrar, Eline vio a varias mujeres removiendo grandes pucheros. Entre ellas se encontraba Caroline y Susie, sus dos compañeras de campamento. Miró hacia arriba y se asombró al ver la gran altura que tenía el tejado de paja, también en forma de cono. Tenía una abertura, tapada por otro cono más pequeño para que el humo saliera por allí. Una gran chimenea se elevaba hacía el agujero. Grandes ollas colgaban de horquillas en el centro de la sala. De ellas salía un agradable olor a comida. A Eline se le hizo la boca agua. Dejaron los cestos de ropa en la entrada y esperaron a sus dos compañeras en el exterior.

Mientras permanecían allí paradas, estuvo observando a las personas que se encontraban en la plaza principal. Le encantaba oír otra vez bullicio.

Alguien llamó su atención cuando salía de la choza común, era Kair. Esta vez llevaba la túnica puesta y caminaba con paso seguro hacia ella. De pronto, se sintió inquieta pensando que había cometido alguna torpeza y venía a recriminarla. Bajó la cabeza hacia el suelo y esperó a que él pasase de largo pero no lo hizo.

—Hola Eline —Kair intentó mantenerse serio al ver la reacción de ella para no ofenderla— debes acompañarme.

Eline levantó la cabeza y miró inquieta al sacerdote.

—Sí... sí.

Eline no pudo pronunciar ninguna palabra más. La voz y las manos le temblaban.

Al mirar a Amy vio que esta tenía el semblante serio y denotaba temor. Estaba segura de que pensaba que había llamado su atención, pero en ningún caso lo había hecho a propósito.

—Luego te llevaré a tu campamento —Kair trataba de tranquilizarla cuando vio la cara de terror con que había mirado a su compañera.

Eline siguió a Kair por las callejuelas. Se preguntaba a donde la llevaría con tanta premura. No fueron mucho más lejos, al llegar a la altura de una de las chozas, Kair descorrió la piel y la invitó a entrar. Ella se quedó clavada en el sitio. No quería ofenderle, pero tampoco quería entrar con él allí dentro.

—Por favor —le indicó Kair invitándola otra vez a entrar— te está esperando una persona.

Eline no pudo dilatar más la espera y pasó con nerviosismo dentro de la choza. De pie, con las manos cruzadas estaba la sacerdotisa con la que se había cruzado la mañana en la que llegó al valle y que la había mirado con aquella profundidad.

—Hola, Eline —la sacerdotisa tenía el rostro serio—, me llamo Elvia. Soy una de las máximas sacerdotisas del valle. Hubiese querido encontrarme contigo antes, pero no he tenido oportunidad hasta ahora y me gustaría conversar un rato a solas.

—Os dejo —Kair hizo una leve reverencia a Elvia.

—Gracias, Kair. Te llamaré si necesitamos algo.

El sacerdote salió de la choza dejando tras de sí un incómodo silencio. Eline se preguntaba que querría aquella mujer de ella. Elvia observó durante un rato a Eline. Al ver la actitud tan temerosa que tenía la muchacha, la sacerdotisa tomó una

decisión.

—Me agradecería que me acompañases para mostrarte un lugar especial —Elvia se dirigió hacia la puerta.

Eline salió fuera y caminó al lado de ella. Se dirigieron por el sendero que llevaba a los campamentos de los prisioneros.

Al llegar al cruce, en vez de ir hacia el campamento de las prisioneras se dirigió a la izquierda, por el camino que llevaba al campamento de los niños.

Tenía miedo de preguntar nada que fuese a molestar a la sacerdotisa con lo que optó por seguirla en silencio.

Entre los árboles distinguió un claro con una cabaña a un lado. Era una construcción más parecida a las de su aldea. Penetraron por el camino y se dirigieron a un tronco que parecía un banco.

—Siéntate —le pidió Elvia.

Eline se sentó y Elvia se colocó a su lado con suma delicadeza.

—Hace mucho tiempo —comenzó Elvia— estuvimos aquí, igual que nos encontramos ahora.

La sorpresa se manifestó en la cara de Eline. No entendía nada.

—Tú eras mucho más pequeña pero estabas igual de asustada. Te enseñé ciertas cosas sobre nosotros y el valle. También te conté la historia de tu linaje y la razón por la que tu padre debía quedarse con nosotros. En aquel momento te pedí que confiaras en mí y lo hiciste. Ahora te pido lo mismo y espero que lo hagas.

—¿Por qué debería confiar en ti? —quiso saber Eline, que no entendía la complicidad que tenía aquella mujer con ella—. No te conozco.

—En eso te equivocas. Como te he dicho nos conocimos hace doce años. El único problema es que no lo recuerdas. Haremos una pequeña prueba para intentar recordar la temporada en la que viviste aquí. Por algún motivo tu mente ha enterrado esa parte de tu vida y no logras rescatarlo.

—Cierra los ojos —le pidió Elvia y Eline lo hizo sin protestar—. Ahora piensa en tu hermano de pequeño en el bosque —Eline se sorprendió de que supiese que había tenido un hermano—. Él está sujetando unas piedras con una forma extraña de color verde que despiden una luz especial.

A Eline le vino a la mente una imagen de su hermano, Cedric, con unas piedras en las manos. Estas tenían un tono muy llamativo. Se las pasaba de una mano a otra, jugando con ellas.

—Ahora intenta fijar la imagen que rodea a Cedric —Elvia, al igual que Eline, permanecía con los ojos cerrados mientras hablaba—. Hay una mujer a vuestro lado que ahora te está ofreciendo otras dos piedras del mismo color. Intenta cogerlas.

Eline levantó las manos para cogerlas y miró la cara de la mujer que sostenía las piedras. Un fogonazo la vino a la mente y vio la cara de Elvia contemplándola mientras se las ofrecía.

Eline se levantó bruscamente y un grito ahogado se le escapó de la garganta.

Elvia también se levantó y la obligó a sentarse otra vez. Estaba temblando y la tensión en la cara de la muchacha era evidente.

Eline no logró recordar más que ese pequeño trozo. Por más que buscaba entre sus recuerdos nada más venía a su mente pero era suficiente para creer que ella había estado allí tal como la sacerdotisa decía.

—¿Qué has visto? —preguntó Elvia.

—Solo la imagen de las piedras y a ti ofreciéndomelas —Eline no podía quitarse de la cabeza lo que acababa de sentir.

—No te preocupes, intentaremos que vayas recordando las cosas, poco a poco — Elvia seguía manteniendo una expresión seria, lo que hacía que Eline se sintiese cohibida.

—¿Qué son esas extrañas piedras?

Eline sentía curiosidad sobre ellas por algún motivo que no lograba comprender.

—Proviene de un lugar muy especial que se encuentra dentro del valle. Son únicas. En otro momento te las volveré a mostrar. Ahora debemos regresar.

Eline se fue conmovida hacia su campamento mientras Elvia continuó hacia su choza. Tenía que hablar con Artaios para informarle sobre el pequeño progreso de Eline.

La joven había recibido una impresión muy fuerte al saber que había vivido ya allí, pero era necesario si querían hacer que Eline fuese despertando.

Capítulo 11

~Preparativos~

El trasiego de guerreros resultaba frenético. Un grupo de ellos se preparaba para una batida en el bosque, ya que varios vigías habían advertido movimientos extraños alrededor del valle. No habían capturado a nadie porque el número de soldados que había cruzado por el cerco de seguridad era elevado. Pero estaban llegando informes sobre un asentamiento al otro lado del río, que se estaba convirtiendo en base para pequeñas patrullas que pernoctaban allí.

Bohort salió en ese momento de su choza. Llevaba una semana vigilando a Eline y pasando informes a Artaios pero ahora su cabeza estaba en aquella peligrosa misión que iban a llevar a cabo. El jefe de los guerreros estaba terminando de ajustarse el manto que utilizaban para camuflarse, repletos de hojas y que los tapaban por completo. Llevaba el rostro tiznado para no ser visto en la oscuridad.

Debajo de la capa de hojas llevaban sus ropas, una espada para protegerse y una cerbatana que utilizaban para dejar inconscientes o matar a los intrusos, dependiendo del dardo que utilizaran.

—¡Oisin! —Bohort llamó a su hombre de confianza—. Informa al Gran Sacerdote que ya estamos preparados.

El guerrero asintió, terminó de atarse su pelo negro y se puso en camino. Aunque era muy joven, Oisin tenía la total confianza de Bohort y de Artaios. Era de la misma edad que Kair y entre ellos había existido siempre una gran amistad. Aunque Kair fue escogido para iniciarse como sacerdote y su amigo como guerrero, el distanciamiento no rompió esa camaradería que habían mantenido desde la infancia.

Oisin era un poco más bajo que Kair, aunque su cuerpo estaba más musculado por el entrenamiento y la lucha. A pesar de que los sacerdotes y sacerdotisas practicaban habitualmente con armas, la mayoría de su tiempo lo empleaban en otras disciplinas como la astronomía, el conocimiento de la naturaleza y la curación, entre otras.

El semblante de Oisin no dejaba entrever sus sentimientos. Pero por dentro sentía un ligero malestar. Al anochecer iban a rodear el campamento de soldados que se encontraba en el perímetro exterior. Con un poco de suerte conseguirían disminuir su número y capturar a alguno de ellos.

Normalmente, no solían coger con vida a más de cuatro personas de un mismo grupo, ya que era más difícil controlarlos y más peligroso, pero con la llegada de Eline, Artaios pensaba que necesitarían a más prisioneros para los diferentes rituales de agradecimiento a los dioses y como no, a los espíritus que lo guiarían por el camino correcto.

Kair había mostrado su desacuerdo por esta orden, pero su maestro tenía la última palabra sobre aquello y no podía hacer nada para evitarlo.

Mientras Oisin caminaba, sus ojos negros despedían un brillo salvaje, prefacio del peligro al que se expondría más tarde, a él como a su amigo Kair, no le gustaba la orden del Gran Sacerdote, aun así, nunca se le ocurriría decirlo.

Mientras tanto, en las chozas de los guerreros, Bohort se giró al oír a alguien acercándose por detrás y se encontró cara a cara con una de sus mejores guerreras.

—Estamos preparados —Nessy miró a Bohort con respeto—. Todos esperamos tus órdenes.

El jefe de los guerreros, no pudo evitar sentirse halagado por la actitud de ella.

Aunque todas las mujeres eran adiestradas desde la infancia para poder defenderse de cualquier ataque, pocas terminaban siendo guerreras.

Nessy había demostrado tener una gran fuerza, física y mental. Bohort contaba con ella para las misiones más arriesgadas por su gran capacidad para seguir el rastro. En ocasiones su temeridad en la lucha sobrepasaba a la de sus compañeros.

—En cuanto Artaios llegue con el elixir, partiremos —Bohort se escondió la espada dentro de la capa—. Mientras tanto, asegúrate de que todo esté listo.

El resto de guerreros permanecía expectante, cerca de su jefe, esperando la señal para salir del valle. Esta era una misión arriesgada y ellos lo sabían. Normalmente, los soldados no se acercaban por el bosque. Este se encontraba lejos de cualquier aldea o pueblo. Solo unos pocos incautos se atrevían a cruzar el río y acercarse al umbrío bosque que protegía aquel lugar.

Los habitantes del valle habían conseguido, gracias a sus conocimientos, convertir el bosque en un lodazal carente de vida. Nada comestible crecía en su interior. Aunque la vegetación era abundante, el suelo estaba siempre embarrado y con una capa de materia muerta y putrefacta, que le daba al bosque un aspecto tenebroso e insalubre y que provocaba en todo el que entraba una sensación de peligro y desazón.

El malestar de los guerreros era debido a que aquellos hombres a los que iban a atacar, estaban armados y conocían el arte de la guerra. Aunque no temían la muerte, les preocupaba que su hogar fuese descubierto y destruido.

Bohort vio a lo lejos a Oisin junto al grupo de los sacerdotes, que se acercaban a la chozas. Artaios se paró delante de los guerreros para transmitirles unas palabras de ánimo.

—Conocéis los peligros a los que os vais a enfrentar esta noche pero confío en que sabréis salir victoriosos de la contienda. Os he traído el elixir sagrado —gritó Artaios a los veinte guerreros que participarían en la emboscada— que como sabéis, os ayudará a obtener la victoria esta noche. Nadie debe dejarse capturar bajo ningún concepto. Si alguno de vosotros cae en manos de los soldados ya conocéis lo que debéis hacer —los rostros manchados de negro de los guerreros no se inmutaron tras las palabras de su guía.

Artaios se paseó por delante de cada uno ofreciendo la copa de oro con el líquido dorado. Cuando todos bebieron, empezaron a golpear sus pies contra el suelo. El gran Sacerdote posó la mano sobre el hombro de Bohort y se despidió solemnemente del jefe de los guerreros.

—Debes tener en cuenta mis órdenes a la hora del ataque. Procura dejar los suficientes prisioneros con vida —le advirtió Artaios.

—Espero que podamos volver todos y que los soldados que capturemos sean de tu agrado para los rituales —le contestó Bohort.

El grupo pasó por delante de los sacerdotes, para enfrentarse a la misión que los esperaba. Kair detuvo a su amigo Oisin para darle un abrazo, mientras Vivianna y Sheila observaban cómo partían con el rictus serio, sin dar la más leve señal de que ello les afectara en algo. Estaban acostumbradas a disimular sus sentimientos y en aquellos momentos, era cuando más debían hacerlo.

Aun así Vivianna, la sacerdotisa más joven, no pudo evitar mirar a Oisin, en el último momento, con preocupación. Él esquivó sus ojos para no demostrar debilidad y siguió caminando junto a sus compañeros. Cuando calculó que ya no lo vería, el joven volvió la cabeza para mirarla, quizá por última vez.

Capítulo 12

~Emboscada~

En cuanto salieron del valle se dispersaron en grupos de tres. Debían rodear el campamento de los intrusos desde diferentes puntos.

Cuando llegó el anochecer, cada uno estaba preparado en su puesto. Los guerreros permanecían escondidos, observando el campamento de los soldados que iban y venían alrededor de la hoguera cerca de la orilla del río, donde habían colocado unas pequeñas carpas que les servían de refugio. El asentamiento estaba en fase de construcción.

Aunque no habían cruzado la frontera natural que aislaba al bosque, Artaios no podía permitir que una amenaza así permaneciera cerca de ellos. Bohort había pedido que todos se mantuvieran en silencio hasta la señal. Algunos soldados sentados alrededor de la hoguera, cantaban canciones obscenas y bebían vino sin parar.

Varios guerreros habían vadeado el río y estaban con sus cerbatanas preparadas.

La noche era cerrada y no se veía gran cosa. A pesar de ello la mayoría de los soldados eran visibles gracias al fuego que tenían encendido.

Allí, la fiesta parecía ir en aumento. Algunos comenzaron a empujarse y a pelearse sobre la arena. El alcohol corría de mano en mano.

Los guerreros del valle estaban avergonzados de ver a unos hombres de armas tan descuidados. Era una deshonra para ellos. Solamente tenían un par de vigías mientras ellos jugaban como niños, creyéndose protegidos por ser un grupo numeroso. Bohort calculaba que eran cincuenta soldados frente a los veinte que eran ellos.

El momento se aproximaba y los hombres de Bohort permanecían en tensión, esperando la señal para lanzar los dardos a aquellos que estuviesen menos borrachos.

Los dos soldados, que se encontraban haciendo guardia fuera del campamento, estaban más pendientes de lo que hacían sus compañeros que de protegerlos.

Bohort hizo la señal. De pronto, todo quedó en silencio. Los soldados pararon de hacer ruido y de pelearse, y comenzaron a girar sus cabezas asustados, buscando el peligro que se les venía encima, pero ya era demasiado tarde para evitarlo. Muy pocos tenían las armas cerca.

Los primeros en caer fueron los vigías. Con un movimiento rápido les rajaron el cuello y los depositaron lentamente en el suelo.

El resto de los guerreros, disparó sus cerbatanas con una precisión increíble. Uno a uno cayeron al suelo inconscientes. Los que estaban sentados, intentaron coger sus armas para defenderse, pero los guerreros se lanzaron sobre ellos como espíritus de la noche. Con su fortaleza arrolladora y la seguridad que les daba el elixir, eran

imparables.

A pesar de estar en clara desventaja los soldados se defendieron con presteza, por lo que algunos guerreros fueron heridos.

Parecía que no podían vencerlos a pesar de estar en avanzado estado de embriaguez. Bohort luchaba con varios soldados a la vez y Oisin corrió en su ayuda. Los dos pelearon con fiereza causando grandes estragos entre los soldados.

Nessy se servía de las sombras de la noche para coger desprevenidas a sus víctimas. Por donde pasaba, iba dejando un reguero de muertos hasta que uno de los soldados se giró a tiempo para evitar el ataque.

Nessy notó el frío acero en su pierna mientras intentaba acabar con él. El soldado consiguió arrancarla el arma y Nessy cayó al suelo. Al ver que era una mujer se tiró sobre ella. Ese fue su mayor error, ya que la guerrera colocó un cuchillo entre su cuerpo y el del hombre. Él se dio cuenta demasiado tarde. Cuando quiso evitarlo, el cuchillo ya estaba dentro del estómago. Nessy se lo quitó de encima como si fuese excremento y continuó atacando a los que se cruzaban en su camino.

Poco a poco las fuerzas se fueron igualando, y aunque algunos guerreros tenían heridas bastante feas, siguieron luchando como auténticos expertos. Tras matar a todos los que seguían en pie, se encargaron de los que estaban inconscientes. No podían llevarse a todos al valle. Solo nueve fueron escogidos como prisioneros. El resto fueron degollados.

Todavía les quedaba una misión antes de irse. No podían dejar allí los cuerpos. Hicieron una gran pira para quemarlos y después limpiaron las cenizas empujándolas hacia el río. También quemaron las carpas y borraron cualquier huella que tuviese el terreno. De esa manera, si venían a investigar sobre los desaparecidos nunca sabrían lo que les había pasado.

Volvieron a cruzar en dirección al valle y se alejaron lo suficiente para no ser descubiertos. Tendrían que esperar a que los prisioneros recobrasen la conciencia para seguir caminando. Les ataron las manos y les vendaron los ojos.

Poco a poco los soldados capturados fueron despertando desorientados. Al ver su situación, algunos intentaron escapar corriendo a pesar de no ver nada. No llegaron muy lejos.

Todos los guerreros regresaban con vida al valle y eso significaba que los dioses les habían bendecido con la victoria.

Más tarde, Artaios y sus sacerdotes se encargarían de demostrar la debida gratitud en un gran ritual, donde participaría toda la aldea.

Los guerreros que estaban heridos eran ayudados a caminar por sus compañeros. Nessy había sufrido un gran corte en la pierna y aunque cojeaba no permitía que nadie le prestase su ayuda. Ninguno osaba contrariarla, ni siquiera Bohort, ya que ella tenía un carácter bastante fuerte.

Aunque era una mujer bella, con grandes ojos y un hermoso cuerpo, nunca había tenido un compañero con quien compartir su choza. Habían pasado algunos hombres

por su lecho pero ninguno había permanecido lo suficiente. Solamente había uno al que respetaba de verdad, y ese era Bohort. Por su parte, el jefe de los guerreros tenía la suficiente cabeza para no intentar nada con ella hasta que no viese clara su disposición.

De camino a la entrada, los prisioneros se debatían continuamente para intentar huir. De su boca salían todo tipo de insultos y amenazas, pero a Bohort no le preocupaba lo más mínimo. Su única inquietud era llegar antes del amanecer al valle. Luego, ya se ocuparía de ellos.

Capítulo 13

~La marca~

Aunque la noche estaba ya muy avanzada, todavía no había amanecido cuando llegaron a la entrada de la cueva. Bohort estaba satisfecho con sus guerreros, habían conseguido destruir el campamento y capturar a los soldados que Artaios les había pedido.

Debían esperar allí a las primeras luces del alba para que los sacerdotes y los habitantes estuviesen preparados. La intimidación era un arma que utilizaban para los que caían en sus manos. Era la forma de lograr que no causasen problemas.

Bohort encargó a Oisín que informase al Gran Sacerdote de su llegada y del número de prisioneros que llevaban. El joven terminó de liarse una tela en la herida del brazo y salió por el túnel hacia el interior del valle.

Los demás guerreros amontonaron a los prisioneros en el suelo de la primera cueva. A pesar de que se les había pasado el efecto del dardo no todos estaban bien. Algunos presentaban heridas que se habían hecho al intentar huir a ciegas o en el fragor de la lucha. Incluso, uno de ellos gimoteaba, mientras que el resto mantenían una actitud arrogante.

Dos guerreros alzaron al primero y lo llevaron a la otra cueva donde tenían preparado el hierro para marcar a los cautivos. Al entrar en el espacio iluminado por las antorchas y quitarle la venda, el prisionero comenzó a parpadear. Sus ojos tardaron en acostumbrarse a la luz pero al final pudo ver dónde se hallaba.

Delante se encontraba Bohort junto a otro guerrero. El prisionero miró hacia ellos para ver qué estaban manipulando en el fuego. La cara se le transformó en una mueca de ira al ver el hierro candente. Le iban a marcar como a una res. Forcejeó para intentar evitarlo pero no le sirvió de nada. Poco a poco vio como se acercaba el hierro en forma de espiral hacia su brazo. Ni un solo grito se le escapó de la garganta. Mantuvo los dientes apretados aguantando el dolor para no darles esa satisfacción.

Después de él, fueron marcados el resto. Todos ellos aguantaron estoicamente el dolor, excepto el que gimoteaba, quien terminó llorando y suplicando para librarse del suplicio.

Los prisioneros permanecieron sentados contra la pared en la segunda caverna. No faltaba mucho para el amanecer y los guerreros ya estaban preparados para descender al valle.

Bohort dio la orden de partir en cuanto llegó el alba. Los prisioneros bajaron escoltados por el frondoso bosque que llevaba al poblado, mirando atónitos aquel lugar del que poco antes desconocían su existencia.

En la entrada de la aldea, muchos habitantes esperaban para ver la llegada de sus propios hombres y de los prisioneros. Para ello, formaron un largo pasillo hasta la choza común, donde ya esperaban los sacerdotes y el resto de los habitantes.

Los prisioneros se dejaron guiar mansamente, atados unos a otros, hacia la gran construcción ovalada. Habían recibido la orden de su capitán, Bruce, para que no intentasen nada hasta que él lo ordenase.

Cuando entraron, se quedaron desconcertados al ver a las personas que se encontraban al fondo alrededor de una gran mesa redonda. Eran ciertamente de lo más extraño. La túnica blanca les daba un aire de solemnidad. El anciano que ocupaba el lugar principal parecía un ermitaño y los otros dos, les estudiaban como si supiesen lo que estaban pensando.

Las tres mujeres que los acompañaban eran de una belleza espectacular, pero aún así a Bruce le ponían la carne de gallina. Intentando asimilar la escena, llegaron al centro de aquella espaciosa pieza iluminada con antorchas. A Bruce le pareció estar viviendo algo irreal.

Artaios examinó despacio a cada uno de ellos. Analizaba cada gesto, cada pose, cada mirada para conocer a los nuevos prisioneros que iban a convivir con ellos en el valle.

Algunos, no aguantaron la mirada y la apartaron rápidamente.

—Os encontráis en el valle de Cair Sidhi —comenzó Artaios con tono autoritario que además denotaba desagrado—. Si alguno de vosotros intenta huir será ejecutado al instante. No permitiremos ningún acto contra nuestra gente. Viviréis en un campamento, aquí dentro del valle, y cuando no estéis trabajando deberéis permanecer allí. Cualquier infracción será castigada severamente por nuestros guerreros que os vigilarán permanentemente.

El silencio en la sala era total. Nadie se movía, ni siquiera los prisioneros que permanecían expectantes, esperando lo que aquel hombre con pelo y barba larga les tenía que decir.

—Bajo ningún concepto volveréis a salir del valle, ni debéis intentarlo —a varios de los prisioneros les cambió el gesto— de todas formas no podríais.

Bruce, como buen capitán que era, no cambió el gesto cuando escuchó aquellas palabras. Estaba seguro que aquella gente tenía un punto débil y no tardaría en descubrirlo. Mientras tanto le había pedido a Henry, uno de sus hombres, que actuase como si estuviese al mando.

—Por último —continuó Artaios, mirando a Henry y de reojo a Bruce— debéis obedecer las órdenes que recibáis de cualquier habitante del valle. Para nosotros no sois más que prisioneros y no tenéis ningún derecho. No lo olvidéis.

Hizo un gesto a los guerreros que los custodiaban para que los llevaran al campamento de los prisioneros donde estaban ya esperándolos.

Capítulo 14

~Prisioneros~

Eline se dirigía al pilón junto a Amy a primera hora, como cada mañana desde hacía una semana. Al pasar por la plaza central, vieron a un grupo numeroso de gente que se encontraba en la puerta de la choza común.

—¿Qué ocurre? —preguntó Eline.

—Esperemos aquí para ver qué pasa —le respondió Amy.

Con cautela se escondieron tras una choza para no ser vistas. Si alguien las descubría, podrían buscarse un problema.

Allí de pie, Eline comenzó a notar una sensación desagradable en el estómago. Casi al instante, vio como salían varios guerreros. Eline percibió cómo todos los sonidos a su alrededor se apagaban y se desenfocaba todo menos la puerta de la gran choza. Desde que había entrado en el valle había tenido sensaciones extrañas dentro de ella pero ninguna como aquella. Detrás de los guerreros, custodiados, unos soldados llenos de magulladuras y heridas andaban cabizbajos y atados unos a otros.

A Eline se le heló el corazón cuando reconoció los uniformes. Eran los soldados que mataron a su familia y a sus amigos.

Cuando pasaron cerca de donde se hallaban escondidas, uno de ellos levantó la vista y se fijó en ellas. El hombre sonrió y la lujuria cruzó por su cara. Hizo un gesto grosero con la boca a su compañero, este dirigió la vista hacia ellas y correspondió con el mismo gesto, riéndose los dos.

Eline sintió que las entrañas se le removían por dentro. No esperaba encontrarse con aquellos canallas tan pronto y menos aquí. Aunque sabía que tarde o temprano tendría que ir en su busca para que pagasen por todo lo que habían hecho, a pesar del tiempo pasado, no se sentía preparada.

—¿Nos vamos de aquí? —pidió Eline.

—Sí, no me gustan esos hombres, me dan miedo —confesó Amy.

Cogieron los cestos de ropa y siguieron hacia el pilón. Eline permaneció taciturna el resto de la mañana pensando qué hacer ante esta nueva situación.

Mientras, en la choza común, todos miraban expectantes al Gran Sacerdote. Artaios no se hizo esperar y dijo lo que pensaba, a pesar de que sabía que crearía preocupación a su alrededor.

—Algo está sucediendo ahí fuera para que los soldados se acerquen tanto a nuestro territorio —Artaios clavó la mirada en todos—. No me gusta. Debemos estar preparados para una posible invasión. Doblaremos la vigilancia en el bosque —Artaios hizo una pausa—. Respecto a los nuevos prisioneros, quiero que estén

vigilados día y noche. No quiero sorpresas.

—He visto cosas en ellos que me causan escalofríos —dijo Kair—. Además, temo que son demasiados y que eso nos causará problemas.

—¡Los necesitamos! —Se enfadó Artaios—. Hoy debemos celebrar un gran ritual para agradecer nuestra victoria y escogeremos a uno. El resto correrá la misma suerte pero a su tiempo. Es un momento crucial para nuestra supervivencia y no voy a escatimar en realizar todas las ofrendas a los dioses que se necesiten.

Elvia tomó la palabra para intentar apaciguar a Artaios.

—Gran Sacerdote ¿Deseas que te acompañe al campamento de los hombres?

—Te lo agradezco. Tu opinión siempre ha sido correcta —Artaios halagó a Elvia mientras que Kair se sintió herido por el trato recibido—. Tengo un candidato pero quiero asegurarme. Creo que estarás de acuerdo cuando te lo muestre.

Bran pensó que lo mejor en ese momento, era dejar solo a Artaios para que pudiese reflexionar.

—Discúlpame Artaios —Bran hizo un gesto a los tres sacerdotes más jóvenes para que lo siguiesen—. Me ocuparé de que todo esté listo para cuando anochezca.

Kair, Sheila y Vivianna se levantaron rápidamente e hicieron una reverencia antes de retirarse. Kair lamentaba que su maestro se hubiese enfadado con él. La obediencia a sus superiores era una norma inquebrantable entre ellos.

Dentro de la cúpula, Artaios era el miembro de más edad, superaba los cincuenta y ya se apreciaban en él los primeros signos de vejez. En cambio, Bran y Elvia, aunque rondaban los cuarenta tenían un aspecto magnífico. Es más, Elvia parecía haber hecho un pacto con los dioses para mantenerse en una eterna juventud.

—No debes contrariar a Artaios —recriminó Bran a Kair una vez fuera—. Él conoce cosas que nosotros ignoramos. Si Artaios quería capturar a más prisioneros de lo habitual sus razones tendría, aunque pensemos que es un error debemos confiar en él.

—Lo siento —se disculpó Kair—. Intentaré no ser tan impulsivo la próxima vez. Esos hombres no me gustan y no puedo remediar sentir cierto malestar cerca de ellos.

Los soldados eran llevados hacia el campamento donde debían vivir a partir de ahora. La mayoría de los prisioneros se habían marchado ya a trabajar y solo Johan permanecía allí por orden de Artaios. Él era el encargado de mantener el orden y organizar el trabajo.

En el campamento de las mujeres, la encargada era Caroline. Ella había sido escogida directamente por el Gran Sacerdote. Algunas veces, mantenían reuniones a solas. Sus compañeras sospechaban que había una relación entre ellos pero no sabían de qué tipo.

Caroline y Johan eran los prisioneros de más antigüedad. No era habitual que un prisionero viviese mucho en el valle. A veces ocurrían accidentes, otras intentaban huir y otras veces, tenían el honor de participar en los rituales. Estos eran escogidos cuidadosamente por el Gran Sacerdote, por el papel tan importante que

desempeñaban. Aunque los elegidos, seguramente, no lo viesen de la misma manera.

Johan estaba sentado en la puerta de una de las chozas mirando hacia el sendero. Le habían ordenado que tuviese cuidado con los nuevos prisioneros y que vigilase todos sus movimientos.

Johan era un hombre robusto con el cabello ondulado. Tenía una mirada clara y honesta. Llevaba el campamento con mano dura y no dejaba que ningún otro prisionero quebrantase las normas impuestas por él.

Hacía poco, había empezado a mostrar cierto interés por Susie, compañera de Caroline, y pasaba todo el tiempo que le permitían con ella.

En cuanto Johan vio entrar al grupo, supo que iba a tener problemas con ellos. Lo normal era que capturasen a personas sin relación entre sí o grupos muy reducidos. Este en cambio era demasiado grande y además parecían bastante belicosos.

Los guerreros se dirigieron hacia donde estaba Johan, desataron a los prisioneros, y sin mediar palabra se marcharon por el sendero, dejando a Johan allí plantado, y a los nuevos prisioneros mirándole con cara de pocos amigos.

Cuando creía que tendría que hacerse cargo él solo de todos, apareció otro grupo de guerreros que se dispersaron entre la maleza para vigilarlos. Johan respiró tranquilo.

Se acercó a ellos y se dirigió al que parecía el cabecilla.

—Me llamo Johan —le dijo a Henry— y soy el encargado del campamento. De momento permaneceréis dentro de aquella choza —Johan indicó una de ellas—. Ahí tenéis agua para lavaros las heridas.

—¿Qué haremos después? —preguntó Henry—. ¿Por qué nos han capturado?

Henry miró hacia Bruce buscando su aprobación a las preguntas que hacía. Ese gesto no le pasó inadvertido a Johan que se preguntó el porqué de aquello. Desde ese momento comenzó a vigilar a Bruce.

—No te preocupes, pronto lo averiguarás. —Johan se marchó hacia su choza.

Mientras los prisioneros limpiaban sus heridas dentro de la choza asignada, Johan volvió su atención a la entrada del sendero. Intuía que pronto iba a recibir otra visita.

Al poco le vio aparecer. Le acompañaban, algunos guerreros y una de las sacerdotisas, Elvia. El trato de Johan con ella era cordial. Era experta en plantas medicinales y varias veces había necesitado su ayuda para curar a alguno de sus compañeros.

Johan se aproximó hasta los dos sacerdotes e hizo una reverencia para saludarlos. Artaios le puso la mano en el hombro como gesto de complicidad.

—¿Dónde se encuentran? —preguntó Artaios.

—Les he puesto a todos en una choza —Johan le indicó el lugar.

—Bien hecho —le felicitó Artaios.

Siguieron a Johan hasta una de las cuatro chozas. Dos guerreros se colocaron a cada lado de la puerta. En cuanto entraron, los soldados les miraron desafiantes.

Artaios paseó la mirada por todos ellos hasta que señaló a uno, Elvia asintió y

otros dos guerreros agarraron a Henry y lo sacaron de la choza. Los demás se quedaron mirando impotentes ya que sabían que no podían hacer nada para evitarlo, ellos estaban desarmados y en clara inferioridad. Aunque desconocían para qué se lo llevaban, intuían que no era para nada bueno.

El prisionero fue llevado a una de las chozas de los guerreros para ser custodiado hasta la ceremonia.

Desde que le habían separado del grupo, Henry ya no miraba con la misma seguridad de antes. No tenía ni idea de cómo eran aquellas personas que lo tenían cautivo y temía que practicasen alguna costumbre bárbara y sanguinaria. Esperaba que Bruce tuviese alguna idea para rescatarle si las cosas se ponían feas. Suyo había sido el plan de identificarse como su jefe y no le gustaba la idea de que su capitán le hubiese utilizado.

Aquello se había torcido desde el principio. Su señor les había ordenado que atacasen una pequeña aldea dentro de la comarca. Esa noche Bruce había decidido parar en el asentamiento que estaba levantando su guarnición en mitad del bosque para empezar el ataque al amanecer. Todo debería haber ido rodado ya que las gentes a las que tenían que dar un escarmiento eran campesinos desprotegidos y sin posibilidad de defenderse.

A pesar de que Henry no estaba al mando, era uno de los hombres de confianza de su señor. No le temblaba la mano a la hora de matar y castigar. Es más, disfrutaba sobremanera al ver las caras de terror con que le miraban sus víctimas, le hacía sentirse superior.

Henry estaba atado pero no se daba por vencido. Si Bruce no hacía nada, intentaría huir por su cuenta. Sabía que no podría ayudar a sus compañeros pero le daba igual mientras él pudiese salvar su pellejo.

Lo primero que haría era quitarse las cuerdas que tenía en las manos y los pies. Después buscaría algo que le sirviese de arma.

Dos guerreros custodiaban la choza desde el exterior, mientras que sus compañeros se preparaban para el ritual. Uno de ellos descorrió despacio la cortina para ver lo que hacía el prisionero y sonrió al ver los intentos de este para quitarse la cuerda.

Dentro de poco, cuando llegase el Gran Sacerdote con el elixir sagrado, iría a su destino como un corderito, sin necesidad de ataduras.

Capítulo 15

~Decisiones~

Cuando Eline regresó al campamento para comer, ya había tomado varias decisiones. La primera sería conseguir más información y la persona idónea para ello era Caroline. Había descubierto que tenía más contactos en el valle que el resto de los prisioneros. La segunda, tener la valentía para hacer lo que debía.

Encontró a Caroline preparando la comida junto al fuego. Estaba en cuclillas y parecía cansada.

—Os estaba esperando —Caroline recogió los cuencos del suelo y las sirvió rápidamente como si tuviese prisa por algo.

Un aroma succulento escapaba a través de la tapa y a todas se les hizo la boca agua. El olor a carne con verduras hizo que Eline se llevara la mano al estómago. Todavía le parecía increíble tener una comida todos los días y no quería ni imaginarse lo que sería volver otra vez a su vida de antes.

Eline no quería esperar más para averiguar algo de aquellos hombres. En cuanto se sentaron a comer junto al fuego, comenzó a martirizarla a preguntas.

—No sé quiénes son —le repitió otra vez Caroline—. Lo único que sé, es que son soldados de la comarca cercana al valle y que no todos han sido capturados, muchos de ellos murieron en el asalto.

—¿Qué van a hacer con ellos? Es peligroso tenerlos a todos aquí —puntualizó Susie, pensando más en Johan que en ella—. No olvidemos que son soldados y no permitirán que los habitantes del valle los traten como esclavos.

—¿Cuántos son en total? —preguntó Amy con su carita asustada.

—Han capturado a nueve, pero pronto solo quedarán ocho. Uno ya ha sido escogido —Caroline miró de reojo a Eline, luego dirigió una mirada cómplice a sus compañeras—. Dejemos el tema. Tenéis otras cosas de que preocuparos que de lo que le pasa al resto de prisioneros. Cuidad de vosotras y de lo que hacéis.

Eline se quedó pensando qué había querido decir Caroline con esa frase. ¿Para qué habían escogido a uno? Daba igual que ella no le contase todo, pensaba averiguarlo de todas formas. Algo iba a ocurrir con uno de los prisioneros y quería saber qué era.

Después de comer se dirigió a la choza de Elvia para ver si ella la daba alguna información. No sabía por qué, pero desde que había llegado al valle la sacerdotisa se mostraba siempre dispuesta a ayudarla. Si tampoco lo conseguía con ella, investigaría por su cuenta.

Cuando pasaba por la choza de Kair, el sacerdote salió a su encuentro como si la

estuviese esperando. Kair levantó levemente la cortina para invitarla a pasar. Eline miró hacia el interior y entró con paso inseguro. No sabía qué quería de ella, pero sin duda sería una buena oportunidad para enterarse de alguna noticia sobre los nuevos prisioneros.

El sacerdote entró justo detrás y se dirigió a la mesa donde tenía varios objetos preparados. Escondió algo rápidamente bajo una tela antes de que Eline viese lo que era. Después se giró y se quedó mirándola un rato antes de hablar. No podía evitar sentirse un poco cohibido por aquella muchacha. Algo en ella le resultaba inquietante. Aquellos ojos verdes tenían una fuerza que lo atrapaban sin que él pudiese remediarlo.

Eline desvió la mirada. Prefirió observar lo que tenía a su alrededor. A parte de un camastro, en la estancia solo había un pequeño taburete y una mesa redonda.

En un lado del espacio circular se encontraba una pequeña chimenea con un montón de ceniza. Aunque el verano estaba cerca, en el valle las noches eran bastante frescas y se agradecía un buen fuego para calentarse.

Una leve llovizna caía en ese momento y Eline se encontraba mojada. Hubiese deseado que el fuego estuviese encendido para quitarse la humedad de la ropa pegada a su cuerpo. Sintió un escalofrío y se abrazó para darse calor. Kair se dio cuenta en seguida de lo que ocurría y se puso manos a la obra para preparar un pequeño fuego. Lo encendió rápidamente, alimentándolo con varios troncos.

Cuando la habitación estuvo caldeada, Eline se sintió más a gusto. Ninguno de los dos había pronunciado palabra y Eline se sentía un poco incómoda. Kair la indicó con un gesto un lugar en la cama para que se sentara mientras él se colocaba en el taburete. Eline se acomodó en el borde como si la fuesen a atacar la pieles que cubrían el lecho.

—Te he estado observando y he notado que estás preocupada por algo —quiso saber Kair.

—No es nada por lo que debas molestarte —Eline estaba dudando cómo abordar el tema para no demostrar excesivo interés—. Esta mañana he visto a unos soldados que han llegado al valle y estoy un poco intranquila —Eline bajó la vista hacia sus manos que se retorcían con vida propia.

—Entiendo tu preocupación pero ya hemos tomado medidas para que no causen problemas.

—¿Qué les ocurrirá a los soldados ahora? —preguntó de pronto Eline.

Kair permaneció pensativo antes de contestar.

—Empezarán a trabajar en alguna tarea —contestó.

—¿Todos? —Eline miró fijamente al sacerdote para averiguar si le ocultaba algo.

—Todos no —Kair intuyó que Eline sabía algo—. Uno de ellos debe cumplir un papel importante esta noche para dar gracias a nuestros dioses.

—¿Qué papel? —Enseguida se arrepintió de ser tan directa.

—No puedo contarte todo Eline —dijo Kair amablemente—. Hay cosas que se

deben mantener en secreto por el bien de todos. Algún día quizá pueda contarte todo lo que ocurre aquí dentro pero creo que todavía no estás preparada para entenderlo.

Kair se levantó y se sentó al lado de ella. Eline sintió que le subía un cosquilleo por la espalda. Era la primera vez que estaban a solas y un sentimiento nuevo estaba aflorando en ella.

—Estás temblando —le dijo Kair—. ¿Tienes frío?

Sus rostros se encontraban a muy poca distancia y ella pudo admirar la perfección de sus rasgos. No había visto nunca un muchacho tan guapo como él. Cuanto más le observaba más atractivo le parecía.

—No, estoy mejor —mintió Eline.

Todo a su alrededor pareció pararse. Podía oír su corazón golpeando contra su pecho.

—Tápate con esta piel —Kair le pasó la piel por los hombros, acercándose todavía más a ella.

Estuvo tentado de besarla. Estaba seguro que no le iba a rechazar, pero pensó que Artaios no lo aprobaría. En vez de eso, con el dorso de la mano le acarició la piel de la cara. Eline se quedó tan sorprendida que no supo qué hacer. Sus miradas se volvieron a cruzar y permanecieron prendados, durante unos segundos. Deseaba besarle y vio cómo él empezaba a aproximarse a su boca lentamente.

De pronto, Eline se dio cuenta de que si le dejaba terminaría en algo para lo que no sabía si estaba preparada. Se sentía atraída por él pero la daba miedo lo desconocido. Se levantó avergonzada y salió de la choza.

Él permaneció sentado, analizando lo sucedido. No estaba acostumbrado. Por primera vez, una mujer no caía rendida a él, en una situación como aquella. Había deseado otra reacción por su parte pero no podía echarle nada en cara. A pesar de ello, estaba un poco herido en su orgullo.

Se levantó y fue hacia la mesa, ahora debía pensar en el ritual. Alzó la tela blanca y cogió la daga que se utilizaría con el prisionero en la ceremonia, la cual brilló ante la luz del fuego.

Mientras la afilaba, un movimiento detrás de él le hizo girar en redondo. Agarró por la muñeca al intruso y le puso la daga al cuello. Cuando se dio cuenta de quién era, dejó caer la daga y giró a la mujer. Sheila lo rodeó con los brazos y se acercó a su boca para besarlo. Kair se deshizo de su abrazo y se separó con firmeza.

La sacerdotisa se sintió dolida aunque enseguida se sobrepuso. Sabía que Eline había estado allí y no quería que creyese que estaba celosa.

No sabía qué intenciones tenía Kair con la prisionera y por eso, le había estado vigilando desde hacía un rato. Por desgracia sus temores se habían confirmado, Kair estaba interesado en Eline. Se volvía loca pensando lo que podía haber ocurrido allí dentro. Sheila se mostró sumisa, a pesar de que no lo era en absoluto.

—¿Estás cansado? —le dijo con una sonrisa—. Si quieres podemos estar un rato juntos.

—Lo siento Sheila pero ahora no tengo tiempo. Si no te importa tengo que terminar algo y como sabes hay ciertas cosas que solo yo debo hacer —el tono de Kair denotaba frialdad.

—Está bien, no quiero molestarte más —Sheila continuó sonriendo—. Hablaremos más tarde.

Mientras esperaba a que ella se fuera permaneció apoyado en la mesa con los brazos cruzados. Cuando Sheila salió, Kair suspiró y regresó a lo que estaba haciendo. No quería ofenderla, pero ahora no tenía ganas de estar con ella. Seguía pensando en Eline y prefería estar solo.

En cuanto salió de la choza, Sheila cambió el gesto. No quería perder la relación que tenía con Kair, por lo que tendría que aguantar sus desplantes por mucho que la doliese.

Eline volvía hacia su campamento sin haber sacado nada en claro, prefería no buscar a Elvia para no cruzarse con Kair, pero en el último momento cambió de opinión y volvió de nuevo al poblado. No le quedaba más remedio que averiguar las cosas por ella misma.

Con mucho sigilo se escabulló entre las chozas, escondiéndose detrás de una pila de leña. Allí nadie la descubriría o eso pensaba ella.

Capítulo 16

~El ritual~

Comenzaba a oscurecer y Eline notó más movimiento alrededor de las chozas.

Algunos guerreros se aproximaron a la vivienda del Gran Sacerdote. Él salió a recibirlos a la puerta antes de que ellos llegaran. Iba vestido con una túnica ceremonial y un cinturón dorado.

Tras cruzar unas palabras, Artaios volvió al interior y salió con una botella pequeña y dorada.

Todo la aldea se encontraba iluminada con antorchas y un goteo incesante de gente salía hacia el interior del bosque. El silencio con el que caminaban era poco habitual para esa hora. Parecían espíritus vagando en la noche.

Eline perdió de vista a los guerreros que iban escoltando al Gran Sacerdote. Necesitaba saber a dónde iban y, lentamente para no ser descubierta, comenzó a seguirlos.

Artaios acompañaba a los guerreros a la zona del poblado en donde se encontraban sus chozas para ver al prisionero elegido.

Al entrar, Artaios y Oisin, el joven amigo de Kair, pudieron ver que los movimientos de Henry denotaban nerviosismo. Los ojos llenos de desconfianza, dejaban claro que no estaba dispuesto a colaborar.

Artaios tomó la copa de oro y sirvió el elixir color ámbar que guardaba en la pequeña botella. Se acercó al soldado invitándole a beber, pero este torció la cara evitando la copa. Uno de los guerreros le sujetó, tirando hacia atrás de la cabeza y Oisin le obligó a abrir la boca. Artaios vertió el contenido de la copa dentro obligándole a tragar.

A continuación, agarraron a Henry y lo sacaron de la choza. Bohort dio la orden para que guiasen al prisionero por el bosque. Se dirigieron hacia la senda que los llevaría al Manantial Sagrado. Allí, el agua que brotaba de la roca limpiaría el mal que el prisionero hubiese traído al valle.

Artaios seguía de cerca al grupo. Una docena de hombres acompañaban con antorchas a la comitiva.

La mayoría de los habitantes del valle habían llegado ya. Para ellos era un honor acudir a los rituales que se realizaban para los dioses. Artaios estaba seguro de que esa noche no faltaría nadie que pudiese caminar.

A pesar de no tener plenas facultades, el prisionero intentaba zafarse de los dos hombres que lo sujetaban. Su experiencia le decía que estaba en peligro y que no iba a un simple paseo por el bosque. Esta gente eran bárbaros y no se fiaba del hombre de

la túnica que lo vigilaba desde atrás. La bebida que le había obligado a tragar, le estaba dejando atontado.

Artaios se dio cuenta de que el elixir estaba tardando más de lo normal en hacer efecto.

Por fin llegaron al camino que discurría hacia la fuente. Al fondo se veían las luces de muchas antorchas. Henry vio a un grupo de los de las túnicas, en un círculo y alrededor de ellos la gente del poblado, sujetando antorchas en sus manos, formando otro círculo más grande.

Henry entró acompañado de Artaios en el círculo pequeño. Mientras tanto, los sacerdotes comenzaron a entonar una melodía con voces guturales, que le pusieron los pelos de punta. Los nervios hicieron mella en él y sintió unas repentinas ganas de vomitar.

Eline llegó justo cuando Artaios entraba en el pequeño círculo y se apresuró a ocultarse detrás de unos arbustos, cerca del lugar de reunión.

Cuando los sacerdotes comenzaron a cantar, la noche se silenció en el bosque, como si la naturaleza hubiese recibido una especie de señal. No se oía ni el vuelo de los insectos.

Desde aquel lugar, Eline podía ver el círculo de hombres y mujeres de la aldea. Las luces creaban formas fantasmagóricas bañando a los sacerdotes en un resplandor dorado. Se fijó en el prisionero, el soldado se debatía torpemente entre sus captores pero no conseguía hacer nada.

La canción que entonaban parecía surgir del interior de la tierra. A Eline se le erizó el vello de la nuca, al notar de pronto, una fuerza imponente cerca de ella. El cielo encapotado la oprimía contra el suelo. Tenía la misma sensación que cuando se encontraba debajo de una gran tormenta a punto de estallar.

El cántico subió de intensidad lentamente. La tensión se notaba cada vez más en el aire. Aunque Eline no veía bien no podía aproximarse más. Si la cogían allí espionando acabarían con ella inmediatamente.

Cuando la melodía estaba en su punto más álgido, el Gran Sacerdote obligó al prisionero a arrodillarse. Artaios le sujetó la cabeza por el pelo y de su túnica sacó una daga dorada con grandes gemas que brillaron entre sus dedos. El prisionero comenzó a temblar cuando vio la muerte tan cerca. El Gran Sacerdote, expuso el cuello de Henry y con un movimiento rápido lo cortó. La sangre manó a borbotones y el soldado cayó sobre una pequeña laguna que tenía a sus pies. Una gran mancha roja se formó sobre la superficie. Artaios se agachó para estudiar minuciosamente la forma que adquiriría. Algo en ella le hizo sobrecogerse y una sombra funesta cruzó por su rostro.

Eline no se creía lo que acababa de ocurrir. El hombre había muerto delante de sus ojos. Era cierto que no podía dejar de sentir cierta satisfacción por el fin de aquel bastardo, pero se dio cuenta de que lo que acababa de ver era un asesinato.

De pronto, se sintió muy agobiada y tuvo la sensación de que la habían

descubierto. Con un miedo atroz que la agarrotaba los músculos, intentó huir del lugar lo más sigilosamente posible.

Sin previo aviso, los sonidos volvieron a despertar a su alrededor. Las piernas no le respondían tan rápido como quería, pero una fuerza interior la empujaba a continuar. Oía ruidos cerca de ella y al correr, chocaba contra las ramas sintiendo los golpes contra su cuerpo.

De pronto, el pie se le enganchó en una raíz y cayó de rodillas, raspándose la piel. Un sudor frío mojó su frente. Miró hacia atrás esperando ver como sus perseguidores caían sobre ella. Pero allí detrás no había nadie, solo la temible oscuridad. Se levantó como pudo, y siguió corriendo hasta que llegó al sendero.

Una vez que estuvo a salvo en el campamento se metió a dormir intentando no despertar a las demás. Caroline se removió en su camastro y Eline se quedó quieta hasta que la oyó respirar otra vez profundamente.

En la quietud de la noche, pensó en todo lo que había presenciado. El valle escondía más secretos de los que ella esperaba y sentía la necesidad de averiguar lo que pasaba allí. Una atracción repentina, hacia los misterios que aquel lugar encerraba y sobre la gente que allí vivía, comenzó a formarse dentro de ella. No podía quitarse de la cabeza que era tratada de manera diferente a los demás prisioneros y que los sacerdotes la miraban de una manera extraña. Debía averiguar qué ocurrió doce años atrás con su familia, y de esa manera descubriría qué querían de ella.

La gente de la aldea se había marchado ya, dejando solos a los sacerdotes en el claro del bosque.

Todos miraban a Artaios esperando conocer lo que los dioses le habían mostrado, pero la cara de este no anunciaba buenos augurios.

—¿Algo ha salido mal? —Bran parecía preocupado.

—Aunque los dioses y los espíritus han aceptado nuestra ofrenda —les tranquilizó Artaios— y están de acuerdo con nuestra elección, hay algo que me preocupa. Prefiero hablar de ello con la persona afectada.

Hicieron una reverencia y lentamente comenzaron a abandonar el lugar. El Gran Sacerdote frenó a Kair antes de que se fuese para poder hablar a solas.

En ese momento, Vivianna se giró hacia atrás y se preguntó qué ocurría. Elvia al ver a la sacerdotisa parada fue hacia ella, la agarró por los hombros y la obligó a continuar, no sin antes echar ella también un último vistazo.

Cuando ya no se oía a nadie, Artaios se dirigió a Kair.

—¿Sabes que Eline ha estado aquí y ha presenciado todo, verdad? —Kair asintió.

—Sí, lo sé —el joven miró a su maestro esperando la temida orden—. Y ahora ¿Qué debemos hacer?

—Nada de momento. Ha sido decisión mía permitir que lo viera. Pero de momento debemos dejar las cosas así. Debe asimilar lo que ha visto. Si intentásemos explicarle por qué celebramos los sacrificios no lo comprendería. Su manera de pensar está todavía influenciada por las creencias de fuera que son muy distintas a las

nuestras.

—Pero si le dijese la verdad lo entendería —dijo Kair esperanzado.

—No te escucharía porque ya se a hecho un juicio de valor. No entendería que en realidad hemos realizado un acto de bondad, ayudando a ese hombre a renacer limpio de toda maldad. Solo verá que hemos matado a una persona y tendrá miedo. Intenta ganar su confianza primero y cuando esté preparada, entonces podrás explicárselo.

—Así lo haré —Kair respiró tranquilo.

—Antes de marcharte debo decirte algo —Artaios sujetó a Kair—. He visto una señal que me preocupa en la laguna. Ten cuidado. Tu vida puede estar en peligro.

—Estaré prevenido. Gracias. —Kair observó la cara de preocupación de Artaios.

—Ahora ve a descansar. Mañana tenemos mucho trabajo —Artaios le agarró cariñosamente del hombro.

Kair se despidió y dejó solo a Artaios en el bosque. Al Gran Sacerdote le hubiese gustado decirle algo más sobre aquella amenaza que se cernía sobre él, pero por desgracia cada vez tenía menos visiones y las que tenía eran cada vez menos precisas. Sabía que llegaría el momento en que los Grandes Sacerdotes perderían por completo sus dones. Era algo que estaba pasando desde hacía mucho tiempo, desde que el Elegido abandonó el valle, de ahí el empeño para que alguien de su linaje regresase, con ello comenzarían a recuperar todo el poder que en su momento les dio aquel lugar. La huida de Gilian fue un mazazo para todos pero ahora tenían la oportunidad de que todo se arreglase si conseguían que Eline se quedase. Ella era la clave para conservar la unión con aquel otro mundo. Artaios sabía que los encuentros con Laudine finalizarían y que sin la protección de esta, el valle sería aniquilado.

El Gran Sacerdote miró hacia arriba y respiró profundamente.

—Por favor. Cuidad de él —dijo mirando hacia el cielo.

Artaios cerró los ojos impotente y apretó los puños con fuerza.

Capítulo 17

~Pesadilla~

Miró a su alrededor, intentando averiguar dónde estaba. Una luz verdosa brillaba en el ambiente. La piedra negra que la rodeaba absorbía la mortecina luz. Gotas de agua caían sin cesar por todos lados. El sonido de una cascada rompía la quietud de la gran caverna.

Miró hacia sus pies y vio que estaban sumergidos en el agua. Al levantar de nuevo la vista, se encontró con un lago profundo y misterioso.

Una gran desazón la embargó. Sabía lo que iba a ocurrir ahora porque ya había estado allí. Intentó salir del agua desesperadamente, antes de que aquella cosa la atrapase con sus manos, pero no logró moverse del sitio. Por fin, consiguió echarse hacia atrás un palmo pero la lentitud con que lo hizo la llenó de angustia. Tenía que darse prisa porque ella iba a llegar.

De pronto, algo rozó sus piernas. Con miedo, miró hacia abajo suplicando no ver aquellos ojos blancos, carentes de vida, pero para su desesperación estaba allí, observándola en silencio.

Intentó gritar mientras sus miembros se movían con más lentitud que antes. Con mucho esfuerzo se deshizo de aquel abrazo frío y consiguió deslizarse hacia atrás. La cabeza desapareció en el agua, lentamente, mientras sonreía.

Al salir, Eline se lanzó contra la pared, mirando con miedo el agua. Sus manos palparon la roca, encontrando unas marcas extrañas en ella. Se volvió preguntándose qué sería aquello. Parecían dibujos labrados en la roca.

Al rozarlos, comenzaron a resplandecer, resaltando en la oscuridad. Estudió las figuras geométricas y las grandes espirales que se veían, olvidándose por un momento del peligro que acechaba a su espalda.

Eline dibujó con el dedo las marcas siguiendo la forma. Parecían no tener fin, cada una comenzaba donde terminaba la otra. Había otras imágenes pero no quiso pararse a averiguar qué eran por miedo a que ella regresase.

Salió como pudo por una gruta enorme llena de recovecos y pasillos escondidos. Buscó desorientada la salida de la espaciosa caverna. El lugar seguía iluminado con un tono verde antinatural, pero gracias a eso podía saber hacia dónde iba.

Cuando pensaba que nunca saldría de allí, se encontró frente a una gran portada donde la luna iluminaba el bosque. Exhaló con fuerza y miró a su alrededor para ver si reconocía aquel paraje, pero nada le era familiar.

Se volvió para mirar la entrada a la gran cueva. Dio un paso hacia atrás para verla por completo y entonces resbaló por el terraplén.

Comenzó a caer y el terror se apoderó de ella, iba a aplastarse contra el suelo, pero justo antes de chocar, dio un brinco en su jergón y abrió los ojos.

El sudor mojaba su frente y un frío terrible se apoderó de ella. No quería dormirse otra vez para no volver a ver aquel rostro espectral.

Lentamente se incorporó y entonces, el recuerdo de la noche anterior la golpeó. Un escalofrío recorrió todo su cuerpo cuando recordó la muerte del prisionero.

Estaba empapada y necesitaba un baño para despejarse. Quería limpiarse el miedo que se le había agarrado en el corazón.

Se dirigió a la poza para darse un baño. La mañana era fresca. Eline constató que no había nadie y se quitó la ropa.

Acababa de amanecer y la vida despertaba a su alrededor. Se tumbó sobre el lecho de piedras, sumergida hasta la barbilla y se relajó. Cerró los ojos y disfrutó de aquella quietud. Se concentró en cada uno de los sonidos del bosque, en el aroma de la hierba húmeda, en la suavidad del agua rozando su cuerpo. Aquel sitio, le pareció un lugar mágico. Comprendía perfectamente la devoción de aquella gente por el lugar donde vivían y por qué luchaban para conservarlo, aunque para ello actuaran en contra de lo que ella consideraba correcto.

El ruido de una rama al partirse hizo que saliese de su ensoñación. Abrió bruscamente los ojos y buscó a su alrededor. Se encontró con la mirada de Kair desde la orilla, observándola con una sonrisa.

Eline intentó taparse bajo el agua con las manos pero con los nervios no cubría todo lo que esperaba. Él levantó una tela y giró la cabeza para no ver cómo salía desnuda del agua.

Eline comenzó a nadar hacia la orilla y salió despacio sin perderle de vista. Él siguió en la misma posición sin bajar la tela que hacía de parapeto entre los dos.

Cuando llegó a su altura, Eline se apretó contra la tela y él la tapó despacio, disfrutando del momento.

—Siento haberte asustado —dijo sin poder evitar recorrer con la mirada el cuerpo de Eline que se insinuaba bajo el lienzo—, pero no quería romper el momento de meditación en el que parecías encontrarte.

—No te preocupes ya había terminado de bañarme —Eline desvió la mirada y el rubor subió a sus mejillas.

Aquella belleza excitaba a Kair de una manera salvaje y cuanto más la miraba mayor era su deseo.

En aquel instante, con el pelo húmedo rozando su piel, el leve rubor en las mejillas y aquellos impresionantes ojos, no podía imaginarse que existiese algo más bello. Era un ser perfecto, una diosa, pensó.

Le hubiese gustado abrazarla y besarla allí mismo, pero sabía que si intentaba algo podría estropearlo todo. En su lugar, dejó a un lado su deseo y se volvió para que ella pudiese vestirse, con una gran fuerza de voluntad.

Eline notaba su desnudez bajo la tela y la mirada de él traspasándola. Se sintió

avergonzada y, agradeció que la dejase ese trocito de intimidad.

Cuando acabó de vestirse, Kair comenzó a hablar:

—Debes acompañarme a recoger algunas plantas medicinales que ha encargado Elvia. Así, tendré la oportunidad de enseñarte más cosas sobre el valle y tú podrás preguntarme lo que quieras sobre este lugar.

—No sé si puedo. Debo ayudar a Amy —le recordó Eline.

—He pedido permiso al Gran Sacerdote y me lo ha concedido. También he informado a Caroline para que no se preocupe por tu ausencia.

Eline ayudó a Kair a recoger la tela y le siguió por el sendero hacia el campamento de los niños.

Al aproximarse pudo ver de nuevo la cabaña y algo más. Algo que la dejó sin aliento y sin poder pronunciar palabra. La mujer que la visitaba en sus pesadillas se encontraba de pie observándola desde la maleza. ¿Cómo era posible que estuviese allí? Se preguntó.

Ella no podía ser real.

Capítulo 18

~La leyenda~

Eline cerró los ojos con fuerza intentando borrar la imagen de aquel ser. Cuando volvió a abrirlos había desaparecido y en su lugar vio a Elvia esperándolos.

Tenía que haber sido el reflejo del sol que la había deslumbrado, pensó.

—Acompáñame —dijo Kair sacándola de sus pensamientos—. Elvia quiere decirnos algo sobre las plantas que debemos recoger.

Eline se enfadó consigo misma por tener esa imaginación desbordante que la hacía ver fantasmas donde no había. Las pesadillas empezaban a afectarla también despierta y debía hacer algo.

Al llegar a la altura de Elvia, Eline la miró con miedo, como si de un momento a otro fuese a cambiar de aspecto.

Elvia la sonrió y Eline aflojó la tensión, devolviéndole la sonrisa. Kair analizó esa reacción sorprendido de la complicidad de ambas. Lo guardó en su memoria para analizarlo más tarde.

Elvia se dirigió a la joven:

—Necesito que acompañes a Kair a recoger algunas hierbas que comienzan a escasear en mi dispensario. Aquí tienes una muestra de cada una.

—Espero no defraudarte —a Eline la preocupaba no estar a la altura de lo que la sacerdotisa requería.

Elvia se retiró con delicadeza un mechón rojo de su pelo. Eline pensó que la sacerdotisa poseía un aura de paz y tranquilidad que contagiaba a su alrededor. Poco a poco se iba despertando en ella un sentimiento de cariño y admiración hacia aquella mujer.

La sacerdotisa se marchó por el frondoso bosque. Ellos salieron del campamento de los niños a través del pasillo de roca que los llevaría a la senda principal. Desde allí recorrerían el valle en busca de las plantas.

Caminaban entre rocas y helechos vigilados por enormes árboles que impregnaban de frescor el ambiente.

Kair aprovechaba para contar leyendas sobre su pueblo. Eline estaba sorprendida de que alguien tan joven pudiese retener tanto conocimiento.

Eline volvió a prestar atención, Kair había comenzado otro de sus relatos:

—Hace muchos siglos éramos una de tantas tribus que habitaba en estas tierras, pero las guerras entre nosotros y las invasiones de otras naciones diezmaron nuestra población. Convivíamos y nos relacionábamos con las demás hasta que algo cambió. En una exploración, un grupo de nuestros guerreros acompañado del Gran Sacerdote

descubrieron el valle. Según cuenta la leyenda una fuerza los empujó a seguir en esta dirección. Hallaron la entrada oculta y siguieron por la gruta que llevaba al interior. Cuando entraron, vieron un paraíso de verdor y abundancia, que además ocultaba un gran secreto. Un misterio que decidieron proteger a lo largo de los años. Nuestra tribu desapareció para el resto de los pueblos y pasó mucho tiempo oculta. Dejamos atrás muchas de nuestras costumbres y creencias, y empezamos a cumplir otras nuevas que nos eran reveladas. Cuando quisieron volver a tener contacto con los suyos se dieron cuenta de que muy pocas cosas los unían ya. La mayoría habían perdido la capacidad con que nuestro pueblo había sido dotado y seguían otras creencias traídas de fuera que los llevaba a su destrucción. Por lo que volvimos a ocultarnos de nuevo.

Eline se agachó y recogió una de las plantas que le había pedido Elvia. Le hubiese gustado preguntarle sobre el misterio que encerraba el valle, pero tenía miedo de que la respuesta tuviese algo que ver con los sacrificios. Se incorporó y Kair siguió relatando la historia del valle.

—Pasó mucho tiempo antes de intentar tener contacto otra vez con el exterior. Fue entonces cuando la persona más importante para nosotros, a parte del Gran Sacerdote, que tenía el poder de ver y sentir lo que para otros estaba oculto, huyó para vivir lejos del valle. Le llamaban El Elegido. Una generación tras otra, su estirpe había dirigido nuestra tribu pero por desgracia decidió marcharse por algún motivo que nunca se descubrió, sumiendo a nuestro pueblo en la más absoluta de las desesperanzas. Desde entonces, esperamos el regreso de su linaje, para volver a estar en completo equilibrio con las fuerzas de la naturaleza.

Eline escuchaba la historia que con tanta pasión contaba Kair. ¿Podría haber sido su padre El Elegido? ¿Qué harían ahora ellos? Según la leyenda necesitaban a alguien que ocupase ese lugar, pero según ellos, debía tener ciertos requisitos. Entre ellos, pertenecer a aquella estirpe de la que hablaba. ¿Sería ella La Elegida? No lo creía. Ella no era especial, no tenía ningún don extraordinario.

Kair la enseñó una muestra de otra de las plantas que debían recoger. Al momento Eline se concentró en buscarla. No habían recorrido mucho cuando ya llevaba un ramillete de cada una de las plantas que necesitaban. Kair se sintió desconcertado ante aquella rapidez. Estaba preocupado por si había perdido habilidad, ya que no era normal, que con todo el tiempo de adiestramiento que él llevaba, Eline hubiese conseguido localizar muchas más plantas que él.

Al regresar al campamento de las mujeres, Eline notó enseguida que algo ocurría. Caroline no estaba preparando la comida como hacía habitualmente, sino que se la oía llorar dentro de una de las chozas. Tampoco veía a Amy ni a Susie, las cuales debían haber regresado ya de sus tareas.

Cuando entró en la choza, lo que vio la hizo enmudecer. Artaios, agachado, consolaba a Caroline, mientras Susie lloraba desconsolada en un rincón.

El resto de sacerdotes permanecía en pie mirando la escena. Eline lo supo al instante, algo malo le había ocurrido a Amy.

Capítulo 19

~Sospecha~

—¿Qué ha ocurrido? —Eline sollozaba y le costaba hablar—. ¿Dónde está Amy?

Caroline levantó la cabeza y le agarró las manos. Eline notó cómo le temblaban e intentó reconfortarla.

—La encontraron flotando boca abajo en el río —consiguió decir Caroline a la que parecía que le faltaba el aire—. Esta mañana salió a bañarse y después ya no regresó a tomar el desayuno. Pensé que se había ido directamente al pilón porque hoy tenía más tarea. Cuando las mujeres de la cocina notaron que no había recogido la ropa dieron la voz de alarma. Al rato encontraron su cuerpo... estaba en el agua, muerta.

Eline notó que la cabeza empezaba a darle vueltas y comenzó a sentir náuseas. Todo había sido culpa suya. Debía haber estado con Amy ayudándola. No podía entender por qué las personas que estaban a su lado terminaban muriendo. No es que Amy fuese como su familia pero había empezado a cogerle cariño. Tendría que evitar querer a nadie más, así no tendría que volver a sufrir. Las lágrimas rodaron por sus mejillas.

Kair intentó consolarla pero Eline negó con la cabeza y se agachó para abrazar a Caroline.

—Cuando la han sacado del agua —continuó Caroline— estaba llena de moratones por todo el cuerpo, tenía las muñecas y los tobillos marcados, como si la hubiesen forzado. Su ropa estaba extendida sobre una roca. Debieron sorprenderla mientras tomaba su baño. Eline sintió un escalofrío. Podía haber sido ella.

Levantó la cabeza y miró fijamente a Artaios. Después volvió su atención hacia Caroline.

—¿Quién ha sido? —La ira en el tono de Eline era patente.

—No lo sabemos todavía pero lo averiguaremos —intervino el Gran Sacerdote sin esperar a que Caroline respondiera—. Por el momento, debéis tener cuidado y no andar solas por el valle. Intentaremos averiguar quién es el culpable lo antes posible.

Un rato después, Artaios había convocado a los suyos en la sala común. Además estaban presentes Bohort, Nesy y Oisin.

—¿Qué habéis podido averiguar? —inquirió Artaios.

—Ninguno de nuestros hombres ha sido. Todos dan su palabra y yo les creo —Bohort se mantuvo firme—. Hemos estado vigilando a los prisioneros pero parece que ninguno ha estado solo esta mañana.

—Quiero que descubráis a los culpables y los encerréis en la choza de castigo.

Después nos encargaremos de ellos —Artaios permanecía con el rostro serio—. No podemos consentir que nuestras mujeres estén en peligro.

Todos salieron para cumplir las órdenes del Gran Sacerdote. Artaios se sentó en su silla pensativo. Había algo en el ambiente que le preocupaba. Una esencia maligna envolvía el aire y lo enrarecía. Desde la llegada de Eline la vida tranquila de aquel lugar se estaba transformando poco a poco. Debería hablar con Laudine para intentar comprender lo que estaba ocurriendo.

Mientras, en el campamento de los prisioneros la tensión era patente. Johan observaba cabizbajo a sus compañeros. Sabía que el ataque había surgido del grupo de Bruce pero no tenía pruebas para acusarles directamente. Si hubiese sido Susie en lugar de Amy, les habría matado con sus propias manos. No debía perderles de vista, tenía que proteger a la mujer que amaba.

Notó la mirada de Bruce sobre él. Estaba sentado removiendo la comida y no le quitaba ojo. La ira se apoderó de él ¿Estarían preparando un plan para huir? Si era así, él podía ser uno de los primeros al que matarían.

Johan miró entre la espesura para verificar que los guerreros estaban vigilando, pero en vez de eso, lo que descubrió fue a una de las sacerdotisas acercándose por un lateral entre la maleza. Estaba llamando la atención de Bruce para que se acercase a ella. No conseguía ver su rostro pero sabía que era una de ellas por la ropa que se entreveía entre la vegetación.

Bruce, el cabecilla de los soldados, miró a la sacerdotisa y se dirigió hacia ella intentando no llamar la atención. Johan se hizo el distraído arreglando el tejado de una de las chozas mientras intentaba no perder de vista a los dos.

Bruce llegó al lugar donde se encontraba la sacerdotisa y se internaron juntos por el bosque. Johan estuvo a punto de seguirlos pero se dio cuenta de que no podía dejar el campamento solo. En su lugar, permaneció atento a su regreso.

Cuando estuvieron lo suficientemente lejos la sacerdotisa le increpó.

—¡Te dije que tuvieras cuidado! Eres demasiado torpe. Si no cumples mis órdenes nunca saldrás de aquí.

—Intenté impedirlo pero no pude —a Bruce no le gustaba el tono que empleaba la mujer.

—Ahora debemos ser más cautos —se lamentó la sacerdotisa—. Solamente tenías que vigilarla.

—Y así lo hice hasta que apareció él y se la llevó de allí. Al poco apareció la otra y todo se desencadenó sin que pudiese evitarlo. Mis hombres se encuentran más nerviosos de lo normal. Este lugar nos altera.

Bruce se acercó a la sacerdotisa y la sujetó por las muñecas para intentar besarla. Ella no opuso resistencia. No es que le agradase aquel hombre rubio, de pelo corto y ojos acuosos, pero debía tenerlo contento hasta que finalizase su plan, luego lo mataría. Cuando se cansó del manoseo, le empujó bruscamente y Bruce casi perdió el equilibrio.

Era un hombre bastante fuerte pero le pilló de improviso la fuerza con la que la sacerdotisa se había deshecho de él. Además, para él las mujeres eran simples objetos y le molestaba que ella tuviese tanto poder. No tardaría en doblegarla.

—Necesito que la próxima vez no cometas ningún error. No creo que ahora podamos hacer nada ya —la sacerdotisa parecía pensativa—. Debemos esperar a que pase todo.

—No te preocupes la próxima vez no habrá errores y ahora ¿Por qué no vamos a un lugar tranquilo? —Bruce parecía más pendiente de su cuerpo que de escucharla.

Aquella mujer era la clave para escapar de allí y debía seguirla el juego. No tenía ningún problema en satisfacer sus peticiones, nunca rechazaba la oportunidad de hacer daño a los demás o de disfrutar con el sexo. No se podía quejar, estaba obteniendo más de lo que había imaginado.

La mujer miró despacio al prisionero y accedió. Se puso en camino sin mirar atrás para saber si Bruce la seguía y se dirigió a un paraje íntimo que ella conocía. No podía dejar que nadie los viese juntos y por ello se apartó de las zonas que pudiesen estar vigiladas. Como sacerdotisa sabía perfectamente los lugares donde se apostaban los guerreros para vigilar.

En cuanto entraron, Bruce se quedó sorprendido por la espectacularidad del lugar. Era el nacimiento de uno de los pequeños arroyos que existían allí dentro. Una cortina de agua caía formando una pequeña poza, rodeada de vegetación. En el agua estarían más protegidos de miradas indiscretas.

La sacerdotisa se quitó la ropa y se metió dentro. Bruce pensó que era una mujer muy atractiva. Lamentaría tener que matarla cuando todo finalizase.

Capítulo 20

~Bruce~

Los dos sacerdotes junto con algunos guerreros, entre ellos Oisin y Nesy, entraron en el campamento de los prisioneros. Estaban dispuestos a averiguar cuántos de ellos habían participado y quiénes.

Interrogaron a todos, pero ninguno de ellos abrió la boca, ni siquiera los que no eran del grupo de Bruce, por el que Kair preguntaría a Johan en cuanto pudiera, ya que no se le veía por ningún lugar del campamento.

A pesar de no saber a ciencia cierta quienes eran, Bran y Kair decidieron dar un escarmiento a unos cuantos como advertencia. Eligieron a cinco de ellos para recibir el castigo mientras que el resto serían espectadores del sufrimiento de sus compañeros.

Justo cuando estaban a punto de empezar, apareció Bruce en el campamento con cara de pocos amigos.

Con la tensión del momento, a Johan se le había olvidado su encuentro con la sacerdotisa. Había estado demasiado tiempo fuera y estaba molesto consigo mismo por ser tan descuidado.

Kair se dirigió a Bruce:

—¿De dónde te crees que vienes? ¿O es que tienes algo que ocultar y por eso te escondes como un niño asustado? —Kair intentó ridiculizarle.

Bruce no se dejó amilanar.

—Nunca osaría esconderme de ti —Bruce hizo una parodia de reverencia mientras sonreía con sarcasmo.

Kair no se inmutó. Tenía otras maneras de doblegar la voluntad de las personas.

—Me alegra de que te hayas dignado a aparecer justo a tiempo para acompañar a tus compañeros en el castigo —le contestó Kair con una sonrisa.

Kair hizo un gesto con su brazo como si estuviese invitando a Bruce a una charla amigable, en vez de ir a un doloroso castigo.

Los guerreros rodearon a los seis prisioneros, incluyendo a Bruce. Ataron al primero a un tronco, le rasgaron la camisa y Oisin comenzó a darle latigazos.

De ninguno de ellos se escuchó una petición de clemencia, ni un lamento, ni un simple quejido, cuando los golpes les despellejaron la piel de la espalda, dejándola hecha una masa de carne sanguinolenta.

Bran estaba sorprendido por la fortaleza de aquellos hombres. Deberían haberlos matado, en vez de meterlos en el valle. Hablaría con Artaios para que pensase seriamente la posibilidad de deshacerse de ellos. De todas maneras, cuando

averiguasen quienes de ellos eran los culpables, estos serían ejecutados.

No solo el resto de los prisioneros estaban viendo el castigo, otra persona miraba la escena escondida entre los arbustos. Eline estaba convencida de que merecían ese castigo u otro peor por lo que habían hecho y por ello observaba la escena con satisfacción.

Cuando todo terminó, salió corriendo hacia su campamento entre la frondosidad del bosque. Los hombres de Bohort que la vigilaban, la siguieron con cautela dejando que ella continuase creyendo que nadie conocía sus movimientos.

Ya en el campamento, ayudó a Caroline a limpiar y recoger para no pensar en lo sucedido a Amy. Caroline parecía triste y ausente. Eline se había dado cuenta de que trataba a Susie y a Amy como si fuesen sus hijas, por lo que la muerte de una de ellas había sido un duro golpe para ella.

Pararon a comer y siguieron después de una pequeña pausa. Cuando terminaron de trabajar y el campamento estaba ordenado, Eline se dirigió al hueco que tenían entre la maleza para hacer sus necesidades.

Estaba atardeciendo y había poca visibilidad. Cuando se estaba colocando la ropa, distinguió una mujer observándola entre las hojas. El miedo la paralizó, de nuevo veía a la mujer de sus pesadillas, quieta como un fantasma. La figura se movió y caminó hacia ella. Fue entonces cuando se dio cuenta de que era Elvia y la tensión disminuyó.

Aún así, estaba asustada. ¿Se estaría volviendo loca? Intentaba dar una explicación lógica a que confundiera a la sacerdotisa con el espectro de sus pesadillas una y otra vez, pero no la encontraba.

—Hola Eline —Elvia la miró con ternura y preocupación—. Sé que ha sido un día terrible para ti y he venido a decirte, que si necesitas algo, estoy aquí para ayudarte. Conmigo nunca estarás sola y siempre tendrás una mano tendida para que puedas agarrarte. No lo olvides —pasó su mano por el pelo de Eline con ternura.

A Eline le colmó de felicidad pensar que alguien tan especial como ella se preocupase por su estado.

Le agradeció el ofrecimiento pero se disculpó diciendo que estaba cansada. En realidad, le avergonzaba que la viese llorar y creyese que era una persona débil y que no merecía su atención.

Elvia se despidió de ella, dándole un abrazo y la dejó sola para que volviese a su choza. Eline caminaba flotando de felicidad y comenzaba a sentirse a gusto en el valle.

Esa noche fue muy dura en el campamento de las mujeres. Ninguna dijo una palabra mientras cenaban y las tres se fueron a dormir pronto sin romper, en ningún momento, el silencio. Necesitaban tiempo para recuperarse de la pérdida de su compañera.

Aunque no lo decían, también sentían miedo por lo que le había pasado a Amy. Miedo de que les pasase lo mismo a ellas.

Capítulo 21

~Desconfianza~

El campamento de los hombres empezaba a estar separado en dos grupos bien definidos: el de Johan y el de Bruce.

La convivencia se estaba haciendo cada vez más difícil y Johan pensaba que la situación se le estaba yendo de las manos.

Algunos de los que ya estaban allí cuando Bruce y sus hombres llegaron, comenzaron a unirse a su grupo. Se sentaban juntos a comer, excluyendo así, a los que todavía permanecían con Johan.

A veces, el encargado los observaba cuando formaban pequeñas reuniones y los veía susurrar para que nadie oyese lo que decían. Estaba claro que algo tramaban.

No se había olvidado de la reunión entre Bruce y la sacerdotisa y vigilaba a menudo el bosque esperando volver a verla para descubrir de quien se trataba. De momento, no quería importunar al Gran Sacerdote hasta averiguar qué es lo que estaba pasando.

A quién sí había visto, escondida espiando, era a Eline. Se deslizaba con cuidado para no ser vista mientras observaba a los nuevos prisioneros. Johan no entendía el interés que aquella muchacha podía tener en esos hombres. Tarde o temprano tendría que informar también de ello a Artaios sino había sido informado ya.

El trabajo de Johan, a parte de la vigilancia del campamento, era el cuidado de los animales. Era una tarea que se designaba a alguien de confianza. Para los habitantes del valle, los animales eran demasiado importantes como para dejarlos en manos de cualquiera.

La mañana se había levantado brumosa a pesar de estar ya en la estación estival. El verano había entrado con fuerza y el calor no tardaría en despejar la humedad. Quedaba poco para la fiesta del verano, donde la gente del valle se ponía sus mejores galas y se desinhibía comiendo, bebiendo y bailando. Johan tenía muchas ganas de que todo se resolviese y que pudiesen tener una celebración tranquila.

Cogió sus cosas y se fue con la sensación de que algo malo iba a pasar. Hacía dos semanas de la muerte de Amy y tenía ese mismo presentimiento cada vez que abandonaba el campamento, como si al irse, dejase vía libre a Bruce para sus maquinaciones.

Bran había estado hablando con Artaios sobre los prisioneros. Seguían sin averiguar quiénes habían matado a la joven. Le había transmitido sus temores respecto al grupo de Bruce, pero Artaios le explicó las circunstancias que le empujaban a realizar más sacrificios que antes. Era un momento en que necesitaban

cualquier ayuda que los dioses les pudiesen dar.

Sheila estaba en su choza dando paseos de un lado a otro como un animal encerrado. Vivianna no sabía cómo tranquilizarla.

—Estoy harta de ver cómo Kair va detrás de ella como un perro —Vivianna asintió dándole la razón—. Kair no se da cuenta de que él será el próximo Gran Sacerdote y de que no debe perder el tiempo con ninguna mujer que interfiera en su labor, aunque ella sea La Elegida.

—Ya sabes que Artaios ve esa relación con buenos ojos —Vivianna intentó razonar con ella—. Aunque no nos guste debemos ayudarla. A pesar de que tengamos un motivo para creer que no se merece ocupar el lugar al que está predestinada —Vivianna parecía pensativa—. Creo que hemos sobrevivido suficiente tiempo sin ella y podríamos seguir así.

—No puedo soportar ver cómo se acerca a ella y cómo la mira con cara de estúpido —Sheila seguía hablando sin escuchar a su compañera.

—Tendremos que tener paciencia y cumplir las órdenes que nos han dado —Vivianna tenía claro que su amiga estaba sufriendo y quería ayudarla.

Alguien entró interrumpiendo a las dos sacerdotisas. Ambas hicieron una leve reverencia.

—Perdonarme que os interrumpa pero Artaios quiere hablar con Sheila —Bran observó a las dos sacerdotisas intentando disimular ante él.

Bran era una de las personas más queridas en el valle. Su misión principal era enseñar a los niños y niñas designados para ser sacerdotes. Tenía un don especial para hacer comprender todos los conocimientos necesarios. Para ello utilizaba leyendas y canciones que él mismo había aprendido cuando era un discípulo.

El sacerdote estudió a las dos mujeres con mirada crítica. Tenía una gran intuición para saber cuándo una persona mentía o escondía algo. Era un hombre con unas convicciones muy fuertes y consideraba que los sacerdotes debían dar ejemplo ante las demás personas del valle. Por lo que no le gustó la actitud de las dos sacerdotisas.

Desde los primeros días de su adiestramiento, tanto Sheila como Vivianna, habían demostrado que no podían dominar sus emociones ante situaciones adversas. Esto era muy peligroso en un sacerdote porque el poder que tenían podían utilizarlo para su propio beneficio.

Ya se lo había demostrado Isea, la antecesora de Artaios, tirando por tierra todo el trabajo realizado por los Grandes Sacerdotes, para conseguir que El Elegido regresase al valle.

—Si tenéis algún problema —intervino de nuevo Bran—, sabéis que podéis confiar en mí.

La dos mujeres se miraron pero ninguna pareció dispuesta a hablar.

—Está bien —Bran suspiró—. Sheila te ruego que me acompañes.

Bran se despidió de ella en cuanto estuvo cerca de la choza de Artaios y se dirigió a recoger a los tres neófitos que lo esperaban. Luego tendría tiempo de averiguar lo

que escondían.

Capítulo 22

~Obligación~

Sheila se paró ante la puerta y se armó de valor antes de entrar. La mañana comenzaba a ser calurosa y quería ir a tomar un baño en cuanto terminase su charla con Artaios. No se lo pensó más y entró en la penumbra de la choza.

Artaios se encontraba sentado con la vista fija en la puerta como si supiese que ella estaba fuera esperando.

Al Gran Sacerdote le dolía tener que amonestar a una de sus sacerdotisas pero no tenía otra alternativa.

—Toma asiento —le pidió Artaios.

Sheila se sentó con el convencimiento de que aquella reunión no terminaría tan rápido como ella pensaba. Aún así, no se había quitado de la cabeza ir a tomar un baño junto a Kair.

Artaios llamó su atención:

—Me imagino que tienes muchas cosas que hacer por lo que no te robaré mucho tiempo —Sheila se dio cuenta de que el Gran Sacerdote estaba muy molesto—. Sé de sobra que tienes un interés especial por Eline, lo que me alegra —continuó el Gran Sacerdote—, ya que eso quiere decir, que entiendes lo importante que es ella para nosotros. Así que, he pensado que puedes ayudarme a lograr nuestro objetivo.

—Por supuesto Artaios —a Sheila se le hizo un nudo en la garganta—. En que puedo ayudar.

—Fuera del valle, las mujeres no tienen el mismo estatus que tienen en nuestro pueblo, están subyugadas a las decisiones que toman los hombres por ellas, por lo que normalmente no suelen desarrollar ninguna habilidad que no esté relacionada con las tareas de llevar una casa o cuidar a sus hijos. Si conseguimos que Eline ocupe su lugar entre nosotros tiene que aprender todo lo que nuestras mujeres aprenden desde pequeñas. Quiero que seas tú quien la instruya en este aspecto, incluido por supuesto el arte de la lucha.

—Estaré encantada de seguir tus órdenes —la sacerdotisa se tragó su orgullo y puso su mejor cara.

—Espero mucho de ti —Artaios mantenía su rostro serio—. Sé que no estás pasando un buen momento y que te está afectando la relación que se está creando entre Kair y Eline, pero debes pensar lo que es mejor para el valle y no anteponer tus sentimientos. La unión entre Kair y Eline sería la mejor noticia para nuestra supervivencia. Por un lado, ella formaría por fin parte de nuestra gente y por otro, conseguiríamos que tuviese descendencia aquí dentro, con lo que nos aseguraríamos

que no volviese a faltar su linaje.

—Sé lo importante que es para ti que ella se quede, pero no estoy segura de que sea lo mejor. Hemos estado sin ninguno de ellos y no entiendo por qué no podemos continuar así —le respondió Sheila.

—Es muy sencillo —Artaios se acercó más a Sheila para que sus palabras calasen en la muchacha—. Ella posee un poder único, y cuando desarrolle sus dones será capaz de estar en contacto con el mundo que controla la naturaleza. Puede percibir cosas que no están a simple vista. Fuerzas que están ocultas a nuestros ojos, pero que sin embargo existen y solo ella puede utilizar. Algunos de nosotros con mucha preparación podemos entrever una mínima parte. A veces, utilizamos el elixir para poder apreciar mucho más, pero por desgracia hemos perdido la mayoría de la capacidades que teníamos. En su momento, Laudine la ayudará a llegar hasta ese lugar de la mente en el que encierra su don. Es vital para nuestra supervivencia, sin ello desapareceremos y solo nosotros seremos los responsables. Todo lo que conoces morirá.

—Te pido disculpas por mi mal comportamiento, intentaré llevar a cabo lo mejor que pueda la misión que me has encomendado.

Sheila salió de la choza, sin estar totalmente segura de que Artaios tuviese razón. De momento, Eline no había demostrado ninguna cualidad especial. Aun así, se fue directamente a buscarla como le habían pedido.

Cuando Eline la vio acercarse se puso tensa. Conociendo a esa mujer se esperaba cualquier cosa desagradable de ella. Cuando habló, la sorprendió.

—Hola Eline —la sacerdotisa intentó ser lo más amable que pudo, aunque se dio cuenta que aquello le iba a costar mucho.

—Hola Sheila —Eline desconfiaba más de esta Sheila amable que de la hosca y malintencionada que conocía.

—Me han pedido que te muestre algunas costumbres de nuestro pueblo, ya que ahora estás sirviéndonos a nosotros y lo necesitas para no cometer ninguna falta.

—Como quieras —Eline pensó cómo escabullirse—. Pero debo terminar mi trabajo. No querría que me castigasen por no hacer lo que debo.

—No te preocupes —dijo Sheila—. Caroline lo hará por ti.

Eline dejó la ropa, de mala gana, que todavía no había lavado encima del muro y se dispuso a seguir a Sheila. Sintió un ligero malestar pero no le hizo mucho caso pensando que eran los nervios de lo que vendría después.

Pasaron por la choza de Sheila y esta salió con dos espadas en su mano. La sensación de miedo aumentó en ella. Sheila la instó a que la siguiese.

Llegaron al lugar del valle donde entrenaban. Sheila lanzó una espada a sus pies.

—Cógela —la mirada de ferocidad de Sheila le agarrotó el estómago—. Prepárate.

Eline no sabía qué hacer. Nunca había cogido una espada y no sabía manejarla. Sin previo aviso Sheila la atacó. Eline consiguió escapar de la estocada tirándose

hacia un lado. Se levantó con la cara descompuesta. La sacerdotisa había intentado herirla. Se rehizo y se puso en guardia como había visto hacer a su hermano cuando practicaba con su padre.

Sheila volvió a la carga y Eline consiguió parar el golpe por poco. Empujó con fuerza la espada de Sheila y le pegó un empujón.

Sheila no se esperaba el golpe y se tambaleó hasta caer al suelo. Con los ojos inyectados de ira volvió a atacar con más fuerza. Aunque tenía la ventaja de ser más diestra en el manejo de la espada que Eline, la había subestimado y no iba a cometer de nuevo ese error.

Eline ya estaba preparada para esquivar el golpe y así lo hizo. Estaba sorprendida por no haber muerto todavía.

Entrechocaron las espadas, una y otra vez. Sheila no conseguía su propósito que era ridiculizar a la prisionera. Iba a hacer lo que Artaios le había pedido pero no sin antes darse el gusto de hacerla sufrir. El sudor brillaba como una pátina por sus rostros. Era como si Eline supiese de antemano cual sería su siguiente movimiento y, de esa manera, pudiese anticiparse a ellos.

Cuando la sacerdotisa se dio cuenta de que no la iba a vencer tan fácilmente como pensaba, bajó la espada y miró a Eline directamente a los ojos intentando averiguar qué se escondía detrás de esa mirada.

—Creo que hoy ya hemos practicado suficiente —Sheila se secó el sudor de su rostro—. Será mejor que nos vayamos a dar un baño antes de continuar.

Eline agradeció el fin del tormento al que había estado expuesta. No sabía lo que vendría después pero esperaba que no hubiese armas de por medio. Esta mujer estaba loca y podría intentar de nuevo herirla o matarla.

Capítulo 23

~Sheila~

Se internaron por la maleza hasta una laguna tranquila que invitaba al baño. El día era caluroso y apetecía meterse en el agua fresca.

Sheila se quitó la ropa y se metió dentro. Eline se desvistió, refugiándose entre las ramas. Cuando terminó se metió de prisa para no sentir la mirada de la sacerdotisa sobre ella.

Sheila se puso a nadar hasta la otra parte de la pequeña laguna. El agua no estaba tan cristalina como la poza en la que Eline se bañaba cada mañana pero aún así era un lugar precioso.

De pronto, Eline vio algo en el agua que creaba ondas y que se dirigía directamente hacia donde estaba Sheila.

Eline no se lo pensó dos veces. Sabía el peligro al que estaba expuesta la sacerdotisa y nadó tan rápido como pudo, agarró la serpiente y la lanzó por encima de la cabeza de Sheila. Ella se giró, con los ojos abiertos, para ver al reptil que había caído sobre la hierba. Era un tipo de víbora poco habitual en el valle pero era mortífera. Una picadura y podías morir en cuestión de horas.

Sheila se giró de nuevo hacia Eline. La respiración de la sacerdotisa era entrecortada.

—Es muy difícil que te ataque —susurró Sheila mirando con cara de sorpresa a Eline—, suelen huir pero he debido asustarla al pasar cerca de ella —se sentía incomoda con la situación—. Gracias.

La serpiente se deslizó hacia el interior del bosque, ignorando a las dos personas que estaban en la poza.

—No tienes que darme las gracias —le dijo Eline sinceramente—. Seguro que tú hubieses hecho lo mismo.

—Por supuesto —dijo Sheila volviéndose hacia otro lado—. ¿Te parece que cojamos algo de comida y te muestre otra parte del valle?

Quizá había juzgado mal a aquella muchacha, a lo mejor era tan especial y necesaria como decía Artaios. De momento, ella le debía la vida y eso era una deuda que pesaba mucho.

—Como tú quieras —contestó Eline.

Las dos salieron del agua y esperaron a secarse al sol antes de ponerse la ropa. Después siguió a la sacerdotisa hasta la choza que utilizaban como cocina. Allí recogió unos cuencos con comida, tapados con tela y amarrados con cuerda, que guardó en una bolsa de cuero y se pusieron en marcha.

Se encontraron con Kair en la puerta de su choza. El joven se quedó mirándolas extrañado cuando vio a las dos mujeres juntas.

Sheila le saludó con una sonrisa mientras seguía su camino y Eline hizo lo mismo.

Pasaron el cercado donde guardaban a los caballos por el día y se internaron por el bosque. Al otro lado, se encontraba el camino que conducía al Manantial Sagrado.

Llegaron a un claro y se sentaron sobre unas pieles colocadas en el suelo. En el centro del círculo se veía el resto de una fogata. Eline dedujo que era un lugar utilizado habitualmente.

Se acomodaron y la sacerdotisa sacó los cuencos de la bolsa. También sacó dos copas de madera pulida y una botella.

—Quiero agradecerte lo que has hecho hoy por mí —Sheila le ofreció una copa llena de vino—. No todo el mundo se hubiera arriesgado de esa manera por salvar a otra por la que no siente aprecio.

—No te preocupes, entiendo que no te fíes de las personas que venimos del exterior. Ahí fuera existe mucha maldad —dijo Eline.

Eline comenzó a comer de un cuenco que le dio Sheila, mientras la sacerdotisa se servía un pedazo de carne de otro.

—¿Por qué hablas así de la gente de fuera? —quiso saber Sheila—. Lo normal es que lo pienses de nosotros, que te hemos obligado a vivir aquí dentro en contra de tu voluntad.

—Me he dado cuenta de que entre vosotros os respetáis y no discrimináis a nadie. Fuera es peligroso ser pobre —contestó Eline en voz casi inaudible—. Sufres atropellos de todo tipo sin que nadie te proteja de ello.

—Hablas como si tú misma hubieses pasado por una experiencia de ese tipo.

Eline había bebido ya una copa de vino y Sheila la estaba sirviendo otra.

Después de relatarle todo lo que pasó aquel fatídico día en su aldea, y de contarle lo vivido en aquel bosque durante dos años, se fijó en que Sheila ya no la miraba con los ojos cargados de ira sino con un atisbo de compasión.

—Siento que hayas sufrido tanto —dijo sinceramente Sheila.

—¿Y tu familia? —quiso saber Eline—. ¿Viven todavía?

—No lo sé —dijo Sheila con indiferencia—. A los niños que son escogidos para ser sacerdotes se les separa de su familia desde pequeños y pasan al cuidado de los otros sacerdotes. Dejan de tener relación con sus progenitores y hermanos. No solemos saber quiénes son y aunque lo sepamos, al no tener contacto con ellos, no sentimos ningún vínculo de cariño. De todas formas, la gente del valle es como una gran familia.

De pronto, Eline sintió que alguien las vigilaba desde la maleza. Sheila pareció notar lo mismo porque alzó la mirada cautelosa.

—Hay alguien cerca —le dijo a Sheila.

La sacerdotisa miró a su alrededor y se levantó como un felino en busca de su

presa. De unos matorrales salió una persona corriendo hacia el sendero que conducía a la aldea.

—¿Lo has visto? —quiso saber Sheila.

—No he podido distinguir quién era pero nos estaba vigilando.

—Lo siento pero debemos regresar —la instó Sheila.

Las dos guardaron los cuencos y tomaron la senda. Cuando llegaron al poblado, Sheila se despidió de Eline y siguió hacia su choza. Eline tomó el sendero de los campamentos para ir a descansar un rato.

Capítulo 24

~Castigo~

Al llegar a la bifurcación se topó con unos cuantos prisioneros, entre ellos algunos de los soldados capturados. Eline intentó pasar de largo por en medio del grupo, pero antes de pasar uno de ellos se interpuso en su camino.

Alguien la sujetó para que no se escapara mientras el que estaba bloqueándola, la cogía bruscamente la cara, apretándole los labios. Todo pasó tan rápido que la pilló desprevenida.

—Mira lo que tenemos aquí —dijo uno—. Si es un pajarito que ha perdido a su madre.

A Eline se le revolvió el estómago. No soportaba que la tocaran aquellos hombres. Aún estando sujeta, consiguió dar un codazo al que estaba detrás, pero él se recompuso en seguida y no dejó ni un momento de sujetarla.

La rodearon y otro de ellos, la agarró fuertemente por los pechos mientras que un tercero intentaba subirle la falda. Eline estaba segura de que todo estaba perdido, pero de pronto un grupo de guerreros salió de la nada y los rodearon en un instante. Los prisioneros la soltaron de golpe y se quedaron completamente quietos. Una última persona salió de entre la espesura, era Kair.

—Suéltala ahora mismo —la ira le hacía tener la voz ronca—. ¡Cómo te atreves! Los tres prisioneros soltaron a Eline.

—Llevaos a estos cinco hombres y que reciban el castigo que se merecen —ordenó Kair a los guerreros.

Los guerreros apresaron a todos y se los llevaron hacia la choza de castigo. Bohort les daría el escarmiento que se merecían.

Kair se quedó a solas con Eline.

—Lo siento —Kair mantenía el rostro serio—. Intentaremos que no vuelva a pasar nunca más. Aún así, te rogaría que no te quedases sola en ningún momento. Lamentaría enormemente que te ocurriera algo malo.

—Gracias por tu preocupación —Eline agradeció que el sacerdote se preocupara por ella.

Kair se acercó un poco más y le apartó el pelo despacio para contemplar aquellos ojos tan cautivadores. Ya no podía pasar sin intentar ver a Eline a cada rato. Buscaba excusas de todo tipo para encontrarse con ella.

Eline se quedó inmóvil ante la muestra de cariño. Kair fue aproximándose poco a poco a sus labios hasta que Eline percibió el roce cálido en los suyos. Su corazón se aceleró con aquel leve roce. Aún así, dio un paso hacia atrás y miró hacia el suelo

incapaz de mantener la mirada de Kair.

—Lo siento —Kair no sabía qué hacer.

—Me tengo que ir. —Eline partió rápidamente hacia su campamento.

Kair se quedó allí plantado mirando el camino. No lo había hecho a propósito, había surgido en cuanto la miró a los ojos. Se sentía atraído por ella irremediablemente.

Los prisioneros que iban a ser castigados llegaron a las chozas de los guerreros. En la puerta de cada choza unos cráneos colgaban, vigilando y atemorizando a los recién llegados.

Bohort se encontraba dentro de su choza y salió en cuanto escuchó el alboroto. Uno de sus hombres le contó lo sucedido.

—Llevar a cada uno a un árbol de los que están sobre el río —rugió Bohort en cuanto le informaron—. Después del castigo no creo que tengan ganas de volver a intentarlo.

Los guerreros arrastraron a los hombres hacia los árboles. Ataron una cuerda a los pies de cada uno. Luego los pasaron por encima de una rama y tiraron hasta dejarlos colgados boca abajo sobre la corriente.

La cuerda tenía la suficiente longitud para que la cabeza quedara sumergida dentro del agua. La única manera de no ahogarse era forzar la postura del cuello para mantener la cabeza fuera.

Bohort sabía que al principio pensarían que aquello no era tan malo, pero cuando llevasen varias horas así, la única manera de aliviar el dolor sería sumergir la cabeza todo el tiempo que pudiesen aguantar. Llegaría un momento en que les costaría tener la cabeza fuera del agua, lo que les crearía una tremenda ansiedad.

La noche la pasaron entre lamentos. El propio Kair, acompañado de Oisin y Nessy pasaron a comprobar que los prisioneros estuvieran lo bastante mal para que no volvieran a cometer ninguna mala acción.

Bruce estaba absorto mirando el fuego, pensando en el castigo que estaban recibiendo sus compañeros. Le habían contado en qué consistía y compadecía a aquellos hombres.

De pronto, notó que algo le golpeaba en la cabeza y se giró hacia la dirección desde donde había llegado. Al principio no distinguió nada pero al cabo de un momento, notó un movimiento en la oscuridad. Se levantó y caminó despacio hasta allí como si fuese a hacer sus necesidades.

En seguida vio el contorno de la sacerdotisa. Sin mediar palabra, ella se giró y caminó hacia la pequeña poza en la que tenían sus encuentros.

Cuando llegaron, Bruce se quitó aquellas ropas de color pardo que tanto odiaba. Una de las primeras cosas que haría cuando consiguiese huir sería quemar aquellos trapos, vestirse con su uniforme y volver para arrasarlo. Ella intentó hablar con él, pero no la dejó. La despojó del vestido y la empujó hacia el agua.

Después de utilizar a la mujer, Bruce comenzó a salir del agua. Ella le sujetó por

el brazo para que no saliera. Ahora tenía la cara descompuesta por la ira.

—Deberían haber forzado a la chica ¿Qué ha ocurrido? —le reprochó la sacerdotisa.

—Ha sido culpa de tus guerreros que estaban vigilando el lugar. Parece que hay alguien más interesado en esa chica, porque uno de los sacerdotes se presentó a la vez que ellos.

—Teníais que haberla sacado de allí y haberla llevado a un lugar oculto —una mueca de desprecio cruzó por la cara de la sacerdotisa—. Recuerda que nadie tiene que saber que soy yo la que está detrás de todo. El resto de prisioneros deben de pensar que eres tú el instigador.

—¿Cuándo me ayudarás a salir de este lugar? —Bruce comenzó a tocar otra vez a la mujer—. ¿Podré llevarme a alguno de mis hombres?

—Pronto —la sacerdotisa dejó que siguiera—. Tú ayúdame en todo lo que te pida y yo te dejaré salir de aquí con vida junto a dos compañeros que elijas.

Bruce se sintió conforme con la respuesta y se concentró nuevamente en recorrer con sus manos el cuerpo sumergido de la mujer.

Capítulo 25

~La cueva~

Eline se fue a dormir sabiendo que aquellos hombres tendrían un severo castigo. Por un momento, intentó quitarse de la cabeza cualquier pensamiento vengativo pero no pudo. Sentía tanto odio hacia ellos que no podía perdonar.

En lo más profundo del sueño, volvió a oír otra vez una voz que la llamaba. Esta vez no estaba dentro de una cueva, sino que comenzó a viajar a través del valle como si sus pies no tocasen el suelo. Pudo distinguir a un lado las chozas del poblado. Después, se movió por la senda que llevaba a lo más profundo del valle.

Cuando se paró, algo llamó su atención. Era la entrada a la cueva que vio antes de despertarse en su último sueño. Podía ver la terraza natural donde dos antorchas sujetas a cada lado de la entrada lucían con aquel color verdoso que tanto le asustaba.

Cuando subió e intentó entrar en la cueva, un golpe de viento la empujó hacia atrás, haciendo que cayese de nuevo por el precipicio.

Eline se volvió a despertar bruscamente. Era la segunda vez que soñaba con aquella cueva y la segunda vez que se caía. Esta vez no había conseguido entrar y quiso saber por qué.

Aun sabiendo que iba a hacer una cosa que no debía, cogió una de las antorchas cercanas a su choza y se internó por el sendero hacia el campamento de los niños para pasar por el pasillo de roca que la llevaría a la senda principal, sin tener que pasar por el poblado. No quería que nadie supiese a dónde iba.

Era una noche fresca pero no sentía frío. Caminaba a buen ritmo y no tardó demasiado en apartarse del poblado. No sabía si habría guerreros vigilando en aquella zona por lo que intentó caminar rápidamente y con todo el sigilo del que fue capaz.

El sudor humedecía su frente y una sensación de angustia amenazaba con hacerla regresar. A lo lejos vio la gran pared negra que rodeaba el valle.

Cuando se encontró lo suficientemente cerca, se paró y giró en torno suyo. No tuvo que buscar mucho, a su derecha pudo ver la empinada cuesta que subía hacia la terraza donde estaba la gran boca negra.

Subió como pudo por la cuesta y recogió una de las antorchas que estaba enganchada, la encendió con la suya y apagó esta contra el suelo para usarla después. La dejó a un lado y entró en la gruta.

En cuanto puso los pies dentro, supo que aquel era el lugar que había visto en sus pesadillas. Los huecos que se formaban a los lados le resultaban familiares, el sonido del agua cayendo también.

De pronto, el temor de que algo aterrador saliese de la oscuridad y la atacase, la

obligó a caminar más deprisa. Por fin, llegó a una enorme caverna que se abría como un gran templo natural.

El sonido del agua, que la había acompañado en el recorrido hasta la matriz, sonaba ahora cercano. Dirigió la luz hacia sus pies y se asustó al ver el gran abismo que se abría ante ella, tuvo una ligera sensación de mareo y se echó hacia atrás. Acercó la luz al precipicio y descubrió que se trataba de la superficie de un lago.

En el suelo junto a ella encontró una piedra verdosa, que le resultaba familiar. La tiró contra la superficie y notó como el precipicio desaparecía por el efecto de las ondas.

Comenzó a respirar otra vez con normalidad. Miró a ambos lados y su instinto la hizo ir hacia la derecha. Hacía frío y tenía miedo, pero no se iría de allí sin averiguar por qué tenía aquellas pesadillas.

Unos dibujos tallados en la pared llamaron su atención. Cuando miró más detenidamente se dio cuenta de que ya los había visto en otra ocasión. Recorrió con sus dedos las marcas y observó atónita cómo despedían cierto resplandor. Los retiró como si se hubiese quemado.

La pared estaba muy cerca del agua y al dar otro paso, notó algo duro bajo sus pies. Miró el objeto y vio que era una botellita.

La recogió del suelo y comprobó que estaba prácticamente vacía. Se la llevó a la nariz para oler su contenido. Tenía un aroma agradable, se lo puso entre los labios y lo probó. El sabor era dulce y no parecía que fuese peligroso. Bebió el poco líquido que quedaba y se guardó la botella.

Enseguida, comenzó a tener una sensación extraña. Se sentía mareada y tenía vértigos. Por si acaso, decidió sentarse en el suelo, dejando la antorcha en un pequeño agujero.

La percepción de lo que la rodeaba, era cada vez más extraña. Le llegaban los sonidos distorsionados y de vez en cuando se le nublaba la vista.

En ese momento, el agua comenzó a moverse en ondas cada vez más grandes hacia ella. Parecía como si fuese a salir algo terrible del lago. Eline se asustó pero ya no pudo levantarse porque el mareo era ahora bastante fuerte.

De pronto una figura comenzó a emerger del agua. Parecía que estuviese otra vez en su sueño pero con la diferencia de que ahora era real.

Cuando estuvo más cerca, pudo ver a una mujer de una gran belleza. Tenía una larga melena rubia como la plata y su piel era casi transparente sin una sola imperfección. Sus ojos eran de un azul tan claro que parecía no tener iris. A veces sus pupilas se diluían dejando el ojo totalmente blanco, pero era tan breve que Eline pensó que se lo estaba imaginando. Llevaba un vestido que parecía hecho de estrellas y que despedía una luz azulada. Sus movimientos eran elegantes y delicados.

De repente, se acercó tanto que Eline pudo sentir su aliento como una brisa fría que se filtraba por los poros. Entonces, la mirada de la mujer la traspasó hasta lo más hondo de su ser.

—Bienvenida Eline —la voz era profunda—. Soy Laudine. Llevo esperándote mucho tiempo, más del que te podría explicar.

Eline se sentía asustada, no sabía si era por el mareo que tenía o por lo extraño de la visión. Aquella mujer había salido del fondo del lago, no tenía nada mojado y además parecía flotar sobre la superficie.

—Sé que te causa desazón estar aquí dentro frente a mí, pero no debes temer nada, aquí estás segura.

—¿Quién eres? —Eline observaba anonadada a la mujer.

—Sabes quién soy, aunque te asuste pensarlo —Eline intentaba recordar a la mujer pero no era capaz—. Quizás me recuerdes con otro aspecto, eso solo depende de ti y de cómo te sientas.

El bello del brazo se le erizó. Aquella mujer no podía ser la misma que la de sus pesadillas. Era imposible.

—Pero no puede ser —se atrevió a decir Eline—. Ella es terrorífica.

—Como te he explicado, solo depende de ti. Quizás tengas algo en tu interior que te atormenta —contestó Laudine.

—¿Por qué ahora te veo diferente? —preguntó Eline.

—Eso es porque has tomado la bebida que ayuda a la gente del valle a abrir su mente, para poder hablar conmigo. En realidad tú no lo necesitas, porque tienes la capacidad de hacerlo sola aunque todavía no has aprendido cómo. El elixir te está mostrando tal como eres, una persona con una gran bondad. Posees una gran humanidad que te impulsa a ser buena con todo el mundo y ayudar en todo lo que puedas para que los demás sean felices. Darías tu vida por cualquiera que lo necesitase sin importarte los sentimientos que tengas hacia esa persona.

—Siento defraudarte, pero no soy así —Eline se avergonzó al pensar todo el mal que había deseado a los soldados que mataron a su familia—. Me han obligado a convertirme en una mala persona. No puedo olvidar lo que me han hecho —las lágrimas humedecían el rostro de Eline—. Me han herido en lo más hondo y mi único consuelo es que ellos padezcan lo mismo que sufrieron mis seres queridos.

Por un breve momento, la imagen de la dama se asemejó al ser de su pesadilla, aunque enseguida volvió a convertirse otra vez en aquella bella mujer.

—El pensar así, solo te causará dolor e impedirá que seas feliz —un destello de luz emanó del cuerpo de Laudine que fue disminuyendo poco a poco—. Necesitas liberarte de esas emociones que te hacen sufrir.

—Pero no puedo olvidarme de mi familia. Esas personas me han arrebatado todo y me han dejado sola en este mundo. ¡No tengo a nadie! —dijo Eline con angustia.

—Eso no es cierto, pero si a pesar de eso crees que no puedes continuar, puedo ayudarte a que te reúnas con tu familia —una chispa de gratitud asomó a los ojos de Eline—, solo tendrías que dar unos pasos y acompañarme a mi reino, en lo más profundo del lago. Todo se acabaría y ya no sufrirías más. Pero piénsalo bien, porque si lo haces, perderías lo más valioso que tienes ahora: tu presente y tu futuro. Hay

muchas personas que te aman y otras muchas que te amarán, pero si ahora decides abandonar, nunca sabrás quiénes son y cómo habría sido tu vida.

—Pero no sé cómo seguir adelante sin ellos —Eline sollozaba mientras pensaba si dar el paso hacia el lago o seguir allí sentada—. Tengo miedo de lo que me espera y no sé si voy a ser capaz de soportarlo.

—Tienes demasiadas cosas buenas que vivir todavía —continuó Laudine—. La pasión, el deseo y el amor de quien será tu compañero, la adoración en los ojos de tu hijo cuando te mire, la compañía y el cariño de un amigo o la belleza del mundo que te rodea y que siempre te sorprenderá con cosas maravillosas.

Eline tenía deseos contradictorios. Por una parte, quería dejar de sufrir y acompañar a Laudine a su reino, y por otra, deseaba probar esa vida que ella le mostraba.

—Comprendo que tengas dudas —continuó Laudine—, pero piensa qué hubiese querido tu familia y sobre todo, piensa en tu padre que lo dio todo para que pudieras seguir viviendo.

Eline sintió que en el fondo tenía razón. Si ahora se rendía, el sacrificio que había realizado su padre por ella, no serviría de nada y habría muerto en vano.

Pero si elegía vivir no podía hacerlo como hasta ahora. No tenía ninguna ilusión para seguir hacia delante. Tendría que cambiar sus sentimientos porque sino sería como estar muerta en vida, con miedo a querer por si la hacían daño, con el corazón marchito y lleno de odio. Debía perdonar y seguir hacia delante y de esa manera su familia se sentiría orgullosa.

—Creo que tienes razón —dijo al fin, después de meditarlo profundamente—. No soy quien para decidir sobre la vida de los demás, porque entonces estaría actuando igual que ellos. Estoy segura de que mi familia no querría eso y de seguir comportándome así les estaría defraudando. Aquí he encontrado a personas que me están demostrando que les importo y sería injusto por mi parte no darles una oportunidad.

—Me llena de alegría que pienses así —a Eline le pareció que Laudine era más bella que antes.

—Estoy preocupada —Eline abordó el tema que la había llevado allí—. Me gustaría saber por qué sueño con este lugar.

—Esta cueva tiene una magia única que ejerce una atracción hacia ti —le dijo Laudine—. He estado esperando hasta que has estado preparada y ahora, ha llegado el momento. Debo revelarte ciertas cosas que te conciernen y que debes saber. No es casualidad que hayas venido al valle, ni que estés aquí ahora. Tienes una misión y para poder cumplirla debes buscar dentro de ti. Te ayudaré a llegar al lugar donde guardas tus conocimientos, que se han ido transmitiendo de padres a hijos desde el principio de los tiempos. Es un saber ancestral que la mayoría de personas han olvidado. Generación tras generación, los hombres con sus actos pierden poco a poco su humanidad. Se hacen más y más insensibles al dolor ajeno y solo les preocupa

amontonar riquezas, dejando de lado lo más importante que es el amor y la comprensión hacia los demás. Tienes una cualidad maravillosa, Eline, que te hace entender el dolor ajeno y de esa manera, logras ayudar a todo el mundo.

—Gracias por pensar eso de mí y por intentar guiarme —le dijo Eline.

—No me des las gracias a mí, sino a ti. Tú eres la que lo has hecho posible. Quiero que mires a tu alrededor y veas a la gente que te quiere. Déjales demostrarte su cariño y su preocupación. Pero debes tener cuidado, pues no todo el mundo es lo que parece. Hay alguien que quiere hacerte daño. Escucha a tu interior, te avisará cuando llegue el momento. Ahora te ayudaré a recordar para que comprendas quién eres y cuál es tu misión.

Laudine se acercó y le puso las manos sobre la frente. Eline cerró los ojos y sintió una descarga. Un sinfín de imágenes pasaron por delante de sus ojos, desde el inicio del mundo hasta ahora. Cuando todo terminó abrió los ojos, miró a Laudine y sonrió. Todo empezaba a encajar en su interior.

—Debes salvaguardar la magia de este lugar hasta que los hombres recuperen la capacidad de ver por sí mismos —dijo Laudine mientras desaparecía—. La verdad está en tu interior. Por cierto, cuando estés preparada deberás regresar al que fue tu hogar. Eso te ayudará a cerrar tus heridas. No lo olvides.

De pronto el mareo se hizo insoportable y sintió cómo se desvanecía. Cayó a plomo sobre el suelo, golpeándose la cabeza contra el suelo de la cueva.

Al otro lado del valle, Artaios se despertó de golpe. El sudor le cubría el rostro. Se vistió, cogió una antorcha y corrió lo más rápido que pudo hacia el interior del valle.

Subió hacia la terraza de la cueva y vio la antorcha tirada en el suelo. Cogió la que quedaba enganchada en la pared y entró como un rayo en la oscuridad. Al llegar al lago y dirigir la mirada hacia el lugar de encuentro, vio la luz y el cuerpo de Eline inerte en el suelo.

Tiró la antorcha y corrió hacia ella. Le cogió la muñeca y comprobó que tenía pulso. La levantó en sus brazos y regresó con ella al poblado.

Llegó prácticamente al amanecer. La llevó a su propia choza y la reconoció para saber en qué estado se encontraba. Se acercó a su boca y percibió el olor del elixir sagrado. Debía haber encontrado algún recipiente extraviado dentro de la gruta, aunque él no recordaba haber dejado ninguno. La cantidad que debía haber ingerido era ínfima pero suficiente para dejar inconsciente a alguien que no la hubiese tomado nunca.

Se sentó a su lado y se preparó para cuando ella se despertase. Tendría que preguntarle muchas cosas.

Capítulo 26

~La Elegida~

Eline abrió los ojos y miró asustada a su alrededor. Había tenido un sueño extraño, tanto que parecía real. Vio a Artaios durmiendo sobre un taburete tan pequeño que parecía imposible que consiguiera mantener el equilibrio.

De pronto, sin mover ni un solo músculo, Artaios abrió los ojos de golpe y la miró fijamente. Eline se asustó e intentó levantarse pero el mareo la hizo volver a la posición en la que estaba. Se le empezaba a aclarar la mente y se preguntaba que hacía en aquel lugar.

Poco a poco, comenzó a recordar lo ocurrido la noche anterior. No había sido un sueño. Había ido sola a la cueva y había conocido a Laudine. Se sentía diferente después de hablar con ella, como si se hubiese quitado un peso de encima. Podía decir incluso, que se sentía feliz.

—Buenas tardes Eline —Artaios la observó con preocupación—. ¿Cómo te sientes?

—Mejor, aunque todavía estoy un poco mareada —veía algo borroso.

—Cierra los ojos —le pidió Artaios.

Este puso las dos manos sobre la frente y le dio un leve masaje. Después cogió un vaso y le sirvió algo de beber. Después de tomarlo, Eline se sintió mucho mejor.

—¿Quién me sacó de la cueva? —preguntó Eline.

—Fui yo —dijo el Gran Sacerdote—. En mitad de la noche sentí que me necesitabas y acudí a buscarte.

—Te doy las gracias, por eso y por todo lo que estás haciendo por mí.

—Soy yo quien tiene que darte las gracias por haber regresado al valle —Artaios le apretó la mano—. Y ahora, cuéntame ¿Cómo llegaste allí?

—No lo sé, pero desde que llegué —comenzó Eline—, he tenido sueños extraños. A veces, oía solamente una voz que me llamaba y otras, me encontraba dentro de una cueva. Anoche, soñé que volaba a través del valle y llegaba a un lugar que había visto en mis sueños. Me desperté en mitad de la noche, cogí una antorcha y salí a buscarlo. Sabía que allí encontraría la respuesta a mis pesadillas.

—¿Qué viste dentro? —Artaios entrecruzó sus dedos, apoyando los codos en sus rodillas y el mentón en sus manos, un gesto habitual cuando pensaba.

—Primero vi los dibujos en la pared, luego encontré una pequeña botella y me tomé el contenido. Cuando me sentí mareada, me senté y entonces apareció ella —Artaios abrió los ojos, prestando más atención que antes—. Era una mujer de una gran belleza. Su nombre es Laudine, aunque intuía que tú ya lo sabes. Ella me dijo

quien era y qué hacía aquí —Eline sonrió a Artaios—. También me ayudó a superar mis temores y odios. Gracias a ella he descubierto que no estaba actuando correctamente, que debo romper con mi vida anterior y comenzar una nueva etapa.

—Me alegra que quieras quedarte entre nosotros —Artaios sonrió— y formar parte de nuestra gente. Llevamos doce años esperando este momento y ahora por fin se ha cumplido. Informaré a Caroline de que ya no irás a trabajar y así podrás tener más tiempo para aprender nuestras costumbres. Ahora te dejo porque alguien quiere verte. Bueno en realidad —Artaios volvió a sonreír— más de uno quiere entrar pero he pedido que tengan paciencia. Por cierto, no le cuentes a nadie tu experiencia de esta noche. Debemos mantenerlo en secreto por el bien de todos. Cuando llegue el momento informaremos de lo sucedido. Por ahora, debes seguir comportándote como antes, solo hasta que pase el peligro. En cuanto pueda te explicaré por qué —le informó el Gran Sacerdote—. Confía en mí. Por cierto, me tendrás que explicar cómo burlaste la vigilancia de los guerreros —Artaios la preguntó.

—Gracias —Eline sonrió y miró hacia la puerta para ver quien entraba.

Cuando la vio, sintió una pequeña decepción. Esperaba que fuese Kair. Elvia entró con paso delicado como siempre.

La sacerdotisa desconocía lo que le había ocurrido a Eline. Solo sabía lo relatado por Artaios, que se había perdido en el bosque por la noche y que había comido algún tipo de planta venenosa.

—Espero que te encuentres mejor —Elvia se acomodó en el camastro de Artaios y le tocó la frente—. Tienes que tener cuidado con lo que comes, aquí hay plantas muy peligrosas. Tendré que aleccionarte sobre ello. También puedes preguntarle a Sheila, es una de mis mejores discípulas. Posee un gran conocimiento.

—Te lo agradezco. Siempre me tratas muy bien, a pesar de ser una simple prisionera —le dijo Eline.

—Para mí eres más que eso, eres especial —Elvia sonrió—. Cuando llegue el momento lo comprenderás. Ahora te dejaré con Sheila hasta que te encuentres mejor, lo ha pedido ella. No sé cómo lo has hecho pero te has ganado una aliada a la que es difícil de impresionar.

Eline soltó una carcajada.

—Estoy descubriendo en ella a una persona con un gran corazón. Creo que solo necesita que alguien le abra el suyo sin reservas —concluyó Eline.

—Te deseo suerte. Muchos lo han intentado y han salido heridos —le advirtió Elvia mientras se marchaba.

Antes de salir, Sheila entraba ya en la choza. Las dos se cruzaron y Eline pudo ver algo extraño en sus miradas, pero duró tan poco que no supo decir qué era.

Sheila se sentó junto a ella y le tocó la frente como había hecho Elvia. Después le agarró las muñecas. Luego fue haciendo presión sobre su estómago. Cuando terminó, le lanzó una mirada de enfado.

—¿Cómo se te ocurre, andar por ahí sola, comiendo cosas que desconoces? —El

tono de Sheila pilló por sorpresa a Eline—. ¿Es qué quieres matarte?

—No... yo solo estaba paseando —se excusó Eline.

—¡Pues la próxima vez que quieras pasear espera a que sea de día y te acompañe!

—Sheila cambió el gesto. Se la veía preocupada—. Está visto que no puedo dejarte sola.

Eline sonrió ante la desazón de la sacerdotisa. No tenía muy claro lo que podía esperar de Sheila. Era una persona que cambiaba de humor con mucha facilidad y tenía arranques de mal humor en cuanto algo no salía como ella quería. Pero se alegraba de haber encontrado a una amiga.

—Si te parece, mandaré a por algo de comida y luego daremos un paseo por el bosque, ahora que sé qué te interesa tanto —Sheila la dejó sola.

Capítulo 27

~El plan~

Kair estaba de un humor de perros. No solo le habían impedido entrar a ver a Eline, sino que tampoco le habían contado la verdad sobre lo ocurrido. Sabía de sobra que Artaios le estaba mintiendo y que Eline no se había perdido. Algo más grave le había ocurrido y estaba ansioso por saber cómo estaba.

De vez en cuando rondaba por la choza del Gran Sacerdote como si así fuese a enterarse de algo. Cuando vio entrar a Sheila el malestar fue en aumento. No sabía qué tramaba aquella mujer pero no le gustaba el interés repentino por Eline.

Su amigo Oisin vino a rescatarle.

—Me gustaría que me acompañases a una ronda de reconocimiento y así te despejarás un poco —Oisin no esperó la respuesta y agarró a su amigo por el brazo.

Kair lo siguió sin protestar. Oisin tenía razón, dejaría de pensar en Eline durante un rato.

Todo estaba en calma por el sendero principal, por lo que se internaron en el bosque.

—¿Me vas a decir lo que te pasa? —le preguntó Oisin.

—Es por Eline —Kair se mantenía cabizbajo—. Algo le ha pasado y nadie me informa. Para colmo, no sé lo que me ocurre, pero no puedo dejar de pensar en ella.

—Yo te diré lo que te pasa. Te está robando el corazón —Oisin le dio un golpe en el pecho—. ¿Has pensado que va a decir Sheila? Ya sabes cómo es.

—Sé que no le agrada y por eso me preocupa que quiera vengarse de Eline. No sé lo que trama pero algo malo seguro.

—Ayer vino a hablar conmigo —comentó Oisin de pronto.

—¿Sí? Y ¿Qué quería? —preguntó desconfiado Kair.

—Me dijo que cuidase de Eline —contestó Oisin—. Yo la dije que no había problema. Luego hablamos un rato. Estaba raramente amable, incluso creo que me agradó y ya sabes lo que pienso de ella —Oisin se quedó un momento callado y miró de reojo a Kair—. ¿No te importa si alguna vez quiero verla?

—No, por supuesto —respondió Kair intentando asimilar la información—. Ahora tengo otros intereses ¿Y Vivianna? Creía que estabas a gusto con ella.

—Sí, pero está muy fría conmigo. No sé lo que le pasa, pero hace tiempo que no hemos vuelto a estar juntos.

Un sonido justo detrás de ellos les sobresalto. Los dos se agazaparon y sacaron sus espadas. Un grupo de prisioneros pasó cerca de ellos, aunque el ramaje no les dejaba ver claramente sus rostros. Cargaban leña mientras hablaban y reían.

—Podríamos tomar a la otra prisionera para disfrutar un rato —mientras se lo decía, el prisionero le dio un codazo al otro—, hace mucho que no estamos con una mujer.

—Si no hubiésemos matado a la chica en la poza ahora no estaríamos tan vigilados —le dijo su compañero—. Aunque si no lo hubiésemos hecho nos habría delatado a todos. Además, después del castigo que impusieron por agarrar a aquella prisionera en el camino, no tengo ganas de más líos.

Oisin miró a Kair sorprendido.

—No te preocupes con la ayuda de la fulana de la sacerdotisa pronto estaremos fuera. Si todo sale bien pronto podremos disfrutar de alguna muchacha cariñosa —los tres comenzaron a reírse.

Cuando comprobaron que estaban lo suficientemente apartados de ellos, Kair y Oisin se levantaron y se dirigieron a la aldea. Entre los árboles distinguieron a dos guerreros que seguían de lejos a los prisioneros. Necesitaban hablar con Artaios y Bohort cuanto antes.

Una vez reunidos con sus superiores, comenzaron a relatarles lo que habían oído a los prisioneros.

—Ahora mismo no sé en quién confiar —les confesó Artaios—. No sé exactamente quién nos está traicionando y hasta dónde llega la traición.

—Sabes maestro que yo jamás haría nada contra ti o contra el valle —se apresuró a decir Kair.

—Yo tampoco —el rostro de Oisin mostraba sinceridad ante lo que decía.

—Estoy totalmente seguro de que ninguno de nosotros cuatro somos sospechosos de traición —aseguró Bohort.

—Por eso, debemos mantener en secreto esta reunión —advirtió Artaios—. Nada de lo que se diga o se decida sobre este tema debe conocerse fuera. Hay que tener claro que nuestra prioridad es Eline y que debemos protegerla por encima de todo. Respecto a los prisioneros, tengo una idea que hará que se arrepientan de todo lo que están provocando. Hasta que sepamos quién o quiénes nos están traicionando, debemos ser precavidos.

Artaios les contó su plan para que todos juntos pudiesen concretarlo.

Bohort debía escoger un grupo reducido de guerreros para dar las órdenes pertinentes sobre la seguridad de Eline y la vigilancia de los prisioneros, y además, eligió a Nesity para que vigilase a las sacerdotisas, junto con dos compañeros más.

Capítulo 28

~Entrega~

Como hacía todos los días Sheila acompañó a Eline hasta su campamento después de un duro entrenamiento. Antes de despedirse, Sheila detuvo a Eline por el brazo.

—Tengo que pedirte algo —Sheila no sabía cómo empezar—. Quiero que le des una oportunidad a Kair. Se que él tiene un interés especial por ti —Eline la miró extrañada—. Ya se que te parece raro que te diga esto —los ojos de Sheila se perdieron en la lejanía—, pero me he dado cuenta de que no puedo luchar contra lo que desean los dioses. Empeñarme en algo que no puede ser, solo me hará más infeliz. Además —dijo borrando la pena con una pícara una sonrisa—, hay alguien especial al que estoy descubriendo.

—Gracias por tus palabras, pero no creo que tenga un interés especial en mí. Yo creo que lo tiene por todas las mujeres —las dos comenzaron a reír.

—Créeme, le conozco muy bien, intenta ser amable, por favor —le suplicó Sheila.

Eline le dijo que la haría caso y entró en el campamento, donde Susie y Caroline la estaban esperando.

Sheila se dirigió a la choza de Kair. Sabía que le costaría hablar con él de este tema pero debía hacerlo para lograr su objetivo.

Kair se quedó anonadado ante la petición de Sheila. Nunca se habría imaginado que ella le ayudase a conquistar a otra mujer. Ahora sí que estaba seguro de que tramaba algo. Se levantó y salió de su choza.

Antes de acostarse Eline se internó en el bosque hacia el hueco que utilizaban entre la maleza. La luna llena iluminaba el interior lo suficiente como para saber por dónde iba.

Cuando retiró las ramas que ocultaban el lugar, se quedó de piedra al verle allí parado. En ese momento supo que la esperaba a ella y que había llegado el momento de tomar una decisión. Lentamente él se acercó y la cogió las manos. Eline notó como los nervios afloraban y se apoderaban de ella, pero no intentó soltarse.

La atrajo hacia él, abrazándola por la cintura. Eline se dejó llevar, le deseaba tanto como él a ella. Poco a poco, Kair acercó sus labios y la besó con pasión. Eline sintió el calor de su boca y se abandonó sin temor a sus besos y sus caricias. Nunca había sentido algo así. Notaba como sus manos recorrían su cuerpo y un estremecimiento de placer la recorrió lentamente. Parecía estar en otro mundo. Un mundo en el que solo existían los dos.

Le había estado rechazando desde el primer momento para que no la hiriera, pero

eso había cambiado después de hablar con Laudine. Ella le había abierto los ojos. No podía cambiar el pasado pero sí podía transformar el futuro.

Las personas que la habían hecho daño recibirían su castigo, estaba segura, pero no debía ser ella la que decidiera sobre ello, sino la propia vida. Ellos mismos serían su peor enemigo.

Se separaron despacio, lamentando romper ese momento mágico. Eline acarició su rostro y él besó su mano.

—Me gustaría que este momento no terminase nunca —Kair miraba con dulzura a Eline.

—Yo también lo deseo —le susurró Eline.

Volvió a besarla con dulzura, sin prisa. Ella le correspondió.

Escucharon un ruido y Eline se dio cuenta que llevaba demasiado tiempo alejada del campamento. Seguramente Caroline empezaría a preocuparse. Debía volver a su choza. Lamentándolo, se separó de él.

—Debo regresar —le pidió Eline— o Caroline se asustará.

Kair la besó por última vez y la acompañó hasta el campamento. Caroline y Susie se alegraron de verles juntos, aunque intentaron dejarles un poco de privacidad.

Mientras regresaba a su choza, Kair iba como en una nube. Por fin le había aceptado. Cuando estuviese preparada se unirían sin reservas, pero de momento disfrutaba del momento feliz en el que se encontraba.

Se paró ante la puerta de su choza al notar que pasaba algo extraño. Descorrió la cortina lentamente. Todo estaba en penumbra y solo el leve resplandor de las antorchas dejaba intuir las formas del interior. Miró hacia la oscuridad y no vio nada raro.

De repente de los lados surgieron dos figuras. Uno de ellos le dio un puñetazo en el estómago haciendo que se doblara por la cintura, el otro le asestó un golpe en la cabeza con algo duro que lo dejó inconsciente.

En la complicidad de la noche, tres figuras salieron del campamento, hacia el interior del valle.

Capítulo 29

~El Manantial Sagrado~

Los primeros rayos de sol la sacaron de su sueño. Aquel iba a ser un día maravilloso. Estaba impaciente por estar otra vez con Kair.

Se vistió rápidamente y salió. Encendió el fuego para que cuando Caroline se despertase pudiese preparar el desayuno y así ir al poblado lo antes posible.

Estaba nerviosa con la expectativa de volver a estar junto a Kair.

—Hoy te has levantado muy pronto —la voz de Caroline la asustó—. Debes ir a la choza de Sheila, ayer me dijo que quería verte.

—Esta bien —la desilusión se dibujó en su rostro.

No es que no deseara ver a Sheila pero esperaba haber tenido tiempo para ver a Kair. Caroline notó la decepción que sentía.

—¿Qué te ocurre? —quiso saber—. ¿Es qué no quieres ver a la sacerdotisa? Sé que a veces es un poco dura pero tiene buen corazón.

—No es eso, es que hoy creía que iba a estar con otra persona.

Caroline se dio cuenta enseguida de cuál era el motivo del disgusto de Eline y se rio. Eline la miró desconcertada.

—No te preocupes —siguió riéndose Caroline—, el día es muy largo.

Mientras se dirigía al poblado a buscar a Sheila, iba pensando en lo diferente que era ahora su vida. Hacía poco, vivía sola, temerosa de todo y de todos. Y ahora, estaba rodeada de gente que la apreciaba y en un lugar que cada vez se le antojaba menos opresivo y más maravilloso. No podía creerse la suerte que estaba teniendo. En el fondo tenía miedo de que todo se desvaneciera como el humo.

Sheila se encontraba peinando su larga cabellera rubia, cuando entró Eline. Hoy estaba especialmente guapa. Tenía un brillo particular en sus ojos.

—Hola Eline —sonrió Sheila—. ¿Preparada para un duro entrenamiento?

—Por supuesto. Hoy te veo diferente. Más... alegre.

—Anoche fue especial —a Sheila se le iluminó el rostro.

—Me alegro por ti, sinceramente —dijo Eline—. ¿Y se puede saber quién es el afortunado?

—Es Oisín pero preferiría que de momento no salga de aquí —Sheila la miró fijamente—. Primero me gustaría hablar con Vivianna sobre el asunto. Hubo un tiempo en que ellos dos estuvieron muy unidos.

Se prepararon y salieron charlando de la choza. Vivianna estaba en el camino y las miró con el rostro serio.

—Vaya —dijo marcando las palabras—. Me alegro de que hayáis congeniado tan

bien.

Sheila miró a Eline y la hizo una señal para que no dijese nada. Conocía a Vivianna y sabía que estaba molesta.

—Como debe ser —le dijo Sheila con el rostro serio.

—Por cierto —Vivianna torció la boca en una especie de sonrisa sarcástica—. También me alegra que Oisin te complazca por las noches. Ya sabes que lo que te hace feliz a ti, me hace feliz a mí.

Dio media vuelta y salió de la vista de las dos. Sheila comenzó a caminar de nuevo y cambió de tema para no tener que dar explicaciones antes de hablar con Oisin y con Vivianna a solas.

Odiaba apartarse de su amiga, pero en este momento sus prioridades eran otras. De todas formas, Elvia se había volcado para que ella no se sintiese sola y Sheila se lo agradecía de veras.

Lo de Oisin ya lo solucionarían. Aunque hacía tiempo se habían sentido atraídos, ahora parecía que su relación se había enfriado. Entendía que se sintiera molesta por la intimidad que ahora la unía al guerrero, pero conocía a Vivianna y seguro que querría lo mejor para ella. Sabía que la perdonaría.

En esta ocasión, Sheila pasó de largo del lugar de entrenamiento. Prefería ir a otro lugar del valle para estar más tranquilas.

Pequeños riachuelos recorrían la zona por donde se habían internado. Una cría de ciervo que bebía de uno de ellos, huyó cuando las vio aproximarse. El sol comenzaba a calentar y la temperatura era bastante agradable.

Eline observó a Sheila mientras caminaba a su lado. Andaba como si rozase el suelo, con una gracia natural que hacía que Eline se sintiese, al lado suyo, como un pequeño insecto.

No regresaron después del entrenamiento. Sheila llevaba un pequeño avituallamiento para el almuerzo y la llevó a otro lugar donde podrían comer y descansar. Según le dijo, era uno de los sitios más especiales que existía.

Cuando Eline llegó, se sorprendió de que la hubiese llevado allí. Era el claro donde habían practicado el ritual con el prisionero. Aunque ahora, este no parecía tan tenebroso como aquella noche. Una luz cálida se colaba entre las ramas y hojas de los árboles. El sonido relajante del agua que caía a través de las rocas formaba una preciosa melodía. Sheila tenía razón, era un lugar especial donde se sentía una paz increíble. El verdor del suelo invitaba a tumbarse y mirar el baile de las hojas con la brisa. El canto de los pájaros armonizaba con el resto de los sonidos para deleitar los sentidos.

La sacerdotisa se acurrucó contra un tronco y Eline hizo lo mismo. Sacó de una mochila unas tortas de harina y un poco de pescado seco, y lo compartió con ella.

Tras la comida se tumbaron en la hierba con la mirada perdida cada una en sus pensamientos. Eline aprovechó para preguntarle sobre la noche que vio el sacrificio. Sabía que era un tema delicado pero aún así no quería quedarse con la duda y prefirió

arriesgarse.

—Necesito saber algo —Sheila le prestó su atención—. Cuando los soldados llegaron al valle sentía odio hacia ellos y quería vengarme. Ellos pertenecen al señor que gobierna mi comarca y seguramente alguno de ellos participó en lo que le pasó a mi familia. Por eso, los estuve espiando —Sheila se sorprendió al escuchar lo que decía Eline—. La noche siguiente a que fuesen capturados —continuó Eline— seguí a uno de ellos, el cual llegó custodiado por los guerreros, hasta aquí.

—¿Y viste algo verdad? —Sheila tenía el ceño fruncido—. Quieres preguntarme el por qué.

—Allí arriba escondida vi cómo lo sacrificaban y no puedo entender cómo vosotros, que amáis la vida y la respetáis, podéis asesinar a alguien a sangre fría.

—Comprendo que una persona que no haya sido educada en nuestras costumbres pueda ver esa acción como un asesinato pero para nosotros es un acto de generosidad y de respeto a nuestros dioses y espíritus.

—No te entiendo —dijo Eline.

—No se elige a la persona que va a ser sacrificada al azar —razonó Sheila—. No escogemos a inocentes, la persona que va a ser sacrificada siempre es alguien que ha cometido algún delito grave o que tiene la maldad alojada en su interior. A través del sacrificio, la persona parte al mundo de los espíritus, para poder volver a la vida en otro cuerpo limpio de todo mal y así comenzar a vivir de nuevo sin ninguna carga.

—Pero nadie tiene el poder de elegir la muerte de otro —negó Eline.

—No lo elige cualquier persona. Solo puede hacerlo el Gran Sacerdote el cual está conectado con los dioses y los espíritus que le ayudan a elegir sin miedo a equivocarse. Además, fuera de este valle, donde tú vives, las personas son mucho menos prudentes a la hora de castigar a alguien con la muerte ¿No es verdad?

Eline asintió dándole la razón. No tenía que ir muy lejos para saberlo, ella misma lo había sufrido. Permanecieron calladas hasta que Eline volvió a romper el silencio.

—¿Sabes una cosa? —Eline miraba con tristeza a Sheila—. En el fondo me sentí bien cuando murió aquel soldado. Era tal el odio que tenía, que aunque al principio me causó horror lo que vi, luego pensé que se lo merecía y deseé que les pasase lo mismo a todos.

—Ten cuidado con lo que deseas porque a lo mejor se cumple —le respondió Sheila con una sonrisa.

—He cambiado —Eline también sonreía—. Ahora mis deseos van dirigidos a otra parte.

Las dos rieron con ganas. Eline era feliz de haber encontrado a Sheila y empezaba a confiar en ella plenamente.

Capítulo 30

~La búsqueda~

Artaios estaba preocupado. Llevaba buscando a Kair durante todo el día y nadie lo había visto. No era normal que desapareciese durante tanto tiempo sin decir nada a nadie.

Había preguntado por todo el poblado y ninguna persona sabía dónde estaba. Esperaría a que regresase Sheila con Eline para saber si ellas sabían algo.

Cuando estaba atardeciendo un guerrero anunció que Sheila y Eline regresaban por el sendero. Él salió a su encuentro. Sheila comenzó a preocuparse cuando vio al Gran Sacerdote dirigirse hacia ellas. Algo había sucedido para que él viniese con tanta premura.

—Me alegro de que estéis bien —comenzó a decir Artaios—. Me gustaría saber si habéis visto hoy a Kair. Llevo todo el día buscándole y no logro encontrarle.

—Nosotras no lo hemos visto y tampoco nos comentó ayer que fuese a ningún lugar en especial —le informó Sheila.

—Esto me preocupa —Artaios se tocaba la barba pensativo—. Algo le ha ocurrido, lo presiento. Esperaré a la noche y si no ha regresado, mandaré un grupo de reconocimiento para buscarle.

A Eline le dio un vuelco el corazón. Lo que tanto temía estaba ocurriendo. No podría soportar que le pasase algo malo justo ahora que comenzaba a sentir algo por él.

Artaios se despidió de ellas y regresó a su choza. Allí se reunió con Bohort para preparar la búsqueda del joven sacerdote al anochecer.

El jefe de los guerreros habló con él sobre cómo iba el plan que habían puesto en marcha. Si no encontraban a Kair deberían buscar otras alternativas. Artaios no le comentó lo que había visto en el agua la noche del sacrificio pero presentía que estaba relacionado con este momento.

Sheila pidió a Eline que la ayudase a buscar a Kair. Lo primero que harían, sería hablar con Oisin. Él sabría mejor que nadie donde podría estar.

Le encontraron reunido con varios guerreros. Se les podía ver agachados observando algo que había en el suelo. Alrededor de ellos los otros guerreros se mostraban nerviosos.

Cuando se acercaron al grupo vieron que estaban mirando en la arena un plano del valle. Al parecer estaban marcando ciertos sitios con círculos. Algunos asentían mientras Oisin hablaba.

—Perdona que te molestemos —se disculpó Sheila.

Oisin levantó la cabeza para mirarlas. Su cara mostraba preocupación.

—Disculpadme —Oisin se irguió y caminó hacia ellas.

—Quería preguntarte si sabes algo sobre Kair —Sheila hablaba bajo para que no la escuchase el resto de personas que se encontraban cerca.

—Ya me han preguntado tanto Artaios como Bohort —Oisin miró a Sheila preocupado pero con cierta complicidad—, pero no he podido decirles nada. Esta mañana cuando he ido a su choza, él ya no estaba. Lo que me ha parecido más extraño, es que el fuego no había sido encendido en toda la noche.

—¿Tú qué opinas? —le preguntó Eline con preocupación.

—Creo que no ha pasado la noche en su choza. Ahora mismo estamos preparando una batida por el valle por si ha tenido un accidente y está malherido. Saldremos enseguida.

—Gracias por compartir con nosotras lo que sabes —Sheila sonrió a Oisin—. Si conoces algo nuevo, te agradecería que nos lo dijese.

—No lo dudes. Lo haré —Oisin rozó levemente con el dorso de su mano el rostro de la sacerdotisa. Esta bajo la mirada estremeciéndose.

Oisin volvió con sus hombres y ellas dos regresaron a la choza de Sheila.

Allí meditaron cómo podían ayudar a buscar a Kair. Eline comenzó a llorar tapándose la cara. Necesitaba saber donde estaba Kair, ya. Sheila se acercó y la abrazó, permitiendo que ella se desahogase sobre su hombro. Sheila estaba también apenada por lo que estaba pasando. Aunque ahora estaba con Oisin no había dejado de querer a Kair. Sabía que no podía estar con él pero eso no significaba que no se sintiese desdichada por su desaparición.

—No te preocupes. Lo encontraremos pronto —la dijo acariciando su pelo.

—Eso espero —Eline se limpió las lágrimas—. No podría soportar perderle ahora. Lo necesito para volver a ser feliz.

—Lo sé —Sheila le secó una lágrima que corría veloz por la mejilla.

Vivianna se encontraba escuchando la conversación detrás de la cortina. Había ido para arreglar las cosas con Sheila, pero después de oírlas sentía más resentimiento que antes. Con el rostro apenado se internó hacia lo más profundo del valle.

Tenía un plan para desenmascarar a Eline. Estaba deseando ver la reacción de todos cuando llegase el momento, entonces le darían la razón.

Capítulo 31

~La sacerdotisa~

La sacerdotisa esperaba pacientemente a que se despertase. El golpe en la cabeza lo había dejado más tiempo inconsciente del que ella esperaba. Allí hacía mucho frío para estar parada y estaba empezando a notar la carne de gallina. La cortina de agua que formaba la catarata dejaba ver a intervalos el lago que se encontraba al otro lado.

Había descubierto aquel lugar hacía mucho tiempo. Sabía que estaba prohibido penetrar allí pero pensaba que estaba en todo su derecho. En realidad, era ella y no Artaios quien debería hablar con Laudine, lo hacía a menudo, siempre a escondidas, ya que se consideraba traición y podía morir por ello.

La primera vez que se enfrentó a su visión le resultó aterradora. Era un ser enfermizo. La cara era como una calavera cubierta de una fina capa de piel mortecina, el pelo eran hebras blancas pegadas a su cráneo, sus manos eran como garras de color gris y sus uñas afiladas. Llevaba un vestido raído y sucio que marcaba su esquelético cuerpo.

Por fin notó que empezaba a moverse. Se colocó frente a él y esperó a que se despejase del todo. Tenía el pelo apelmazado por la sangre que le había salido de la brecha en la cabeza.

Kair intentó llevarse la mano hacia el lugar donde sentía el dolor, pero se dio cuenta de que no podía por tenerlas atadas a la espalda.

Levantó la cabeza poco a poco intentando ver en aquella penumbra. Una antorcha estaba encajada en una fisura en la pared, en la parte más alejada de la pequeña caverna.

Kair miró a la figura que tenía delante e intentó encontrar una explicación lógica para que ella estuviese allí y para que él estuviese atado de pies y manos.

—No te molestes no puedes moverte —la mirada de ella le sobrecogió pero permaneció con el rostro impassible—. ¿Estás a disgusto? No te preocupes, no será por mucho tiempo. Pronto todo habrá acabado para ti y para Artaios.

—¿Por qué haces esto? —le preguntó Kair sin mostrarse alterado.

Debía pensar con rapidez. Por fin, sabía quien era la persona que les estaba traicionando, ayudando a los prisioneros. Lo que debía hacer era sacarle información para saber quién más estaba implicado y luego escapar para dar la voz de alarma.

—Llevamos años gobernados por una persona que no está haciendo lo mejor para nuestro pueblo. El valle necesita a alguien que sepa aprovechar el conocimiento que nos dan los dioses y los espíritus —le explicó la sacerdotisa como si fuese un niño—. Con el poder que tenemos podemos conquistar a los demás pueblos.

—Ya lo entiendo —Kair captó enseguida los deseos de aquella mujer—. ¿Y esa eres tú?

—Por supuesto —la sacerdotisa sonrió ante las palabras de Kair—. Todo iría mejor si yo fuese nombrada Gran Sacerdotisa. Artaios lo único que conseguirá es dar el poder a una insensata que nos llevará a la destrucción y yo soy la única que puede impedirlo. El resto estáis hechizados por «La Elegida». Llevamos mucho tiempo sin necesitar a los de su estirpe, así que no entiendo por qué debemos aceptarla ahora y darle el poder para decidir sobre nuestras vidas.

Kair pensó que lo mejor era no enfadarla e intentar que cambiara de opinión sobre lo que estaba haciendo.

—¿Cómo puede ayudarte el tenerme aquí retenido? —quiso saber Kair.

—Lo verás cuando llegue el momento —la sacerdotisa miró a su alrededor temerosa de algo—. Estás en un lugar mágico —susurró—. Ella mora dentro de estas paredes. La he visto y me ha contado cosas que jamás podrías imaginar.

—¿De quién hablas? —Kair vio el miedo que transmitían sus ojos.

—De Laudine, por supuesto —continuó la sacerdotisa—. Ella ha manifestado el deseo de que sea yo quien gobierne el valle y debo acatar sus designios.

—¡Pero solo Artaios puede hablar con ella! —se escandalizó Kair.

—Eso es lo que os ha contado, pero es otro engaño como el resto de lo que os ha dicho. Otra prueba más de que debo ser nombrada Gran Sacerdotisa ¿Sino cómo iba a poder hablar con ella si no fuese yo de su agrado?

—¿Cómo consigues que se manifieste ante ti? —pregunto Kair.

—Un día cogí una botellita de elixir y entré aquí. Al principio no sabía lo que debía hacer, pero encontré el lugar que los Grandes Sacerdotes usan para sus encuentros. Tomé el elixir y apareció frente a mí. Después de ese día he estado viniendo para verla. También, he descubierto sitios ocultos como este. Es una cámara que se encuentra escondida tras la catarata que alimenta el lago. Cuando Artaios venga en tu busca, lo único que encontrará será su muerte. Entonces yo podré ocupar su lugar —la sacerdotisa volvió a sonreír—. Pero todavía no. Ahora debo dejarte. Sé bueno y no me causes problemas.

La sacerdotisa cogió un trozo de tela y lo amordazó con ella. Después lo dejó en la más absoluta soledad. Kair intentó forcejear con las cuerdas pero lo único que consiguió fue herirse las muñecas. Desesperado apoyó la cabeza contra la roca y cerró los ojos para poder pensar con mayor claridad.

Capítulo 32

~Confinados~

La mañana había llegado y seguía sin saberse nada de Kair. Todos los intentos por encontrarle habían sido inútiles.

Por la noche, Caroline había visitado a Artaios para saber cómo estaba la situación. La preocupación por la desaparición de Kair la consumía y se la veía triste. Este era otro revés que recibía en poco tiempo. Artaios le aseguró que todo se solucionaría y que pronto ella volvería a su hogar.

Caroline le relató la demostración de amor que vio entre Kair y Eline en su campamento. El Gran Sacerdote sonrió, pero al mismo tiempo, se sintió más desesperado ante aquella desaparición.

En cuanto amaneció, Artaios se fue a la choza común donde se reuniría con Bohort, Nessy, Oisin y los sacerdotes.

Artaios se puso rígido en el asiento, en cuanto los tres guerreros entraron. Esperaba alguna buena noticia, pero por sus caras pudo deducir que no sabían nada nuevo.

—Es como si se lo hubiese tragado la tierra —le dijo Bohort—. Hemos buscado por todo el valle y por los alrededores y no hay rastro de él.

—¿Cómo es posible? —dijo Artaios pensativo—. Algo se nos escapa. Estoy seguro que lo han capturado. Había sangre en la entrada. Han removido la tierra como si hubiesen intentado esconder el rastro.

En ese momento entró Sheila, seguida de las otras dos sacerdotisas. Artaios se giró y miró a las tres analizándolas. Una de ellas tenía la culpa de la desaparición del sacerdote. Cuando descubriera cuál de ellas era, recibiría el castigo que merecía.

—Bienvenidas —Artaios señaló las sillas para que tomaran asiento—. Seguimos sin tener noticias de Kair.

—A lo mejor deberías ir a hablar con Laudine —le propuso Vivianna—. Ella nos dirá lo que debemos hacer.

—Sí, me parece buena idea. Pero antes deberíamos esperar para asegurarnos de que no está por ahí perdido con alguna mujer —advirtió Elvia—. Ya sabéis cómo es Kair.

—No creo que sea así en esta ocasión. Yo estoy con Vivianna, deberíamos tener toda la información posible para descubrir dónde está —Sheila miró a Artaios para ver qué pensaba él.

—De momento, esperaremos un día más para asegurarnos antes de visitar la cueva. No debemos tomar a la ligera el poder de Laudine. Nunca sabemos las

consecuencias que nos puede traer —les informó Artaios.

—¿Cuál es el siguiente paso, entonces? —preguntó Bohort.

—Forma tres grupos y busca por las zonas que todavía no hayan sido inspeccionadas. Oisin y Nesy, junto con dos hombres más, iréis a interrogar a los prisioneros. Bran os ayudará.

—¿Y nosotras? ¿Cómo podemos ayudarte? —preguntó Sheila.

—Ve en busca de Eline y tráela —Artaios miró entonces a Vivianna y a Elvia—. Vosotras deberéis permanecer en el poblado por si necesito vuestro consejo. Si tenéis que internaros en el valle me gustaría que me informarais de ello.

Dos guerreros se unieron al grupo que se dirigía al campamento de los prisioneros. Cuando aparecieron por el sendero los prisioneros levantaron la mirada desconfiados mientras observaban al grupo que se acercaba.

Bruce dejó su escudilla en el suelo e hizo un gesto con la mirada a sus hombres para que estuviesen prevenidos.

Johan se acercó hasta el grupo para saber lo que querían. Cuando le informaron, señaló la cabaña más alejada y todo el grupo se dirigió hasta allí.

Hicieron pasar, uno a uno, a todos los prisioneros dentro de la choza. Allí fueron interrogados para averiguar lo que sabían.

Ninguno dijo demasiado, pero descubrieron lo suficiente para saber hasta qué punto estaban organizados alrededor de Bruce y sus dos compinches, Connor y Dave.

Decidieron que Johan vigilase a los tres, confinados en una choza, hasta saber lo que había ocurrido. Johan pidió que siempre hubiese dos guerreros en las puertas para vigilarles, a parte de los guerreros que siempre rondaban por los bosques.

Dentro en la choza, los prisioneros comenzaron a planear la manera de salir a tiempo de allí. Esto no cambiaba en exceso sus planes pero, aún así, debían deshacerse de los dos guerreros de fuera y de Johan. Bruce quería ser el que matara al encargado del campamento. Sería el primero.

No estuvieron solos mucho tiempo. En cuanto llegó la hora del almuerzo, otro de los prisioneros les llevó la comida, y el mensaje de la sacerdotisa. Bruce sonrió ante la buena noticia. Todo se ponía en marcha.

La sacerdotisa necesitaba quedarse sola para llevar las armas hasta el escondrijo donde había acordado con Bruce que las recogerían. Además, tenía que dar algo de agua a Kair. No quería que muriese antes de cumplir su cometido. Todo estaba saliendo tal como ella esperaba, quedaba poco para el final.

En cuanto se dirigió fuera del poblado, notó que la seguía un guerrero a distancia. Continuó caminando como si no supiese nada.

Cuando estuvo cerca de la cueva, se metió entre la vegetación y se agazapó tras una roca. El guerrero la siguió sin hacer apenas ruido. Al pasar a su lado, ella saltó sobre él y le cortó el cuello con la daga. No podía dejar que la descubriesen ahora. Tendría que esconder el cuerpo y esperar que no lo encontrasen hasta que hubiese acabado todo.

Eline estaba muy preocupada. No sabía qué hacer ni a donde ir. Cuando vio aparecer a Sheila sintió que por fin podría ayudar en algo.

—¿Saben algo de Kair? —preguntó angustiada.

—Nada de momento, pero siguen buscando —Sheila sintió pena al ver el estado en que se encontraba Eline—. ¿Te gustaría que buscásemos por algunos lugares que conozco?

—Por supuesto —Eline se animó.

—Primero, debemos ir a hablar con Artaios y luego si no nos ordena nada, saldremos en su busca —le dijo Sheila.

En cuanto, Artaios vio el aspecto que tenía Eline, decidió que lo mejor era que ocupara su tiempo en alguna cosa para no estar pensando en Kair. Lo único que las pidió Artaios es que estuviesen localizadas.

El valle estaba totalmente movilizado. Todos los habitantes se encontraban buscando al sacerdote, incluso los más jóvenes.

El día se acababa y seguían sin tener noticias de él. La desesperación estaba haciendo mella en todos pero sobre todo, en Artaios y Eline. Él porque lo quería como a un hijo y ella porque se había dado cuenta de cuánto lo amaba.

Cuando llegó la noche se volvieron a reunir todos en la choza común. Estaban cansados y el desánimo cundía por la sala donde las antorchas crepitaban rompiendo el silencio.

—¡Debemos hacer algo! —rugió Bohort—. No podemos permanecer parados esperando a que suceda lo peor.

—Está bien —le calmó Artaios—. Conozco la preocupación que tenéis y todos queremos solucionarlo. Mañana por la noche iré a ver a Laudine, mientras tanto hagamos el último esfuerzo para encontrarlo.

Todos decidieron que era lo mejor. Artaios dio la orden para que trajesen algo de cenar a la gran sala porque ninguno quería irse a su choza a descansar. Se quedarían allí toda la noche por si tenían que tomar alguna decisión.

Capítulo 33

~Malos augurios~

La noche había sido muy larga. Aquello estaba acabando con sus fuerzas. Estaban seguros de que Kair se encontraba dentro del valle porque era imposible que le hubiesen sacado al exterior sin que ellos lo supieran.

Por si acaso, habían buscado su rastro también fuera. Pero allí no había ningún indicio.

En la mente de Artaios una idea iba tomando forma y le provocaba una gran desazón. El único sitio donde no habían buscado era la cueva de Laudine. Era una idea remota pero no podía excluirla por muy descabellada que le pareciese.

Artaios volvió a observar otra vez a las tres sacerdotisas a las que tanto apreciaba y sobre las que nunca se habría imaginado que dudaría.

Estaba cansado de esperar y decidió que debía prepararse para ir esa misma noche y no dilatar más lo inevitable. Notaba una sensación extraña que le roía por dentro, pero era su deber y debía cumplirlo.

Sheila se dirigió de nuevo a por Eline para buscar por su cuenta a Kair. Había convencido a Oisin para que fuese con ellas. El Gran Sacerdote estuvo de acuerdo porque así podría tenerlas vigiladas y se quitaba un peso de encima.

Vivianna, Elvia y Bran se fueron cada uno por su lado, para hacer un último barrido por el valle.

Bohort se fue a las chozas de los guerreros para preparar a los grupos y ocuparse de un asunto que había ocurrido en el exterior. Al parecer esa noche, sus guerreros habían visto a dos soldados al otro lado del río donde había estado su campamento y debían averiguar si habían entrado dentro del perímetro de seguridad o habían seguido su camino.

En este momento, no era lo que más le preocupaba pero aún así, era su deber proteger el valle por encima de cualquier otro problema. No había recibido ningún informe sobre la vigilancia de las sacerdotisas. Por la noche vería a Nesy por si había alguna novedad.

En el campamento de los prisioneros se había instalado una calma tensa. Los prisioneros que se habían unido al grupo de Bruce permanecían alerta como si estuviesen esperando algo.

Johan se sentía cada vez más nervioso con aquella situación. Algo iba mal y no sabía el qué.

Un prisionero les llevó un plato de comida a Bruce, Connor y Dave. Pero no fue lo único. También les entregó un nuevo mensaje de la sacerdotisa.

Según decía este, todo estaba preparado. Había llegado el momento, esa misma noche debían escapar, coger las armas y matar a las personas que ella les había indicado.

Además, Bruce tenía otro cometido, debía reunirse con ella en la cueva junto con Connor y Dave para acabar con Artaios y Kair.

Mientras tanto, los otros prisioneros debían sembrar el caos para entretener a los guerreros y tener vía libre.

Bruce se puso eufórico con la noticia. Por fin podrían regresar a casa. Le dio ciertas órdenes al prisionero para que las transmitiese al resto.

En cuanto el prisionero salió, comenzaron a ultimar el plan para esa noche. Debían acabar con los dos guerreros que estaban en la puerta y luego se harían cargo de Johan y los prisioneros que permanecían leales a él.

El cielo se estaba encapotando. No se oían ruidos procedentes de los animales del bosque y los que estaban en los establos estaban muy nerviosos. Los niños no jugaban fuera, y tanto los hombres como las mujeres parecían alterados como si supiesen que algo malo iba a suceder.

Al atardecer, una tormenta se desencadenó en el valle. No caía prácticamente agua, pero el cielo se iluminaba y retumbaba como si se fuese a partir. Artaios estaba preparado para ir a la cueva.

Después de haber hablado con Bohort, este se dirigió por el sendero principal hacia el interior del valle. Seguía teniendo la sensación de que algo no iba bien, pero ahora no podía hacer otra cosa, debía entrar allí y preguntar a Laudine qué estaba pasando. Intuía que la respuesta no le iba a gustar y debía estar preparado para ello.

Sheila se encontraba cerca del sendero junto con Oisín y Eline cuando vieron pasar a lo lejos al Gran Sacerdote. Estaban empapados pero no querían volver sin hacer todo lo posible por encontrar a Kair.

—¿Dónde va Artaios? —Eline parecía preocupada.

—No debería decírtelo, aunque creo que en esta situación da igual —Sheila suspiro—. Va a la cueva sagrada para hablar con Laudine. Quiere pedir su ayuda.

—¡No! —grito Eline.

—Chiss —Sheila le tapó la boca—. ¿Qué te ocurre? ¿Por qué dices que no?

—No lo sé —Eline miraba confusa hacia el sendero—. Pero tengo la sensación de que no debe entrar allí solo. ¡Tenemos que seguirlo!

—No podemos hacer eso —le contradijo Oisín—. No nos está permitido entrar allí. Además me temo que si nos descubre, cosa muy probable, no le va a gustar que andemos espíandolo. Y cuando el Gran Sacerdote se enoja, es mejor no estar cerca.

—¡Pero es que creo que algo malo va a pasar! —se quejó Eline.

—Está bien. No sé por qué, pero pienso que debemos hacerla caso —admitió Sheila—. Eline es especial y tiene dones que desconocemos —le dijo a Oisín—. Si tiene la impresión de que algo malo va a ocurrir, tenemos que hacerla caso.

—Está bien —se resignó Oisín—. Si es por el bien del valle lo haremos.

Los tres siguieron al Gran Sacerdote, pero manteniendo la suficiente distancia para que no los viese. Cuando Artaios entró, al fin en la cueva, ellos tres se quedaron escondidos cerca pero sin subir la rampa. La tormenta había cesado y el cielo se estaba despejando.

Capítulo 34

~La trampa~

En cuanto Artaios entró en el frescor de la gruta, se convenció de que algo iba mal. La corriente de aire traía un sonido extraño, algo que nunca antes había oído. Caminó con el temor de lo que se iba a encontrar, pero al entrar en la gran caverna, no vio nada fuera de lo normal y tuvo que dejar a un lado su malestar. Se dirigió, como siempre, hacia el lugar donde debía colocarse.

Después de tomar el elixir sagrado, cerró los ojos y esperó a que ella surgiera del agua. Al momento, notó la electricidad a su alrededor y miró hacia el frente. Allí estaba, dirigiéndose hacia él, lentamente. Tenía un rostro intemporal, bello pero frío como el hielo. Su voz sonó grave:

—Estás pasando por momentos difíciles, Artaios. Sabes que él te está esperando para que le ayudes. Has venido a mí para preguntarme, pero tú ya sabes la respuesta. La solución está en tus manos. No debe temblarte el pulso cuando tengas que impartir justicia.

Mientras, al otro lado de la cueva, Kair vio aparecer a la sacerdotisa. Esta llegó a él y le quitó la mordaza. Le ofreció agua que él bebió con ansia.

—Debes recapacitar —le dijo en cuanto acabó—. No creo que quieras hacer daño a nuestra gente.

El sacerdote estaba un poco mareado. Hacía un día y medio que no ingería ningún alimento y el golpe en la cabeza le seguía provocando náuseas. La sacerdotisa lo miró con desprecio.

—¡Tú no sabes nada! —le contestó ella apretando los dientes—. Llevo mucho tiempo deseando esto y no voy a echarme atrás. Tú solo debes hacer tu papel y pronto acabará todo. Es lo mejor que puede ocurrir.

Kair la miró disgustado por la traición que estaba cometiendo hacia su gente. Ella, que debía lealtad a su pueblo, en quien confiaban para sentirse protegidos y ahora estaba mintiéndoles para conseguir el poder. Tal vez, la sacerdotisa pensaba que estaba haciendo lo correcto, pero Kair creía que la movían otros intereses, diferentes a los que ella decía.

Mientras permanecían escondidos esperando a que Artaios regresase, Sheila, Oisín y Eline vieron acercarse a tres personas. Solo la luz de la luna iluminaba el sendero y no pudieron ver quiénes eran hasta que comenzaron a subir la rampa. De pronto, la luz de la antorcha en la pared les iluminó el rostro y consiguieron reconocer a los tres prisioneros, Bruce, Connor y Dave.

—¿Qué hacen aquí? —susurró Oisín—. ¿Cómo han podido escapar? Algo va mal

en el poblado. Debemos volver.

—No —le sujetó Sheila—. Primero, tenemos que ayudar a Artaios. No podemos dejarle solo sabiendo que esos tres se dirigen a la cueva.

En ese momento los tres prisioneros entraban en el lugar más sagrado para la gente del valle.

Artaios se encontraba frente a Laudine, desconocedor de lo que ocurría fuera.

—No estoy seguro de saber dónde está —Artaios continuaba intentando que Laudine le dijese algo más.

—En realidad si lo sabes. Solo tienes que escuchar y confiar en ti —Laudine se fue retirando hacia el interior del lago—. Ve y búscalo. Te necesita.

Artaios observó cómo su figura se desvanecía. Entonces le llegó un ruido del fondo de la gruta. Era como si alguien le llamase. Se levantó medio mareado por el efecto del elixir y se dirigió hacia la catarata que nacía de la roca.

Oisin, Sheila y Eline decidieron entrar para proteger al Gran Sacerdote. Cuando salieron del lugar donde estaban escondidos algo llamó la atención de Eline. Se metió entre unos matorrales y apartó unas ramas que parecían tapar algo. Al quitarlas descubrió el cuerpo de un guerrero ensangrentado.

Según se iba aproximando Artaios, creyó oír a Kair hablando con alguien. Sus peores temores se estaban cumpliendo. Cuando entró en el hueco entre la catarata y la pared miró con horror la escena. Kair estaba maniatado y delante de él, la persona que menos habría deseado ver. Ella se giró en cuanto notó su presencia.

—Te estaba esperando —Artaios sintió un escalofrío cuando la oyó hablar.

—Elvia... —La palabra salió de la boca del Gran Sacerdote como si le faltase el aire.

—¡Por todos los dioses! —Eline parecía desencajada.

—¿Qué pasa? —Sheila y Oisin se acercaron al lugar donde Eline miraba fijamente.

—Está muerto —dijo Oisin cuando comprobó el pulso—. Era el encargado de seguir a Elvia.

Oisin miró fijamente a Sheila comprendiendo las implicaciones que tenían sus palabras.

En la cara de ambas se reflejaron la confusión y la pena que sentían.

Capítulo 35

~Fuego~

El valle era un auténtico caos. Había fuego por todas partes. La gente intentaba apagar las llamas mientras vigilaba su espalda por si algún prisionero intentaba matarlos.

Bohort gritaba órdenes a sus hombres para que encontrasen a los fugitivos y detuvieran o mataran a cualquiera de ellos.

Los prisioneros habían conseguido armas y habían herido o asesinado a todos los que se habían cruzado en su camino.

Cuando los guerreros del valle llegaron al campamento de los prisioneros, encontraron muertos a todos los hombres que los custodiaban y a Johan malherido en mitad del campamento. Las cuatro chozas estaban ardiendo y los prisioneros que no se habían unido a ellos estaban inconscientes en el suelo.

Susie llegó corriendo al campamento en cuanto se enteró. Ayudó a llevar a Johan al poblado y se quedó cuidando de él en la choza común, donde estaban llevando a todos los heridos.

A los muertos los estaban colocando en el exterior tapados con una tela.

Ahora, lo más importante era intentar capturar a los prisioneros que estaban creando el terror dentro del valle.

Caroline estaba ayudando a llevar a los heridos y a extinguir el fuego que quemaba las chozas.

Bran estaba al mando mientras Artaios se encontraba fuera. No sabía dónde estaban ninguna de las tres sacerdotisas. En este momento de necesidad, se encontraba solo.

Bohort fue hacia él en mitad de los gritos y las carreras de los niños que intentaban huir de aquel infierno. La mayoría buscaban a sus padres, pero aquello era un auténtico caos y solo conseguían crear más desconcierto.

—¿Has localizado a alguna de las sacerdotisas? —Bohort intentaba apagar los pantalones a manotazos, mientras hablaba.

—No, han desaparecido —se lamentó Bran—. Oisin, Nesy y Eline también han desaparecido ¿Cómo vais vosotros?

—Hemos conseguido acabar con alguno de ellos pero todavía nos faltan unos cuantos que siguen luchando contra nuestros hombres.

—Debemos intentar mantener la calma —ordenó Bran—. Primero acabemos con los prisioneros fugados y luego buscaremos a los nuestros.

Bohort volvió a desaparecer entre el fuego mientras que Bran entraba en la gran

choza. Dentro, los heridos estaban siendo atendidos por unas pocas personas. El sacerdote era el que más podía hacer y se puso manos a la obra.

Uno de los que estaba más grave era Johan. Tenía un gran corte en la pierna y en el costado, y estaba perdiendo gran cantidad de sangre. Bran se puso a coser las heridas, después de limpiarlas.

A su lado Susie, lloraba desconsoladamente sujetándole la cabeza sobre sus piernas y limpiando la sangre que tenía por la cara y el cuerpo con una tela húmeda. Una pequeña lloriqueaba mientras su madre le ponía paños fríos para intentar calmar las quemaduras de su piel. Susie se sobrecogió al ver tanto dolor.

Cuando Bohort llegó a donde se encontraban algunos de sus hombres, los encontró luchando con varios prisioneros. Los guerreros intentaban arrinconarlos para que no pudiesen huir.

Bohort se dio cuenta de que había tres prisioneros a los que no había visto por ningún sitio: Bruce, Connor y Dave. Precisamente los tres que más problemas habían causado.

Se lanzó a ayudar a sus hombres. Uno de los prisioneros le intentó golpear con la espada en el pecho pero el jefe de los guerreros se zafó del golpe lanzándose hacia un lado.

Los prisioneros luchaban con la desesperación del que sabe que solo le queda una opción, escapar. Si los capturaban, estaban muertos.

Bohort arremetió contra uno de ellos, de un fuerte golpe con su espada le partió la mandíbula. Otro de los prisioneros cayó a los pies de uno de sus hombres. Quedaban solo seis de ellos luchando por su vida. Intentó pensar dónde podía estar el resto. Según sus cálculos, eran doce los prisioneros que se habían sublevado. Tres habían muerto y otros tres se encontraban desaparecidos.

El jefe de los guerreros se lamentaba de no tener dentro del valle a más guerreros. La vigilancia del exterior requería muchos hombres y Bohort no escatimaba nunca en cubrir todos los puestos en cada uno de los turnos y menos después de haber vuelto a ver soldados cerca del valle.

En ese momento no podía prescindir de nadie para que avisara a los de fuera. Lo tendría que solucionar él mismo. Redobló sus esfuerzos para terminar con aquello.

Capítulo 36

~Intrusos~

Artaios estaba intentando razonar con la sacerdotisa para que recapacitase, pero se dio cuenta de que no iba a hacerla cambiar de idea y le dolió tremendamente tener que perder a alguien que quería. Pensó con rapidez para evitar que cometiese un crimen.

Ella mantenía su cuchillo en el cuello de Kair. Este miraba a Artaios negando con la cabeza para que no accediera a las exigencias de la sacerdotisa. Artaios seguía hablando con ella para ganar tiempo pero se temía que iba a actuar en cualquier momento.

—¿Pero por qué? —La preguntaba Artaios—. Tienes todo lo que deseas. Eres una sacerdotisa del valle. Te debes a tu pueblo.

—Eso es lo que tú nos dices, pero es otra mentira como todas las que nos has contado —le gritó Elvia.

—Podemos hablarlo con calma, pero para eso deja que Kair salga de aquí. Él no tiene culpa de nada. Cógeme a mí en su lugar.

—No, es demasiado tarde —sonrió con sarcasmo Elvia—. Prendedle.

Artaios se sorprendió cuando le agarraron por los brazos. Estaba tan concentrado en la escena que tenía delante que no había prestado atención a lo que tenía alrededor. En cuanto vio a los tres prisioneros armados comprendió hasta donde llegaba la traición de Elvia.

Mientras dos de ellos le sujetaban, Bruce puso un cuchillo en su cuello. Todo estaba perdido, pensó con pena. Los dos morirían en aquel lugar. Ella sería nombrada Gran Sacerdotisa y lograría matar a Eline como venganza.

—Adelante, colócalo al lado de su amado hijo —dijo la sacerdotisa sonriendo con indiferencia. Así podrán consolarse el uno al otro mientras mueren.

Kair miró a Artaios a los ojos. La sacerdotisa había dicho en voz alta lo que ellos jamás se habían atrevido a decir. Artaios le sonrió y esperó con dignidad que ella diera la orden y el cuchillo sesgase sus cuellos.

El Gran Sacerdote vio con horror que Elvia se disponía a matar primero a Kair y cerró los ojos para no verlo.

Un ruido le hizo volver a prestar atención. Tres personas irrumpían en el lugar captando la atención de todos.

La sacerdotisa estaba a punto de rajar el cuello a Kair pero dejó de presionar desconcertada por la intromisión. Una gota de sangre comenzó a gotear de la herida.

—¡Elvia, no! —gritó Sheila.

Bruce retiró el cuchillo del cuello de Artaios y se dirigió corriendo hacia la entrada para matarles. Antes le dio un puñetazo en el estomago al Gran Sacerdote lo que hizo que se doblase de dolor.

Connor se dio cuenta de que su compañero iba a necesitar ayuda y fue rápidamente a su lado.

Cuando la sacerdotisa observó que el grupo iba armado con espadas y que se disponían a luchar, dejó a Kair, y corrió al auxilio de sus compinches.

En el barullo de la lucha, Artaios se recuperó y sacó el cuchillo que llevaba oculto en la manga. Se lo clavó al prisionero que tenía a su lado en el estómago. El bullicio tapó el grito de dolor que soltó el soldado al notar la hoja dentro de su cuerpo. Después cayó al suelo inerte.

Artaios no perdió el tiempo y desató a Kair. El joven sacerdote intentó ponerse en pie con la ayuda de su maestro pero las piernas no le sostenían.

El Gran Sacerdote lo depositó de nuevo en el suelo e intentó ayudar a los suyos. Una lucha encarnizada se estaba produciendo allí y eso hacía que el grupo de Oisin se encontrase en aprietos.

Oisin consiguió acabar con Connor, el otro prisionero, lo que dejó a Bruce y a Elvia en desventaja.

Viendo que no le quedaban alternativas, Bruce agarró a Eline, apoyando la espada sobre el estómago y fue andando hacia la salida. Se quedó allí quieto para ver lo que hacía Elvia.

Ella miró con odio al grupo que estaba destrozando su gran plan y bajó los brazos dándose por vencida.

—¿Quiero saber por qué? —le pregunto Artaios con pena.

—Yo debí ocupar tu sitio cuando Isea murió —la sacerdotisa mantenía la calma pero Artaios notó un leve temblor en su voz—. Por tu culpa y por la de Cathbad, mi amiga y compañera murió. Antepusisteis un extraño a vuestra propia gente y todo por una estúpida leyenda sobre una estirpe de Elegidos de los que habíamos prescindido muchos años y sin los que podíamos haber seguido viviendo. Y ahora, estás haciendo lo mismo con su hija y no lo voy a permitir.

—El odio te ha nublado el juicio y no te deja pensar con claridad —le dijo Artaios—. Eres la deshonra de nuestro pueblo y por ello serás castigada.

—No si lo puedo evitar —le contestó.

En un movimiento inesperado, Elvia se lanzó contra Artaios alzando el cuchillo que tenía en la mano para clavárselo en el corazón. Nadie pudo pararla y el cuchillo se hundió, aunque no donde ella esperaba. Artaios consiguió desviarlo y el cuchillo se clavó por debajo de las costillas.

Entonces, sin dudarle y con un sentimiento de pena, Artaios le clavó el cuchillo en el estómago. Ella fue resbalando hacia el suelo mientras miraba con desprecio a su verdugo.

Mientras la conmoción en la sala iba en aumento, Sheila fue deslizándose hacia

donde estaban Bruce y Eline. En el momento en que Artaios acababa con Elvia, ella clavó su espada en el costado de Bruce. Este intentó acabar con Eline clavándole su propia espada en el estómago pero Sheila agarró su brazo y retorció su espada dentro del cuerpo del prisionero. Sheila sacó su hoja dejando a Bruce en el suelo.

La tensión dejó paso al silencio. Eline corrió hacia Kair y le besó con delicadeza. Se sentó junto a él y le puso sobre su regazo.

—Artaios, creo que debemos volver —le instó Oisin—. Estos prisioneros iban armados y han escapado de su campamento. No sabemos qué ha podido pasar y quizá necesiten nuestra ayuda.

—Kair no puede moverse —advirtió Eline.

—Ya estoy mejor. Solo necesito un poco de ayuda.

—Necesitamos volver rápidamente —manifestó Artaios.

—Yo me quedaré con él y le ayudaré a volver —se ofreció Eline—. Llegaremos en cuanto podamos.

—No os preocupéis —dijo Oisin—. De todas maneras así no seríais de gran ayuda.

Dejaron a Kair y Eline que fuesen a su paso y todo el grupo corrió hacia el poblado. Según se acercaban por el sendero vieron cómo un resplandor iluminaba la noche.

—¡Por todos los dioses! —exclamó Artaios—. Hay fuego en el valle.

Todos animaron el paso. Según iban recorriendo el poblado, veían a la gente correr de un lado a otro. Algunos intentaban apagar el fuego y otros llevaban heridos hacia la choza común.

Unos guerreros pasaron cerca de ellos corriendo y buscando entre la gente. Artaios los paró.

—¿Qué ha ocurrido? ¿Dónde está Bran?

—Está en la choza común. Los prisioneros consiguieron armas y empezaron a matar a todo el mundo. Prendieron fuego a las chozas. Hay bastantes muertos y heridos. Está junto a Bohort intentando controlar la situación. Todos los prisioneros que han intentado fugarse están muertos menos tres que no conseguimos localizar.

—Si buscáis a Bruce, a Connor y a Dave están también muertos —les informó Artaios—. De sus cuerpos ya me ocuparé más tarde. Adelantaros y decir que vamos hacia allá y que todo ha acabado. Diles también que hemos encontrado a Kair y que está vivo.

Cuando llegaron a la choza común no se pararon a dar o recibir explicaciones. En aquel momento lo primero que había que hacer era intentar salvar a los heridos que estaban más graves.

Kair y Eline regresaban por la senda hacia el poblado. Él caminaba despacio apoyado sobre ella. De seguir así tardarían una eternidad pero no podían hacer otra cosa. Un ruido justo detrás de ellos les hizo parar en seco. Eline sintió un escalofrío y una sensación de peligro. No le vieron llegar. Bruce saltó sobre ellos con la daga de

Elvia en su mano directamente al corazón de Kair.

Eline tiró al sacerdote hacia un lado y utilizó sus propias manos para frenar el ataque y dar un puñetazo con todas sus fuerzas en el costado, donde el prisionero tenía la herida que sangraba en abundancia.

Bruce cayó al suelo retorciéndose de dolor. Eline cogió su espada mientras el soldado se preparaba para un nuevo ataque. Eline no sabía que hacer. Kair miraba desesperado e impotente la escena. Bruce se abalanzó sobre ella dispuesto a matarla pero Eline, recordando lo que Sheila le había enseñado, se arrodilló y atravesó a Bruce con su espada. Se quedó paralizada con el arma clavada en el soldado como si sus músculos no le respondiesen después de haber descargado un torrente de adrenalina. Con un gran esfuerzo salió de debajo de este y fue hacia donde estaba el sacerdote.

Levantó a Kair y se dirigió lo más rápido que pudo al poblado.

Cuando entraron en la choza común, Eline se sintió horrorizada por lo que estaba viendo. La gente lloraba al ver a sus seres queridos sufriendo por sus heridas.

Eline se colocó junto a Kair y pidió ayuda para curarle. Después de un rato, le habían lavado la herida de la cabeza y había tomado algo de comida.

Al amanecer todos los heridos habían sido tratados, incluido el Gran Sacerdote, cuya herida parecía revestir poca gravedad.

El día fue igual de largo que la noche pero al final de la jornada todo estaba preparado para acompañar a los muertos en su viaje. Esa noche todos serían recibidos en el mundo de los espíritus, incluidos los prisioneros que habían producido aquella masacre.

Capítulo 37

~Despedida~

Las estrellas iluminaban el firmamento. Una gran hoguera ardía dentro del círculo hecho por todas las personas que habían sobrevivido.

Solo quedaban tres sacerdotes junto a Artaios, tras la muerte de Elvia y Vivianna. Sus cuerpos se encontraban dentro de la gran pira.

A Vivianna la encontraron muerta detrás de su choza y junto a ella a Nessy que era la encargada de su vigilancia. Habían sido unas de las primeras en enfrentarse a los prisioneros que venían armados. Lucharon con todas sus fuerzas pero no pudieron resistir el ataque. Los prisioneros se ensañaron con ellas.

Cuando la llevaron a la puerta de la choza común y la depositaron junto al resto de los cuerpos, Sheila sintió que se le encogía el corazón. Se tumbó sobre ella y lloró su muerte.

Eline miraba fijamente las llamas que se reflejaban en su hermoso vestido azul. Cuando Kair la vio salir vestida así, al lado de Sheila, se quedó abrumado. Estaba tan bella como una diosa. Deseaba ser su pareja y disfrutar cada momento que les diese la vida para estar juntos.

Sheila entonó un himno de lamento para ayudar a los muertos a llegar a su destino y limpiar de pena los corazones de quienes se quedaban.

Tras la ceremonia, todos se fueron a sus chozas para continuar sus vidas. El bosque se quedó solo y en silencio. Una leve llovizna comenzó a caer, como si los dioses llorasen aquellas muertes. El agua mojaba las ascuas de la gran pira, apagándola lentamente y mezclándola con la madre tierra.

Artaios pidió a Bohort y a Oisín que se reunieran con ellos en la choza común. Dentro ya estaba Eline junto a Caroline, Susie, Johan y los dos sacerdotes.

Caroline se sentó al lado de Artaios. Iba vestida con gran elegancia y su porte era muy diferente a lo que había demostrado en el campamento. Una vez que todos estuvieron sentados, Artaios comenzó a hablar.

—Ahora que todo ha pasado me gustaría compartir una cena con vosotros para que podamos hablar de cosas que algunos desconocéis. He pedido a Susie que se sienta con nosotros por petición de Johan —Artaios la sonrió—. Ahora ella también formará parte de nuestro pueblo.

Eline se alegró sinceramente por ella. Era una buena compañera y estaba segura de que serían felices juntos. Aún así, estaba un poco confundida de ver a sus compañeros allí.

—Sé que te estás preguntando —le dijo Artaios a Eline— cómo es posible que

Caroline y Johan estén aquí ahora. Pero no he podido aclarártelo hasta este momento en que el peligro ha pasado. Hace doce años, les pedí personalmente que cumplieren una labor para ayudarnos a conseguir nuestro propósito. Debían abandonar su vida en el poblado e ir como prisioneros a los campamentos, donde serían los encargados de guiar al Elegido cuando regresase. Por fin, pueden volver a sus vidas de antes y serán recompensados por todos estos años de sacrificio.

Eline y Susie se asombraron al oír aquello. Ahora, entendía Eline algunas situaciones que la habían sorprendido de la actitud de Caroline, teniendo en cuenta que era una prisionera.

—Quiero comunicaros también —Artaios continuó— que Eline ha decidido quedarse en el valle y ocupar su sitio como La Elegida, para guiarnos con su sabiduría, que estoy seguro saldrá a la luz poco a poco con la ayuda de Laudine. Ella ya la ha visitado y ha sido bendecida por la Dama. Siento que esto haya acabado con la muerte de dos de nuestras sacerdotisas. Ahora empieza una nueva era para nosotros y estoy seguro que será un tiempo de esperanza y alegría.

Una vez terminada la cena, Kair se retiró a su choza y Eline pidió acompañarlo. Nadie se opuso a que ella cuidase del sacerdote. Kair todavía caminaba despacio debido a que estaba un poco débil y a veces tenía mareos.

Entraron en la choza y Eline encendió el fuego del hogar. Ayudó a Kair a quitarse la túnica y le sujetó mientras se tumbaba.

—Me asusté pensando que no volvería a verte más —Eline acariciaba a Kair.

—Yo también lo pensé y eso hizo que me diera cuenta de que no puedo vivir sin ti —Kair miraba con adoración a Eline—. Aunque Artaios me advirtió de que algo malo me iba a suceder nunca creí que fuese a estar tan cerca de la muerte.

Kair sujetó por la nuca a Eline y la acercó para besarla. Fue un beso dulce y lleno de amor. Eline se retiró suavemente y le tumbó.

Dejó que él se durmiera y ella se quedó sentada a su lado vigilando toda la noche.

Capítulo 38

~La celebración~

La semana siguiente transcurrió entre arreglos y preparativos para la fiesta del verano.

Eline se encontraba algo nerviosa ya que Kair le había pedido unirse a ella. Eline quería aceptar pero no sabían si iban a poder hacerlo ya que los sacerdotes lo tenían prohibido. Se sentían un poco frustrados porque después de saber lo que sentían el uno por el otro no querían estar separados.

Artaios era conocedor de la decisión que habían tomado y estaba indeciso sobre cómo actuar. No sabía cómo afectaría esto al valle. Esperaba que los dioses estuviesen de acuerdo con ello porque no veía otra solución.

La noche siguiente era la de la fiesta y la gente del poblado iba arrinconando el dolor por la tragedia que habían sufrido. Ya se podían apreciar los aromas de las comidas que se estaban preparando y los niños volvían a jugar entre las chozas.

Las mujeres comenzaban a preparar las guirnaldas de flores con las que se adornarían la cabeza. Además de crear otras para embellecer el claro donde se celebraría la fiesta. También confeccionaban trajes de vistosos colores con los que bailarían durante toda la noche.

Esta celebración se consideraba la fiesta del amor, se celebraba un rito de unión para las nuevas parejas y las que ya estaban unidas buscaban lugares especiales en el bosque, pues creían que era la noche ideal para concebir hijos.

El día amaneció caluroso y despejado. Todo el poblado estaba preparado. Por la senda principal que recorría el valle, la gente iba engalanada hacia el claro donde se encendían grandes hogueras y se celebraba la gran fiesta.

Era una de las noches más bellas del año. Todo el valle se iluminaba con pequeños fuegos colocados por el sendero. Largas guirnaldas de flores adornaban chozas y árboles. Las mujeres iban con sus coronas de flores blancas y sus coloridos vestidos. Todo el mundo cantaba y bailaba cerca de los fuegos. La comida y la bebida estaba repartida en bancos altos, llevados allí para la ocasión.

El Gran Sacerdote llegó a la pradera, junto a Eline, Bran, Kair y Sheila. Todos, excepto Eline, participarían en el ritual para la unión de las parejas. Eline estaba un poco triste aunque no lo quería exteriorizar. Hubiese deseado unirse a Kair pero entendía que no fuese posible.

Artaios pidió a las personas que quisiesen formalizar su unión que se cogieran de las manos por parejas alrededor de un árbol de los que había cerca de la pradera.

Sheila miraba desde su posición a Oisín y sonreía feliz. Artaios hizo una señal, y

ella ofreció una bebida mezclada con cierta cantidad de elixir, que haría que las parejas se sintiesen mejor en aquella noche mágica.

Después, debían tallar una figura en la corteza del árbol como señal de su amor. Para las parejas era un momento especial pues el dibujo simbolizaba algo que los unía o los representaba.

Cuando terminó el ritual, Artaios tomó la palabra.

—Esta noche es muy importante para muchos de vosotros ya que habéis encontrado a la persona que os acompañará y amará el resto de vuestra vida. Juntos disfrutaréis de los regalos que la naturaleza os traerá —Artaios miró a Kair—. Sé que algunos hubiesen deseado celebrar esta ceremonia junto a la persona que quieren pero por su condición les es imposible hacerlo.

Eline miró con tristeza a Kair, dándose cuenta de que se refería a ellos.

—Quiero compartir con todos vosotros —continuó Artaios—, la decisión que he tomado de cambiar la norma por la que no se puede unir un sacerdote con la persona a la que ama. Creo que sería un buen cambio para el valle y para nuestro pueblo. Si alguien tiene alguna razón para oponerse que lo diga.

El silencio se hizo en la pradera y nadie se movió. Kair aguantó la respiración mientras esperaba a que alguien opinase en contra, pero ninguna persona habló. Tras un momento de tensión en el que nadie hacía nada, un murmullo comenzó a levantarse entre la gente. Bohort comenzó a jalear mientras palmeaba y todos los demás lo siguieron en la algarabía. La gente comenzó a reírse a carcajadas y la música comenzó a sonar de nuevo.

Kair no se lo podía creer. Era la noticia más maravillosa que había recibido. Dejó su posición y se dirigió a Eline para cogerla de la mano. Todo volvió a quedarse en silencio. Sheila miró a Oisin y este hizo un gesto afirmando con la cabeza. Ella fue hacia él y le tomó también de la mano. Bohort sonreía feliz al ver al guerrero unirse a la sacerdotisa.

Cada pareja se dirigió hacia un árbol y lo abrazaron como las parejas anteriores.

Artaios estaba satisfecho con la ceremonia. Él lo había sufrido en su momento con Caroline y no quería que ellos pasasen por lo mismo. Tenían el mismo derecho que los demás a tener una vida normal. Aún así, tendrían sus obligaciones pero estaba seguro que podrían compaginarlo.

A pesar de los nervios, Eline estaba radiante. En esta ceremonia se unirían, el próximo Gran Sacerdote y La Elegida. Algo único que nunca había ocurrido antes y que era la señal de un cambio en el valle.

Sheila también estaba radiante. Llevaba la melena rubia suelta y una corona de flores azul a juego con sus ojos. Su vestido era blanco adornado en la cintura con el cinturón de cuero entrelazado. Oisin le sonrió mientras sujetaba sus manos alrededor del árbol.

Bran les sirvió la bebida en una copa de oro y las dos parejas bebieron el contenido.

Oisin dibujó con la ayuda de Sheila una espada apoyada en un árbol, como representación de la unión de un guerrero y una sacerdotisa. Kair talló en su tronco una mariposa saliendo de su crisálida, representando el cambio que había experimentado Eline.

Ya entrada la noche y después de comer, beber y bailar, las dos parejas se despidieron y se internaron en el bosque.

Kair sorprendió a Eline con un pequeño campamento que había preparado con un lecho de pieles y una hoguera que prendió con su antorcha.

Kair tumbó a Eline sobre las pieles y la besó lentamente, sin prisa como si todo el tiempo del mundo fuese suyo. Eline dejó a un lado su temor y le quitó la túnica para poder acariciar su cuerpo. Él subió lentamente su vestido y contempló deleitándose el cuerpo de ella. Era lo más bello que había visto nunca. Volvieron a besarse y allí, en la soledad del bosque se amaron sin reservas, como un solo ser.

Capítulo 39

~Premonición~

Estaba amaneciendo y la fiesta llegaba a su fin. Los pocos que quedaban en la pradera se fueron a dormir, menos Artaios y Caroline que estaban sentados en unos tocones apoyados contra un tronco.

—¿Eres feliz? —preguntó Caroline a Artaios.

—Ahora que Eline está en el valle y Kair se ha unido a ella, sí. Pero sería más feliz si me hubiese unido a ti.

—Después de tanto tiempo, no lo necesitamos —le sonrió Caroline—. Somos felices como estamos. No necesitamos ninguna ceremonia para saber lo que sentimos el uno por el otro. Yo siempre te he amado y sé que tú también a mí. Ya no voy a poder tener más niños y tampoco necesito compartir de continuo tu choza. Él es feliz ahora y es lo que me importa. Ella le dará descendencia y entonces podré ocuparme de mis nietos, ya que no pude ocuparme de mi hijo.

—Aún así, me hubiese gustado mostrarles a todos cuanto te amo —Artaios sonrió con dulzura a Caroline.

—Creo que no hace falta —rio a carcajadas Caroline—. Todo el mundo en el valle sabe nuestra relación y la aceptan sin reservas.

Caroline se arrimó al Gran Sacerdote y lo besó con cariño. Artaios la ayudó a levantarse y caminaron abrazados hasta su choza.

Antes, Artaios quiso hablar a solas con Bran. Entró en su choza y le dio algo que guardaba en un paño. Bran miró profundamente al Gran Sacerdote intentando comprender aquel gesto.

—Entrégaselo a Kair por la mañana —le ordenó Artaios después de haberle explicado el por qué de aquello.

Bran lo dejó sobre la mesa y se despidió de Artaios. Cuando este salió, Bran se tumbó pero no pudo dormir.

Caroline y Artaios pasaron esa noche juntos hablando de todo lo que había ocurrido y de lo que vendría.

Kair se despertó antes que Eline. Se levantó dejándola tapada con las pieles para que no tuviese frío. Tenía sed y no le quedaba nada para beber. Se dirigió a un riachuelo que había cerca con una de las copas en la mano. Cuando se agachó vio reflejada en el agua a una persona detrás de él. Se giró asustado para saber quién era, pero al volverse no vio a nadie.

Extrañado miró de nuevo al agua para asegurarse de que no era una alucinación y allí estaba otra vez el reflejo. Fijó la mirada y se sobrecogió al ver que era un niño de

unos cinco años. La criatura lo miraba con unos ojos iguales a los de Eline. El sacerdote pensó que podría ser el hijo de ambos y que estaba teniendo una visión.

De pronto, el niño abrió las manos y le mostró algo que comenzó a flotar. Era una esfera que giraba sobre sus manos sin que él la tocara. Tenía varias tonalidades pero las que más destacaban era el azul y el marrón. De pronto, la piedra estalló y cayó hecha añicos. El niño comenzó a llorar. Las lágrimas cayeron sobre sus palmas y de ellas comenzó a formarse una nueva esfera que comenzó a girar de nuevo pero esta vez los tonos que más destacaban eran el azul y el verde.

El niño tendió las manos y Kair intentó coger la esfera pero cuando sus manos tocaron el agua, la imagen se disipó. Esperó a ver si el agua se calmaba y volvía a verle otra vez, pero la imagen no regresó.

Kair se incorporó pensativo. No comprendía lo que aquel niño le había intentado decir pero tenía claro que había tenido una visión y que era algo que ocurriría en el futuro.

Debía meditar sobre ello y contárselo a Artaios. Cuando Eline y él regresaron al poblado, fueron a la choza del Gran Sacerdote para hablar con él. El cielo estaba gris y el ambiente fresco.

Cuando levantó la cortina, el corazón se le paró. Caroline estaba junto a su maestro y sujetaba su mano inerte. Artaios había muerto. Kair fue hacia ella y la abrazó con cariño. Ella lloró amargamente sobre su hombro.

Eline se aproximó y besó suavemente la frente del Gran Sacerdote. Se arrodilló y se quedó allí abrazándole en silencio. Del cielo comenzó a caer una fina lluvia.

Alrededor de la choza, una melodía comenzó a sonar. La gente del valle encabezados por Bran habían empezado a entonar una triste canción. Uno a uno, todos los habitantes se reunieron alrededor de su morada. Las lágrimas en sus rostros se mezclaban con la lluvia que les caía.

Kair se lamentó al pensar que no solo perdía a un guía, sino que perdía a un padre al que nunca había podido decirle que le quería. Ahora era demasiado tarde para eso. En este momento, debía ser fuerte y guiar a su pueblo como lo había hecho Artaios.

Se levantó, dejando a Caroline apoyada suavemente a los pies de él y salió. Bran le colocó el cinturón de oro que llevaban los Grandes Sacerdotes.

—Él me lo ha dado esta noche para ti —Bran apoyó su mano sobre el hombro de Kair para darle ánimos—. Me dijo que se estaba muriendo. La herida que le había provocado Elvia, le había roto algo por dentro pero que no había querido entristecer a nadie antes de la ceremonia.

—Gracias —dijo Kair y una lágrima comenzó a rodar por su rostro.

Capítulo 40

~Regreso al valle de Laudine~

Cuando Eline estuvo preparada, quiso hacer lo que Laudine le había dicho. Regresaría al que había sido su hogar para cerrar todas sus heridas. Le daba miedo abandonar el valle pero debía hacerlo. Sabía que si Laudine se lo había pedido era por algo.

Por su seguridad, iría acompañada de un grupo de guerreros. Viajarían de noche y tendrían cuidado con los grupos de soldados.

Eline quería demostrarse a sí misma que había superado el dolor que casi había conseguido destruirla.

Al acercarse a donde había estado su cabaña, las lágrimas comenzaron a rodar por sus mejillas. No podía creer lo que estaba viendo. La casa donde había nacido y vivido estaba en pie como si nunca hubiese sufrido la devastación de las llamas. Pero lo que más la impactó fue ver una figura solitaria sentada en el porche.

Sobre su mecedora, Marian miraba como todas las tardes, desde hacía cuatro años, hacia el bosque. No había perdido la esperanza de volver a ver a su hija sana y salva salir de entre los árboles. En el fondo de su corazón sentía que estaba viva.

Marian había estado al borde de la muerte. Cuando se recuperó de sus graves heridas, le confesaron que su familia había muerto y que habían sido todos enterrados, menos Eline. Su cuerpo no había aparecido y tampoco había sido capturada, según relató una de las jóvenes que pudo escapar de manos de los soldados.

El corazón se le paró cuando vio aparecer a una figura a lo lejos. Despacio, se incorporó en la silla.

En la oscuridad, como una aparición, la mujer parecía observarla. Tenía el pelo del mismo color que su hija y llevaba un precioso vestido azul, pero no quiso hacerse ilusiones ya que había sufrido demasiado.

Aquella mujer se puso de nuevo en camino hacia la cabaña. Marian se adentró en el bosque para ir al encuentro de aquella extraña que caminaba sola. El corazón se le iba a salir del pecho.

De pronto, la mujer levantó la mano haciendo un gesto hacia el bosque, como si hubiese alguien escondido y siguió hacia adelante.

Cuando la joven llegó a su altura, se paró.

—¿Madre? —Eline la miró como si estuviese viendo a un fantasma—. Creía que habías muerto.

Marian se llevó las manos al pecho. Lloraba de la emoción.

—Yo en cambio sabía que estabas viva y te he estado esperando todo este tiempo, cariño —Marian tenía humedecido el rostro por las lágrimas—. Nunca he perdido la fe en que volverías algún día.

Eline se abalanzó sobre ella y la abrazó. Las dos se fundieron en un abrazo desesperado. Marian besó a su hija por todo el rostro. Reían y lloraban a la vez.

Cuando se separaron, Eline cogió a su madre por la cintura y se dirigieron a la cabaña. Cuando estuvo dentro sintió una punzada de pena. Aunque por fuera era igual por dentro todo había cambiado. Eline miró hacia la habitación esperando ver a su padre y a su hermano salir, pero allí no había nadie, solo ellas dos.

Kair salió de detrás de un árbol e indicó a sus hombres que permaneciesen alerta. No había querido dejar sola a Eline en aquel momento difícil. Fue hacia la cabaña, abrió la puerta despacio y entró.

Marian se quedó desconcertada al ver al muchacho. Eline le explicó quien era y qué hacía allí. Marian se levantó y lo abrazó.

—Gracias por cuidar de ella —a Marian le embargó la emoción.

Eline relató a su madre todo por lo que había pasado y, sobre todo, la vida que ahora llevaba en el valle. Marian no podía creerse que después de todo hubiese vuelto a aquel lugar donde casi pierde todo lo que quería, pero cuando miró a su hija y vio el amor que profesaba a aquel joven, pensó que había valido la pena. Por lo menos, había encontrado a gente que la amaba y la cuidaba.

Eline pidió a su madre que la acompañase al valle. Al principio, Marian temió volver a donde tanto había sufrido, pero comprendió que lo que más deseaba era estar con su hija. Ahora tenía, otra vez, una familia.

Al amanecer, Marian volvió a traspasar la cortina de vegetación, que tapaba la entrada al valle.

Cuando llegó al poblado, se paró y miró nerviosa a su alrededor. Eline la cogió de la mano y la animó a continuar. Marian respiró profundamente y dio otro paso más.

De repente, de la choza común salió un niño de unos dos años corriendo hacia ellos. Eline le cogió entre sus brazos, le besó y se lo tendió a Marian. Al mirarlo, pudo ver los ojos de Cedric y Gilian en aquel pequeño ser. Una sonrisa de felicidad afloró en sus labios.

FIN



YOLANDA CAÑIZARES RODRÍGUEZ es Técnico Especialista en Imagen y Fotográfica. Vive en Móstoles (Madrid). Aunque a desarrollado su carrera profesional entorno al mundo de la imagen, ha publicado ya varias novelas.